

Bautizados con Fuego



Sal Terrae

Bautizados con Fuego

Índice

<i>Preludio</i>	7
1. « <i>Tened encendidos los candiles</i> » (Lc 12,35) Tiempo de espera y de promesas	9
2. « <i>Como chispas que prenden un cañaveral</i> » (Sab 3,7) Relectura de los relatos de infancia	21
3. « <i>Junto a la zarza ardiente</i> » (Ex 3,2) Los pastores de Belén: viajeros en tránsito	42
4. « <i>¿No se abrasaba nuestro corazón...?</i> » (Lc 24,32) Caminos de acceso a la Eucaristía	63
5. « <i>Las aguas torrenciales no podrán apagar el amor</i> » (Cant 8,6) Mujeres en la mañana de Pascua	82
6. « <i>Una mujer vestida de sol</i> » (Ap 12,1) Reencuentro con María	92
7. « <i>Sus palabras eran como una llama encendida</i> » (Eclo 48,1) El Magnificat	101
8. « <i>Deseé ardientemente la sabiduría</i> » (Eclo 51,19) Cuando los profetas son también sabios	110

© 1997 by Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria)
Fax: (942) 36 92 01
E-mail: salterrae@salterrae.es
<http://www.salterrae.es>

Con las debidas licencias
Impreso en España. Printed in Spain
ISBN: 84-293-1231-5
Dep. Legal: BI-1952-97

Fotocomposición:
Sal Terrae - Santander
Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A. - Bilbao

9. «*Id a la hoguera de vuestro fuego*»
(Is 50,11)
Lugares bíblicos de atracción 131
10. «*Lámpara para vuestros pasos*»
(Sal 119,105)
Caminos para la vida religiosa hoy 162
11. «*De noche, una columna de fuego los acompañaba*»
(Ex 13,21)
Imágenes bíblicas para el acompañamiento 184

Preludio

«La religión nace del fuego —decía Abraham Heschel—, de una llama que consume las escorias de la mente y del alma; pero corre el riesgo de vivirse al margen del fuego'.

Un profeta del destierro había descrito lo que ocurre cuando se vive «al margen del fuego»: «*Ni siquiera son brasas para calentarse ni hogar para sentarse enfrente...*» (Is 47,14).

Y esa misma inquietud debía de mover al autor del Apocalipsis cuando reprochaba a la iglesia de Laodicea: «*Conozco tus obras, que no eres ni frío ni caliente. Ojalá fueras frío o caliente; pero, como eres tibio, ni frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca*» (Ap 3,15-16).

El fuego, lo mismo que la sal, la vigilancia o la prisa, son imágenes con que el evangelio expresa esa manera de vivir marcada por el apasionamiento de los que han tenido un encuentro con Aquel que entendía su misión como «*hacer arder la tierra*» (cf. Lc 12,49) y cuya palabra hacía sentir a los suyos «*el corazón en ascuas*» (Lc 24,32).

Hemos sido bautizados «*con Espíritu Santo y con fuego*» (Lc 3,16), pero la indiferencia y la trivialidad ponen nuestra vida en peligro de volverse tibia, insípida y adormecida, sin que nos «*abrasc insoportablemente el Dios vivo del evangelio*», como decía Madeleine Delbrêl.

Estas páginas pretenden señalar caminos de encuentro con esa Palabra que puede volver a incendiar nuestro corazón. Lo haremos siguiendo un cierto itinerario litúrgico —Adviento, Navidad, Eucaristía, Pascua— y acercándonos a aquellos que, como María o los Profetas, son testigos de lo que ocurre cuando alguien entra en comunión con el fuego de Dios y se deja atraer por la zarza ardiente de su Presencia.

en San Juan de Puerto Rico,
Agosto de 1997.

1

«*Tened encendidos los candiles*»
(Lc 12,35)

Tiempo de espera y de promesas

El día en que a Forges le dieron el premio *Alandar*, contó que de pequeño estuvo malo una temporada y tenía en la mesilla de noche un teléfono y una Biblia. A veces la abría y, cuando encontraba un nombre raro, marcaba un número cualquiera y decía: «¿Me hace el favor: podría hablar con Ezequiel?»; o «Que se ponga Don Malaquías». Un día llamó y preguntó: «¿Está Dios?»; y alguien le contestó: «No. Ha salido a pasear al perro».

Y por eso desde entonces está esperando a ese Dios que ha salido a dar un paseo galáctico con su perro y todavía no ha vuelto.

Habitantes de «un mundo sin hogar», muchas personas tienen hoy la impresión de que Dios no sólo ha abandonado la casa del mundo, sino que se ha ausentado también de la suya y no ha dejado las señas.

A Job debía de pasarle algo parecido cuando añoraba:

«*¿Quién me diera volver a los viejos días
cuando Dios velaba sobre mí,
cuando su lámpara brillaba encima de mi cabeza
y a su luz cruzaba las tinieblas!
Aquellos días de mi otoño,
cuando Dios era un íntimo en mi tienda,
el Todopoderoso estaba conmigo
y me rodeaban mis hijos!*» (Jb 29,2-5).

Y no hay peor desamparo que pensar que nadie vela sobre nosotros ni nos espera con la luz encendida, y que aquel a quien un día tratamos como a un amigo pasa ahora de largo por delante de nuestra tienda sin que podamos seguir su rastro.

Por eso, en la raíz de nuestra vida adormecida e insípida se agazapa una especie de amnesia que va borrando de nuestra memoria las «noticias de Dios» y nos va debilitando el recuerdo de los momentos de nuestra vida en los que Él era «un íntimo en nuestra tienda». El lenguaje de la fe deja de sernos pro-vocativo, y nos ronda la tentación de sentenciar como Jeremías: «*Me desperté, miré, y me pareció un sueño feliz...*» (Jr 31,26).

Y llega a apoderarse de nosotros el convencimiento escéptico de que las promesas en las que un día apoyamos nuestra esperanza no son más que «sueños felices», y que más vale que nos instalemos en un presente plano, sin pedirle más a la existencia. Al fin y al cabo, pensamos, esta vida, que antes calificaban de valle de lágrimas y de exilio, tampoco está tan mal...

Así vivían en Babilonia unos desterrados a quienes se les había hecho crónico un discurso de añoranza por su tierra, lamentos por tiempos pasados mejores y certeza secreta de lo irreversible de su situación. Pero por si acaso, y entre suspiros y nostalgias, se habían ido estableciendo cómodamente en una religión «new age» y en una cultura y unas costumbres menos exigentes que las suyas.

Por supuesto que conservaban antiguas tradiciones (como nosotros la Navidad, tan entrañable; la Semana Santa, tan oportuna para ir a la playa o a la nieve; o la Inmaculada, por aquello del «puente»...). Y también recordaban aquellas épocas lejanas de los antepasados, sembradas de acciones poderosísimas del Señor y de acontecimientos extraordinarios. Eran otros tiempos, no cabe duda;

pero ahora ya no pasan esas cosas, y además hay que vivir, que son dos días...

Pero en medio de ellos había un profeta inadaptado y tópicamente reacio a perder la memoria de Dios y de sus promesas y que se resistía a dejarse invadir tanto por la cultura babilónica como por la pasividad de sus compatriotas. Y quizá una noche, a la luz de un pábilo vacilante, descubrió que antiguas profecías que parecían inertes se cargaban de sentido, se escapaban de los manuscritos y comenzaban a servir de nuevo para nombrar el hoy.

«¡El Señor llega! ¡Es ahora cuando comienza el éxodo! —se puso a anunciar el profeta-teólogo—; es ahora cuando vamos a ser conducidos a nuestra casa, a nuestra tierra, a través de un desierto florecido e inundado de manantiales. Olvidad los viejos nombres de Sión —“afligida”, “abandonada”, “desconsolada”— y recibid de la mano de vuestro Dios el nombre nuevo que os ofrece como la diadema de una novia. ¡Salid de Babilonia!»

Había dado con la clave de un lenguaje que hablaba al corazón y despertaba esperanzas adormecidas. Muchos lo tomaron por loco y siguieron en sus asuntos; pero otros se decidieron a emprender con él la aventura de volver a su tierra, empujados por la esperanza contagiosa de aquellas palabras. Y salieron de Babilonia.

También nosotros necesitamos (y ésta es la pedagogía del Adviento) volver a escuchar un lenguaje dinámico como fue el del Segundo Isaías: tenemos que despertar del letargo que nos atornilla en nuestras Babilonias y ponernos en estado de alerta ante la noticia gozosa de que el Dios lejanísimo a quien creíamos «en paseo galáctico» planta su tienda junto a la nuestra, se hace como un hombre cualquiera y llama a nuestra puerta para cenar en nuestra mesa. Y todo eso no es un «sueño feliz», afirman los testigos que vieron, oyeron y tocaron la Palabra de vida.

La dificultad empieza a la hora de encontrar palabras e imágenes para expresar algo de lo que será el encuentro definitivo con Él: a la hora de hablar sobre eso que llamamos «vida eterna» o «cielo», se nos encogen los términos y se nos estrecha la imaginación. Y no es extraño, porque, por un lado, nos resulta deprimente y monocromático el «lenguaje de funeraria», que no sabe salir del «descanso eterno» o del «sueño de la paz» (y, la verdad, lo de descansar y dormir está muy bien, pero no como para pasarse la eternidad dedicados a eso...); por otro lado, somos alérgicos a las antiguas descripciones de «la otra vida»: la visión beatífica nos motiva poco, y menos aún la llegada a un paraíso con nubes, arpas y fuentes en el que nos esperan ángeles alados, santos con nimbo y ancianos con túnicas blancas¹.

Los evangelistas recurren a otras imágenes que empalman mejor con nuestros intereses y se cuelan por las rendijas de nuestros deseos: «el Reino está ya entre vosotros —nos dicen—; poned todo vuestro ingenio en atesorarlo, como hacéis con el dinero (Mt 6,19); deseadlo con la misma impaciencia con que os preparáis cuando estáis invitados a un banquete (Mt 22,4); suspirad por él como la novia que espera la llegada del novio (Jn 3,29)».

1. Una carmelita habla así de la muerte: «No sé lo que ocurrirá al otro lado, / cuando mi vida haya entrado en la eternidad: / solamente estoy segura de que un amor me espera. / Sé que será el momento de hacer balance de mi vida, / tan pobre y tan sin peso, / pero más allá del temor / estoy segura de que un amor me espera. / Por favor, no me habléis de glorias, / ni de alabanzas de bienaventurados, / ni tampoco acerca de los ángeles. / Todo lo que yo puedo hacer es creer, / creer obstinadamente / que un amor me espera. Ahora siento llegar la muerte / y puedo esperarla sonriendo, / porque lo que siempre he creído / lo creo con más fuerza. / Cuando muera, no lloréis / porque es ese amor quien me lleva consigo. / Y si veis que tengo miedo, / —¿por qué no iba a sentirlo?—, / recordadme sencillamente / que un amor, un amor me espera». (SOEUR MARIE DU SAINT-ESPRIT, *Simone Piguet 1922-1967*, Carmelo de Nogent sur Marne).

Y así el dinero, el alimento y el amor, tres aspiraciones humanas básicas, se convierten en símbolos generadores de un deseo «otro» que estira el nuestro y lo transforma en expectación y en búsqueda.

Junto a ellos, vamos a recordar también otros, el *nombre nuevo* y la *casa*, que pueden ayudarnos a seguir «repopulando» nuestro depauperado imaginario:

El nombre nuevo

«Al vencedor le daré una piedrecita blanca, y grabado en ella un nombre nuevo que sólo conoce el que lo recibe» (Ap 2,17).

Seguramente todos llevamos encima nuestro carnet de identidad, en el que constan nuestro nombre y apellidos, sexo, nacionalidad, estado civil y profesión. Nuestro carnet de identidad dice algo de nosotros, pero no dice ni lo más verdadero ni lo más profundo de nosotros mismos. Sólo expresa nuestra apariencia, no nuestra auténtica personalidad: aquella que vamos configurando a través de experiencias, acontecimientos, temores, alegrías, frustraciones, esperanzas y búsquedas.

El Apocalipsis nos anuncia que nuestro nombre más auténtico nos viene de más allá de nosotros mismos; que es Dios mismo quien nos lo revela y nos lo da a conocer como una buena noticia.

«Alegraos —decía Jesús—, porque vuestros nombres están escritos en el Reino de los cielos» (Lc 10,20).

La Palabra de Dios nos va iluminando en esta tarea de «renovar nuestro carnet de identidad», de avanzar un poco más en el conocimiento de ese nombre que será el definitivo y que se esconde por debajo de esas apariencias, roles,

funciones y costumbres que nos hacen conformarnos con nuestro nombre superficial y vivir convencidos de que lo que somos y vivimos, está ya fijado para siempre, y que nada en nosotros puede cambiar.

El Evangelio nos dice exactamente lo contrario y nos invita a atrevernos a pensar lo que nunca hemos podido pensar, a hacer lo que nunca hemos tenido la audacia de hacer, a ser lo que de verdad somos en lo más hondo de nuestra persona, a recordar que nuestro nombre está aún «en gestación».

«*Sois arcilla en manos de un alfarero que es Dios*», decía un profeta (cf. Jr 18,6). Y eso quiere decir que somos aún barro blando y moldeable; que nada está, por tanto, cristalizado ni cerrado definitivamente en nosotros. La arcilla de nuestra vida tiene por delante la posibilidad de ser modelada, renovada y cambiada de forma: puesta en manos de Dios, puede convertirse en un recipiente distinto y nuevo.

«*Sois plantación de Dios, edificación de Dios*» (1 Cor 3,9) y, por lo tanto, objeto del cuidado y la atención de un agricultor sabio que se ha tomado el trabajo de preparar la tierra, quitarle las piedras, plantar una buena cepa y asistir a su crecimiento. Y de un buen arquitecto que ha hecho planos, ha asentado cimientos, ha levantado sólidos muros. Y sobre nosotros descansa su expectativa de que demos buen fruto y de que nuestro edificio sea habitable y seguro.

«*Estáis llamados por el Padre a participar en la vida de su Hijo*» (1 Cor 1,9), y eso quiere decir que todo lo que hay en nosotros de mortecino y estéril, todo lo que quizá esté bajo los poderes de la muerte: desesperanza, angustia, aislamiento, incomunicación, endurecimiento, indiferencia, angustia..., todo eso puede ser vencido por Aquel que nos hace participar de su Vida y que viene a inundar de luz nuestras tinieblas y a poner fuego en nuestras cenizas.

Somos también gente convocada a comunicar Vida, a hacerla llegar a aquellos lugares donde el ser humano está más amenazado: participar de la Vida de Jesús despierta en nosotros un dinamismo de inclusión y de comunicación que nos empuja a incorporar, vincular, agregar, atraer a otros a ese banquete festivo.

Una parábola de Lucas puede darnos otra luz para nuestro carnet de identidad, y cada uno de nosotros puede escucharla como dirigida a cada uno:

«Tened la cintura ceñida y encendidos los candiles. Sed como unos que aguardan a que vuelva su señor de una boda, para abrirle en cuanto llegue y llame» (Lc 12,35-36).

«Eres un hombre, una mujer que aguarda»: Dios está llegando a tu vida, está en camino hacia ti. Tu existencia, la de todos nosotros, no se acaba en lo ya conocido y experimentado, porque Alguien está llegando con su sorpresa, está irrumpiendo entre nosotros con su novedad y su gratuidad.

Somos gente que ha recibido el encargo de aguardar, sin saber en qué momento de la noche llegará Aquel que nos trae un nombre nuevo.

La casa

Los que vivimos en ciudades grandes nos hemos acostumbrado a ver con frecuencia, en las paradas de autobuses o en las cabinas telefónicas, anuncios de particulares, hechos con ordenador, en los que se lee: «Busco piso zona...» y una serie de tiras de papel a arrancar, con un teléfono de contacto.

Un aviso de Adviento que puede espabilar nuestra vida cristiana podría resumirse en un letrero parecido: «Dios

busca casa. Urge recibir ofertas». Y podría completarse con otras afirmaciones «inmobiliarias», cada una de las cuales supone una alegre noticia:

DIOS HA ENCONTRADO UNA BUENA CASA

María es la definitiva «tienda del encuentro», como aquella plantada fuera del campamento y sobre la que descendía la columna de nube, que se detenía a su puerta «mientras YHWH hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo» (Ex 33,11).

Ella es la nueva Arca de la Alianza, sobre la que se extienden las alas protectoras del Espíritu como sobre las aguas de la primera creación; y por eso la escuchamos decir: «Hágase ...», para dejar que sus entrañas se convierten en el verdadero templo que alberga al Dios-con-nosotros.

Por eso «arrimarnos» a María es entrar en buena vecindad y participar de su dicha:

*«Dichoso aquel que piensa en la Sabiduría
y pretende la Prudencia,
acampa junto a su casa
y pone su tienda junto a ella,
pone nido en su ramaje
y mora entre su fronda,
se protege del bochorno a su sombra
y habita en su morada» (Eclo 14,20,24-25).*

Y a lo mejor María nos recuerda algo que ella conserva y medita en su corazón: que está Dios empeñado en ser humano, y que no vayamos nosotros a olvidarlo, con tanto empeño nuestro en ser *espirituales...*

TAMBIÉN NOSOTROS PODEMOS OFRECERLE UNA CASA A DIOS

Es una posibilidad asombrosa, ésta de que ande Dios en busca de techo, que sea tan parecido a esos millares de «homeless» que duermen a la intemperie, y que esté esperando ante nuestra puerta, por si le ofrecemos un rincón acogedor y caliente.

«*Los suyos no le recibieron*», dice Juan en el prólogo de su evangelio. «*No hubo lugar para ellos en la posada*», constata Lucas en su narración del nacimiento. Y esas negativas, que nos estremecen, pueden hacer nacer en nosotros un deseo acuciante de comportarnos de otra manera y de abrir nuestras puertas para que entre ese huésped que ha venido a vivir entre nosotros.

Envidiamos a aquellos que le acogieron a lo largo de su vida itinerante: los tres hermanos de Betania, Leví, Zaqueo o algunos fariseos más o menos bienintencionados...; pero no acabamos de creernos que ejercer esa hospitalidad sigue estando aún en nuestra mano. Quizá tengamos que cambiar nuestras opiniones sobre los emigrantes que intentan entrar en nuestro país, o sobre los vagabundos que duermen en nuestras calles. Quizá escuchemos la llamada a acoger en nuestra casa a un anciano de nuestra familia; o en nuestras comunidades a gente deteriorada física o psíquicamente. O quizá sólo esté a nuestro alcance la forma más cotidiana de acogida, que es la de ofrecernos unos a otros espacios de seguridad y de reconocimiento. Porque en medio de la hostilidad y la despersonalización de las relaciones, todos andamos buscando un lugar en el que sentirnos aceptados incondicionalmente, pues sólo ahí podemos recuperar confianza y perder miedos; sólo ahí nos descubrimos autorizados a existir tal como somos.

Pero el evangelio de Lucas hace una corrección sorprendente a nuestra gramática, y en especial a la voz con la que conjugamos los verbos:

«Yo os digo que os hagáis amigos con las riquezas injustas, de modo que, cuando se acaben, os reciban en la morada eterna» (Lc 16,9).

Y es que nosotros hablamos de acoger a los pobres, de anunciarles el evangelio, de sacarlos de la marginación y de hacer un opción preferencial por ellos...; pero lo que escuchamos en la parábola es que son ellos los que «controlan» la puerta de la casa definitiva a la que vamos a ir a parar. Nosotros pasamos a tener un rol pasivo: «vamos a ser recibidos en ella», pero con la condición de haber orientado en su dirección todos los talentos que recibimos para ponerlos a su servicio.

DE NUESTRA CASA DEFINITIVA ES DIOS QUIEN SE OCUPA

Para comprender esta afirmación tenemos que releer el diálogo de Natán con David en 2 Sam 7: ante la iniciativa del rey de construir una casa para su Dios, el profeta le recuerda algo más importante: es Dios mismo quien ha decidido concederle casa y descendencia; es Él quien se encarga de poner cimientos y de dar consistencia a la vida de David y a todos los que vendrán detrás de él.

«Si el Señor no construye la casa, / en vano se cansan los albañiles...», afirma un salmo (127,1) que sólo empezamos a entender más o menos a partir de los cuarenta años, es decir, cuando estamos un poco de vuelta de nuestras propias posibilidades y con más experiencia de todo lo que puede hacer Dios en nosotros si le dejamos.

Otros orantes del Antiguo Testamento nos anuncian algo de esa casa que nos espera:

*«¡Qué delicia es tu morada, Señor de los Ejércitos!
Hasta el gorrión ha encontrado una casa
y la golondrina un nido
donde colocar sus polluelos...» (Sal 84,2-3).*

*«Una cosa pido al Señor,
es lo que busco:
habitar en la casa del Señor
contemplando su templo.
Él me guarecerá en su tienda
a la hora del peligro» (Sal 27,4-5).*

*«Tu bondad y tu lealtad me escoltan
todos los días de mi vida;
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término» (Sal 23,6).*

*«En la casa de mi Padre hay muchas estancias;
si no, os lo habría dicho,
pues voy a prepararos un puesto.
Cuando vaya y os lo tenga preparado,
volveré a llevaros conmigo,
para que estéis donde yo estoy» (Jn 14,1-2).*

Saber que «tenemos casa» nos hace desear ese lugar en el que podemos estar seguros y a salvo, en el que alguien nos espera con fuego encendido y comida caliente, y donde, abrigados y protegidos por un cuidado materno, es posible cicatrizar heridas y encontrar asilo, estabilidad y permanencia². Ésa es...

2. Es curiosa la utilización de un lenguaje casi metafísico para describir la casa de un famoso arquitecto contemporáneo: «Delimitada por tapias blancas de abstracta pureza geométrica, este huerto cerrado es una morada del alma. En el ajetreo trivial de la metrópoli, la luz sosegada de estos espacios quietos suministra un remanso sereno y curativo que regenera. al

«...la morada de Dios entre los hombres:
morará con ellos, ellos serán su pueblo,
y Dios mismo estará con ellos.
Y les enjugará las lágrimas de los ojos» (Ap 21,1-4).

Más allá de nuestra sensación de intemperie, ésta es la buena noticia a cuya sombra podemos vivir; y cuando el Señor venga en la tercera o en la cuarta vigilia de la noche, nos hará recostarnos a la mesa y nos irá sirviendo (Lc 12,38).

Y saberlo nos da ánimos para seguir esperándole con los candiles encendidos.

tiempo que protege (...) Sumida en el caos habitual y ruidoso de las periferias, esta casa organicista y ensimismada, a la manera de un útero maternal, protege a sus habitantes del desorden agresivo y hostil del entorno. En esta cueva luminosa y sensual se alojan los cuerpos fatigados, las conversaciones, las miradas y los sueños» (*El País Semanal*, 30 de junio de 1996).

«Como chispas que prenden en un cañaveral»
(Sab 3,7)

Relectura de los relatos de infancia

La imagen del libro de la Sabiduría evoca el poder imprevisto y repentino que se encierra en algo tan débil como una centella. Pero ese fuego temible e imparable puede ser también objeto de un deseo vehemente:

«¡Ojalá rasgases el cielo y bajases,
derritiendo los montes con tu presencia!» (Is 64,1).

Y es la primera chispa de ese incendio la que salta por nuestro cañaveral reseco desde los textos de Navidad.

Pero puede ocurrirnos, al volver a escuchar o predicar esos antiguos relatos que nos sabemos de memoria, que nos acometa un cierto cansancio, parecido al que nos produce la llegada de las bolas de colores, los deseos de «Felices Pascuas y próspero año nuevo», o el colectivo «Peces-en-el-río» atacando de nuevo y amenazando con beberse toda la cuenca hidrográfica.

Corremos el peligro de tener a los personajes de los relatos de la infancia encogidos y trivializados por la costumbre y el folklore (el niño Jesús, los pastorcillos, los tres reyes magos, María dándole a los pañales, San José impertérrito con su varita...), o confundidos con las figuras del nacimiento hasta el punto de que para muchos la mula,

el buey, las lavanderas del río o los soldados de Herodes están más en consonancia con la Navidad que Ana la profetisa o el anciano Simeón.

Podemos pasearnos entre ellos como Gulliver en el país de los liliputienses, mirándolos con paternal condescendencia desde nuestra altura de gente seria o, peor aún, desde la suficiencia inconfesada de quien estaría deseando, carraspeando un poco e impostando levemente la voz ante un auditorio de gente ilustrada, decir: «Bien, como de todos ustedes es sabido, estamos ante narraciones de género midrásico, carentes de intencionalidad histórica...» (Pero no lo dice, porque la gente en general dista mucho de ser ilustrada y, además, suele enfadarse mucho cuando alguien pretende tocarles las cosas que aprendieron de pequeños).

El caso es que, por unas cosas o por otras, podemos olvidarnos de lo que de verdad importa, y es que, al entrar en contacto con los textos en torno a la Navidad, nos están saliendo al encuentro los pregoneros que nos envía, un año más, el Dios empeñado en seguir invitándonos a su mesa para ofrecernos el alimento que nos hace vivir.

Por eso «nos va la vida» en escuchar las voces de los que nos llaman, nos sacuden de nuestro letargo de satisfichos engañados, nos despiertan el hambre, el asombro y la sorpresa y nos orientan por los caminos que conducen a la Sabiduría.

De los relatos de la infancia de Jesús (capítulos 1 y 2 de Lucas y de Mateo) alguien ha dicho que son como un gran mosaico compuesto por pequeñas teselas en las que, si miramos con detenimiento, descubrimos escenas del Antiguo Testamento. Pero la gracia y el «mérito» del mosaico está también en que sus teselas nos permiten reconocer acontecimientos, rostros y decires del Nuevo. Con una imagen casera, diríamos que en ellos encontramos el

cabo de la madeja en que se ovilla toda la teología del Nuevo Testamento; están al comienzo del evangelio para irnos acostumbrando a los códigos de desciframiento de la realidad que vamos a encontrar en él, diría un lingüista; son la maqueta que nos adelanta cómo va a ser la casa que se está construyendo, sentenciaría un arquitecto; y un músico los compararía a la obertura en la que resuenan ya los motivos musicales de toda la sinfonía.

Mateo y Lucas hacen de «pregoneros» que nos llaman a participar de una mesa abierta que nos está esperando: sólo necesitamos reconocer nuestra pobreza, despertar nuestra capacidad de asombro y abrir oídos de discípulos a esta invitación, que, desplegada en cinco «pregones» —al estilo de Proverbios y del Segundo Isaías—, nos urge a acudir al banquete¹.

1. Acercaos vosotros, los abatidos por el dolor del mundo, los tentados de desánimo y desesperanza. Escuchad: Dios se llama Emmanuel, ha plantado su tienda en esta historia revuelta y conflictiva y vuestra noche, iluminada por su presencia se ha vuelto lugar de su manifestación.

Las imágenes de Navidad, con su carga densa de ternura, de paz y de proximidad de Dios, hacen que aparezca más

1. Lo que sigue se puede leer de dos maneras: a toda mecha, como solemos hacer con lo ya sabido, y más si estamos aquejados del conocido virus *depredator librorum*, síndrome que impulsa a lanzarse con avidez a consumir los aspectos novedosos de lo leído, sin saber qué hacer después con ello. En su estado crónico, degenera en una necesidad compulsivamente acelerada de consumir cuanto antes otro artículo o libro, preferentemente de los «40 principales», buscando más de lo mismo, pero en otra revista o en distinta editorial. La otra forma es el lento rumiar que prepara la asimilación.

acentuado el contraste con las imágenes de sufrimiento y de violencia que llevamos grabadas en la retina. Y por eso a veces sentimos la tentación de decir: «Por favor, déjeme de músicas celestiales: el mundo está desquiciado, y nada parece tener salida. Echen una mirada al mapa del hambre en el mundo, a los campos de refugiados en África, a los datos de UNICEF sobre explotación de niños, al hacinamiento de las cárceles...; dense una vuelta por los barrios de chabolas de cualquier ciudad, y luego vengan y cuéntenme esas bonitas historias de ángeles y de estrellas».

Una fiebre de pesimismo amenaza con destruirnos la esperanza: vemos la realidad inexorablemente envuelta en injusticia y en egoísmo insolidario y sentenciamos cualquier intento por mejorarla como condenado a la inutilidad.

Estamos en nuestro perfecto derecho a reaccionar así; pero, si tenemos hoy el evangelio abierto en nuestras manos, es para escuchar algo más. Y para empezar, podemos ponernos a sospechar si en los destinatarios de la catequesis de Lucas y de Mateo no flotaría una sensación parecida a la nuestra, y si no sería por eso por lo que los dos evangelistas introducen datos del más crudo realismo:

«*En los días del rey Herodes...*»: así comienza Lucas su relato en 1,5; («en los días de Mobutu Sese Seko, o de Pol Pot, o de Karadzic; en los días de los fundamentalistas islámicos o del terrorismo de ETA; en los días en que unos países están vendiendo armas a los mismos a quienes arrojan comida desde paracaídas», escuchamos nosotros...).

Ningún afán por evadirse de la realidad o disimularla: «*En aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando...*» (Lc 2,1), y a causa de ello una pareja de desplazados no encontraron sitio en la posada (Lc 1,7), como no lo encuentran los «espaldas mojadas» que llegan en las pateras, ni lo encontró no hace mucho Lahli, el niño marro-

quí que recorrió más de 2.000 kms. escondido en el maletero de un autobús de turistas franceses.

«*Herodes busca al niño para matarlo*», reconocerá también Mt 2,13; y aquella vida frágil corrió tanto peligro como la de millones de niños sometidos a desnutrición, a malos tratos, o que juegan con minas semienterradas con forma de mariposa, último adelanto de la ciencia.

«*Toma al niño y a su madre y huye a Egipto*» (Mt 2,14), oyó José en medio de la noche. Es como si Mateo hubiera escuchado de un judío atormentado de su comunidad la eterna pregunta: «¿Dónde está Dios?», y le respondiera: «Está ahí, en esos fugitivos que tratan de escapar de la muerte». «Está ahí, nos dice a nosotros, en esa caravana errática de hombres, mujeres y niños que huyen sin rumbo; en las poblaciones indígenas expulsadas de sus tierras; en los millones de desplazados, desposeídos y excluidos del mundo»².

La banda sonora del evangelio de Mateo no registra sólo rumor de ángeles: están resonando también en ella el llanto de las madres de desaparecidos y el grito de inocentes torturados: «*Es Raquel, que llora por su hijos sin querer consolarse, porque ya no existen*» (Mt 2,18). Y tampo-

2. «Dios se deslocaliza y transfiere su morada allí donde nadie lo espera: el que no tiene nada es el que le da albergue y lo designa; los excluidos, como ese niño para el que no había habido lugar y que morirá fuera de las murallas de Jerusalén, son ahora el lugar de su presencia. Su identidad se nos hurta, porque su nombre se niega a cualquier uso mágico: pero esa retirada se detiene precisamente donde el movimiento de la historia empieza a aplastar a hombres y mujeres. Dios se queda entonces con ellos, y en ellos nos da su signo. El Dios que se retira para no aplastar con su poder a sus criaturas levanta su tienda donde parecía abolida toda esperanza. No hubo sitio para ellos en la posada (Lc 2,7): Dios se encuentra siempre fuera, con los que el mundo ha arrojado lejos de sí» (Ch. DUQUOC, «El desplazamiento de la cuestión de la identidad de Dios a la de su localización»: *Concilium* 4 [1992] 578).

co el cántico de María nace de una mujer «plantada mirando al cielo», sino de alguien que mira en dirección a un mundo en el que los soberbios se afirman en su poder, acumulan riqueza y se hacen responsables del hambre y la humillación de los pobres (Lc 1,51-53).

No, no hay ni rastro en los evangelios de sublimación de la realidad ni de la negrura de su noche, y sus datos elocuentes parecen dar la razón a la pregunta burlona que escuchó el salmista: «*Todo el día me repiten: ¿dónde está tu Dios?*» (Sal 42,11), o a la que el pueblo murmuraba en el desierto: «*¿Está o no está Dios con nosotros?*» (Ex 17,7).

¿Por qué en Zacarías e Isabel, que eran justos e irreprochables ante el Señor, no se cumplían las promesas de bendición que anunciaban las Escrituras? ¿Por qué tener que someterse al poder despótico del dueño del imperio? ¿Por qué la matanza terrible de inocentes? ¿Por qué tener que huir y enfrentarse con la dureza de un país extraño? ¿Por qué —nos seguimos preguntando también nosotros— tanta gente buena se ve privada de felicidad y de futuro?

A esas preguntas, el Evangelio tiene la audacia de proclamar un nombre y de arriesgar la definitiva localización de Dios: «*encontraréis un niño reclinado en un pesebre*» (Lc 2,12); «*le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará al pueblo de sus pecados (...) le llamarás Emmanuel, Dios-con-nosotros*» (Mt 1,21.23).

En medio de un mundo inhóspito, anuncia a un Dios de misericordia entrañable (Lc 1,78) que nos visita, nos redime (Lc 1,68) y tiene puesta en nosotros su complacencia y su ternura (Lc 2,14).

«*No tengas miedo, Zacarías*» (Lc 1,11); «*no temas, María*» (Lc 1,29); «*no temas, José*» (Mt 1,20); «*no temáis tampoco vosotros, los que permanecéis en vela a la intemperie: os anuncio una gran alegría*» (Lc 2,10)... La irrup-

ción de los ángeles en los relatos nos trae la noticia gozosa de que la comunicación con Dios no está interrumpida y que, como por la escala que vio Jacob en sueños, llegan hasta nosotros una Palabra y una presencia capaces de liberarnos del miedo y de arrancarnos de los poderes que amenazan nuestra vida (Lc 1,74).

Abraham y los padres, Moisés, David y los profetas, como una nube de testigos, se hacen presentes para recordarnos el amor fiel de un Dios que tiene memoria, que cumple sus promesas y que mantiene su alianza (Lc 1,55.69.70.72; 2,4.22; Mt 11-17.22; 2,5.15.23...).

Pero no son sólo personajes del pasado los que dan su testimonio: «Sus descendientes están ahí, entre vosotros», nos dicen Mateo y Lucas; «la humanidad no se agota en los herodes ni en los césares; abrid los ojos y descubriréis el mundo de la buena gente como Zacarías, Isabel, Ana y Simeón, los pastores y los magos, un pueblo que busca y se hace preguntas, una muchedumbre inquieta, abierta al asombro, capaz de acoger buenas noticias, rastreadores de signos, nómadas incansables en busca de sentido... Están ahí, a vuestro lado; tratad de reconocerlos, poneos a la escucha de sus nombres, porque en ellos encontraréis un eco del de Dios: Zacarías: “Dios recuerda”; Isabel: “casa de Dios”; Juan: “Dios agracia”; Simeón: “el que escucha”; Ana: “agraciada”... Por eso, alegraos por sus vidas, bendecid a Dios por su presencia y porque sus nombres pueden ser también los vuestros».

Pero recordad que nada de eso es posible desde una mirada que resbala sobre la superficie de las personas o de las cosas: todo lo de Dios comienza en lo oculto, se engendra en el seno (Lc 1,5.35. 41.42.44); se comprende guardándolo y meditándolo en el corazón (Lc 1,69; 2,19.21), esperándolo pacientemente, porque sólo entonces se puede exclamar con asombro: «*¡Mis ojos han visto tu salvación!*» (Lc 2,30).

El Dios que salva no se os impondrá ni os arrollará con su evidencia: tendréis que acogerlo como una posibilidad deslumbradora pero escondida, y no os revelará toda su potencialidad hasta que os pongáis en camino en medio de la oscuridad, aceptando la extrañeza de sus signos (Lc 2,16; Mt 2,2). A los que lo reciban, Él los reconocerá como suyos (Jn 1,12) y, como a Simeón, les pondrá a su Hijo entre sus brazos (Lc 2,28).

El pecado sigue estando ahí, pero alguien viene a romper su dinamismo implacable; y los que amenazan la vida humana ejercen aún su poder, pero no tienen la última palabra: «*han muerto los que querían matar al niño*» (Mt 2,21).

Por eso podéis uniros al himno de los ángeles, en el que está resonando ya la proclamación: «*Tened ánimo: yo he vencido al mundo*» (Jn 16,33).

**2. Venid, temerosos,
los que vivís agobiados por vuestra fragilidad
y acosados por vuestros límites:
sentaos a la mesa de la gratuidad de Dios,
dejad que vuestro corazón se dilate ante el calor
de su acogida, abríos a la buena noticia
de que vuestras oscuras historias de pecado
están sumergidas en la plenitud de su misericordia.**

Lo mismo que los textos no ocultan las sombrías circunstancias históricas que enmarcan el nacimiento de Jesús, tampoco hay en ellos el más mínimo intento de disimular la condición precaria de sus destinatarios.

En el capítulo que Mateo dedica a la genealogía de Jesús, en medio de un universo masculino y antes de llegar a María, recuerda cuatro nombres de mujeres de las que, si no supiéramos nada, podríamos pensar que fueron lo más selecto del pueblo de Israel y merecedoras de permanecer en su memoria.

Pero cuando nos acercamos a ellas, sus historias nos sorprenden y casi nos escandalizan: ¿qué hacen en la primera página del Nuevo Testamento TAMAR, la nuera del patriarca Judá, disfrazándose de prostituta para acostarse con su suegro y conseguir descendencia? (cf. Gn 38). ¿Por qué mencionar a RAHAB, prostituta «de plantilla»? según Jos 2 (lo de Tamar había sido «coyuntural»...), por más que salvara la vida a los espías enviados por Josué para inspeccionar Jericó. Y aunque RUT aparece en la narración que lleva su nombre como una mujer llena de lealtad y amor fiel hacia Noemí, su suegra, ¿no era una extranjera, descendiente de las hijas de Moab, a las que Israel recordaba como inductoras a prostitución e idolatría? (cf. Num 25). En cuanto a «la que fue mujer de Urías», BETSABÉ, ¿por qué evocar con ella uno de los momentos más humillantes de la vida de David que más bien debería ser olvidado? (cf. 2 Sm 11-12).

¿Por qué la memoria selectiva de Mateo hacia estas cuatro mujeres extranjeras y de recuerdo oscuro, en vez de elegir, por ejemplo, a las matriarcas, Sara, Rebeca, Lía y Raquel, que «edificaron la casa de Israel»? (Rt 4,11).

Entre las muchas explicaciones sobre la intención de su elección, la más convincente sería la de hacer ver lo insólito de los proyectos de un Dios que va a plantar su tienda en medio de una humanidad marcada por engaños, adulterios, violencias y exclusiones. Si esas cuatro mujeres están ahí, significa que en la familia del Hijo de Dios cabemos también nosotros a pesar de nuestras historias turbias: no ha habido ningún pasado vergonzoso capaz de disuadirle de su decisión de pertenecer a nuestra raza.

Los personajes de las narraciones de la infancia aparecen también bajo la marca de la fragilidad o del pecado: unos están llenos de temor, turbados, sobrecogidos por el miedo (Lc 1,18.29; 2,9; Mt 2,3); con frecuencia no entien-

den nada y se quedan desconcertados (Lc 2,18.48); Zacarías muestra una resistencia incrédula que reclama pruebas, bloqueado dentro del horizonte chato de sus propias posibilidades y cronologías (Lc 1,18); otros, como los escribas de Jerusalén, se mantienen encerrados en saberes anquilosados sobre Dios (Mt 2,4) y sordos al hoy de su manifestación; César Augusto aparece desentendido de todo lo que no sean sus planes contabilizadores, mientras que Herodes tiende trampas a los que buscan al niño y maquina cómo aniquilarlo (Mt 2,7.14).

Y, sin embargo, nada de eso impide a Dios realizar su designio de salvación: asistimos a su invencible avance por la historia, a pesar de los obstáculos que intentan oponérsele, y nada ni nadie consigue sofocar el rumor de su buena noticia.

Un oráculo del Segundo Isaías había anunciado:

*«Como bajan la lluvia y la nieve del cielo
y no vuelven allá, sino que empapan la tierra,
la fecundan y la hacen germinar,
así será mi palabra, que sale de mi boca:
no volverá a mí vacía
sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo»*
(Is 55,10-11).

Mateo y Lucas dicen lo mismo a su manera: «Vuestras dudas, errores y limitaciones no detienen la venida de Dios hasta vosotros: la buena noticia de su nacimiento es que, a pesar de todo eso, sois la niña de sus ojos, estáis envueltos en su complacencia (cf. Lc 2,14) y quiere hacer con vosotros grandes cosas (cf. Lc 1,49)».

No viene porque lo merezcáis, sino atraído por vuestra pobreza y urgido por la fuerza de su incomprensible amor; llama a vuestra puerta con los nuevos nombres que pronuncian sus ángeles; y si Él os visita, redime, salva, acoge, recuerda y enaltece, desde ahora os llamáis «escu-

chados», «mirados», «acogidos», «colmados de gracia», «liberados del temor», «visitados», «redimidos», «salvados», «objeto de su amor», «favorecidos con su paz» (Lc 1,13.38.48.54.68.74.78; 2,14).

Él puede volver fecunda vuestra existencia envejecida y estéril (Lc 1,13) y soltar vuestra lengua para que cante sus alabanzas y proclame las maravillas que realiza en los pequeños y humildes (Lc 1,64). Es Él quien os arranca de las tinieblas y os introduce en su luz maravillosa (Lc 1,74), y quien ilumina vuestros ojos para reconocer a su Hijo (Lc 2,26.30). Su Espíritu os llena y os conduce, y ahí está el secreto de una alegría que nadie puede arrebatáros (Lc 1,15.41).

La noche está atravesada por una buena noticia:

«Hoy cada hombre de nuestro mundo puede vivir fuera del frío y de la soledad, inmerso en la pobreza de la existencia pero sumergido en la plenitud de la gracia. Esta noche se prolonga y se multiplica en la vida de cada uno de los que irradian a su alrededor un poco de calor, abren sus ojos a la luz, dilatan el corazón y hacen cantar al alma. Dios entra en la vida humana tangible y vulnerable, y podemos estar en paz, porque la existencia de cada uno de nosotros es, desde ahora, la vida de este niño, que pertenece exclusivamente a Dios y es también de nuestra familia.

El corazón debe desbordar de alegría ante la armonía del universo, hasta percibir en el soplo del viento el canto de los ángeles; puede habitar en él una felicidad que le haga desear bendecir al mundo entero y vivir él mismo como bendición. (...) Sólo sabremos lo que podemos "hacer" a condición de saber quiénes somos. Desde Belén es suficiente que Dios actúe sobre un terreno virginal y que lleve a su plenitud todo lo que es pequeño: sólo necesitamos creer en su amor y tener el corazón preparado como un lugar en que pueda nacer»³.

3. E. DREWERMANN, *De la naissance des dieux à la naissance du Christ*, Paris 1986, 145.

- 3. Acudid, gente ignorante, que confundís los caminos de Dios con los vuestros, que no sabéis traducir el lenguaje de Belén ni hablar el dialecto de Nazaret. Aprended a leer las nuevas señales que anuncian su presencia y renunciad a vuestros pretendidos saberes sobre él. Abandonad vuestra vieja cordura y dejaos embriagar por el vino de su banquete y por la desmesura de su amor.**

«Cuando Zacarías salió del templo, no podía hablar, hacía señales y seguía mudo» (Lc 1,21). En su encuentro con el ángel había escuchado el nombre que iba a tener su hijo: «Le llamarás Juan («Dios agracia»), te llenará de gozo y alegría, y muchos se alegrarán de su nacimiento» (Lc 1,14). Pero aquella promesa de fecundidad, de alegría y de gracia había hecho reaccionar a Zacarías con el mismo escepticismo y extrañeza que Sara en Mambré (Gn 18): su vejez era demasiado evidente, la esterilidad de su matrimonio cosa comprobada, el futuro estaba cerrado y bien cerrado. Por eso las palabras del ángel le desconcertaban, enfrentándole con la novedad de un Dios que llegaba a él inesperadamente e irrumpía en su vida con un desbordamiento de gratuidad. Dios comenzaba a emitir en un código de señales diferente del que Zacarías estaba acostumbrado, y de pronto el lenguaje que él sabía (ser fiel a la Ley, cumplirla irreprochablemente...: Lc 1,6) resultaba inservible y caduco.

«Yo soy torpe de palabra», se había quejado Moisés (Ex 4,10); «Mira que no sé hablar», pretextaba Jeremías (1.6), y fue Dios mismo quien puso su Palabra en sus bocas y quien los inició en nombrar de una manera nueva el mundo y la historia a los que los enviaba.

Lo mismo que a Zacarías, también a nosotros siguen dejándonos mudos las extrañas costumbres de Dios; y tanto Mateo como Lucas lo expresan provocativamente: no elige como lugar de su presencia ni las instituciones que lo representan ni sus instancias oficiales (el templo o Jerusalén...), sino un descampado en las afueras de Belén, un establo, un pesebre. No van a encontrarlo los que escrutaban las Escrituras y podían citarlas como un estribillo aprendido de memoria (Mt 2,6), sino dos ancianos a quienes se les escapaba ya la vida y que reciben a la Vida entre sus brazos (Lc 2,28.38), un grupo de pastores, gente sospechosa y del margen (Lc 2,8) y unos hombres procedentes de la gentilidad, interesados por la astrología y ajenos al mundo de lo religioso (Mt 2,2).

Precisamente porque ellos no pensaban poseer la verdadera identidad de Dios ni ser dueños del lenguaje sobre Él, estaban dispuestos a asombrarse ante sus extrañas señales (un niño envuelto en pañales, una estrella en la noche) y a ir tras de ellas.

María, acostumbrada a mirar contemplativamente los acontecimientos y a dejarse confrontar por ellos, iba también aprendiendo a descifrar esos nuevos códigos y a utilizar esa «gramática alternativa» que será el lenguaje de todo el NT: por debajo de las apariencias, ella veía ya a los fracasados y humillados ocupando el lugar más alto en las preferencias de Dios, mientras que los triunfadores, encastrados en la cumbre del poder y de la suficiencia, se le revelaban vacíos de humanidad, perdidos en el ámbito helado de la insolidaridad, ahogados por la dinámica misma de su ambición (Lc 1,50-53).

Lo reconocerán a partir de entonces los que estén dispuestos a aceptar que los signos que Dios ofrece pertenecen a la normalidad de la vida cotidiana, sin nada estentóreo: la obediencia creyente les dará una percepción penetrante para estas nuevas señales, aunque vengan ocultas en lo más común y ordinario. En la humildad de sus manifes-

taciones escucharán una llamada a la conversión que «atravesará su corazón» (Lc 2,35), y el pesebre de Belén se convertirá para ellos en un «agujero negro» cuyo secreto de atracción consiste precisamente en su falta de densidad: aquí, el que carece de peso arrastra con la fuerza de un gigantesco imán; el desprovisto de poder es el que salva; el que no tiene figura ni apariencia es el que embellece; y la pobreza de este niño que no posee nada, y la de los que son como él, esconden el secreto de la verdadera riqueza.

La Pascua está proyectando su sombra luminosa sobre los relatos de la infancia y recordando a sus lectores que aprender el nuevo lenguaje y caminar hacia los lugares que Dios privilegia con su presencia estarán bajo «el signo de la contradicción» (Lc 2,34). Por eso los magos ofrecen también al niño una mirra que evoca la muerte (Mt 2,11); por eso Simeón habla de una espada que atraviesa el alma; por eso los pañales envuelven al niño puesto en el pesebre, como un presentimiento de los lienzos que envolverán su cuerpo puesto en el sepulcro.

El que fue anunciado a su madre como «grande» e «hijo del Altísimo» (Lc 1,32) es ahora un niño pequeño, como uno de tantos, tomará la condición de siervo y se hará obediente hasta la muerte de cruz (Flp 2,6-8). El exaltado será antes el humillado, y el Nombre sobre todo nombre sólo será proclamado después de su descenso a nuestros infiernos.

Mientras, los pastores y los magos tienen que caminar en medio de la noche; mientras, María y José buscan al niño con angustia y desconcierto (Lc 2,48); mientras, la humanidad gime con dolores de parto, aunque no pierde la esperanza (Rm 8,19)⁴.

4. «Hay esperanza allí donde se acepta no ver el porvenir. Querer ver el porvenir es hacer esperanza-ficción» (Notas del diario de Christian de Chergé, prior de la Trapa de Tiberina, asesinado en Argelia en Julio de 1996).

Ese lenguaje de la esperanza puede ir también, como una semilla, madurando a pesar del desconcierto: Zacarías, desde el silencio, fue abriéndose a la fe en un Dios que estaba más lejos de su pequeño horizonte. Por eso, cuando llegó el momento de circuncidar al niño, pidió una tablilla y escribió en ella el nombre que él nunca se hubiera atrevido a soñar, pero con el que ahora pronunciaba toda su esperanza: «*Juan: Dios ha hecho gracia. Y al punto se le soltó la boca y se puso a hablar bendiciendo a Dios*» (Lc 1,63).

**4. ¡Daos prisa, entrad todos en Bet-lehem,
la casa del pan!
Desataos el sayal del desencanto,
sacudid como polvo el cansancio de vuestros pies,
revestíos la alegría como un traje de fiesta
y aprended junto al pesebre del niño
a entrar en la danza de la bendición
y a dejaros arrastrar
por la pasión de su evangelio.**

Siguiendo la imagen de S.Ireneo⁵, podríamos decir que Mateo y Lucas describen narrativamente cómo fueron los inicios del «acostumbrarse» de Dios a nosotros y nosotros a Dios y que, como no pueden expresar lo que pertenece al ámbito de lo inefable, dan rodeos, acuden a diferentes registros, señalan reacciones y afectos y hacen que sus personajes nos vayan acompañando hasta el umbral del misterio. Los primeros en «rozar la carne de Dios» nos abren las puertas por las que ellos se le acercaron, y nos invitan a entrar por ellas. No alcanzamos a comprender del todo lo que ellos vivieron: ¿qué quiere decir que los pastores «encontraron» (Lc 2,16) y que los magos «adoraron»

5. Adv. Haer. 4,38.

(Mt 2,11)? ¿Quién puede entender lo que significa estar «llena de gracia», saber «mirada» por Dios la propia pobreza o consentir a la acción de su Palabra? (Lc 1,28.48.38) ¿Qué cambia en la vida de quien vive en contacto con su propio corazón? (Lc 2,19) ¿A qué sabe la alegría de quien entrega toda su fe, o quién podría explicar lo que ocurre cuando el Espíritu invade su existencia? (Lc 1,41.67; 2,25...).

A nuestro alcance sólo están las reacciones de esos personajes, en los que descubrimos unas constantes:

* VIGILAN, ESPERAN, PERMANECEN RECEPTIVOS
Y ATENTOS

Los pastores cuidaban sus rebaños a la intemperie (Lc 2,8), y el hábito de contemplar el cielo hizo a los magos capaces de reconocer la estrella (Mt 2,2); Simeón esperó pacientemente la consolación de Israel (Lc 2,25), y Ana pasó miles de días y noches de servicio en el templo antes de poder contar exultante que había encontrado al que esperaba (Lc 2,38).

Estar en vela en medio de la noche, seguir aguardando algún signo que la haga menos oscura, permanecer cuando ya no parece haber signos de respuesta y la muerte, ya al acecho, parece burlarse de las pretensiones de la esperanza, aguantar la duración de la ausencia...: en eso consiste ser creyente, nos dicen los autores de los evangelios; pero, aunque ellos vigilaban, Dios mismo los había precedido, y por eso uno de ellos, Simeón, exclama: «¡Mis ojos han visto la salvación que HAS PREPARADO...!» (Lc 2,30).

«¿De dónde puede nacer la atención a una realidad diferente de uno mismo? Se necesita una llamada para que el alma surja del fondo de sí misma, se ponga a contemplar el mundo con amor y a escuchar lo que se

pide de ella: esa apertura, atenta a la alteridad de los hombres y de las cosas, no puede nacer nunca del propio yo. La atención humana responde a una atención que la precede: la de Dios mismo hacia cada una de sus criaturas»⁶.

Por eso, antes de que ellos se pusieran a esperarle, el deseo de Dios se les había anticipado, su gracia estaba al acecho, y sus ángeles ensayaban ya sus anuncios y sus himnos. «No somos nosotros los que hemos esperado a Dios; ha sido él quien nos ha esperado primero», podrían decir Mateo y Lucas con lenguaje de Juan (cf. Jn 15,16).

* BUSCAN, CAMINAN, SE APRESURAN,
VIVEN EN CONTINUO DESPLAZAMIENTO

Si algo llama la atención en estos relatos, es la movilidad de sus personajes, arrastrados por un dinamismo imparable: van y vienen al encuentro unos de otros, se visitan, se ponen en pie, se invitan mutuamente a desplazarse, caminan con apresuramiento, como si les fuera la vida en lo que van buscando.

María se levanta y marcha deprisa a visitar a Isabel, y el niño de ésta, aunque aún con pocas posibilidades de movilidad, da saltos en el seno de su madre (Lc 1,39.44); José y María van y vienen de Nazaret a Belén, de Belén a Jerusalén, de allí a Nazaret, y de nuevo a Jerusalén cuando el niño tiene doce años, recorriendo el camino inverso en su búsqueda (Lc 2,4.44.39.44.51); Mateo los presenta huyendo a Egipto y volviendo después para establecerse en Nazaret (Mt 2,14.22).

6. C. CHALIER, *Sagesse des sens*, Paris 1995, 34.

Los pastores se dicen unos otros: «¡Vayamos a Belén! (...) Fueron aprisa y encontraron (...) y se volvieron...» (Lc 2,15.16.20). A Simeón es el Espíritu Santo el que le impulsa a dirigirse al templo; Ana también acudió en aquel momento (Lc 2,27.38); y los magos emprenden un camino incierto, llegan hasta Jerusalén y, guiados por la estrella, que también se mueve, llegan hasta la casa donde estaba el niño con su madre y se vuelven a su tierra dando un rodeo (Mt 2,1.9.12).

Los únicos inmóviles son los «personajes cualificados», los sacerdotes y escribas, esclerotizados en Jerusalén en torno a Herodes, atornillados y satisfechos junto a sus viejos rollos de pergamino, hipnotizados por un saber que los petrifica en lugar de lanzarlos, como a los magos, en busca del niño (Mt 2,4-6).

¿Estamos ante una miniatura de lo que será la mañana de Pascua? También entonces habrá mujeres yendo de madrugada al sepulcro con perfumes y volviendo a toda prisa con la noticia de que Jesús les ha salido al paso; los que hacían camino de ida hacia Emaús vuelven corriendo para anunciar al que han reconocido; y un discípulo apresurado, el mismo que con Juan había corrido al sepulcro, se tira al agua del lago para llegar antes al encuentro del Resucitado.

Lo que queda en evidencia es que, entonces y después, su presencia cuestiona, provoca, invita a desplazamientos, a cambios de lugar y de postura, convoca a búsqueda y a urgencia.

* SE COMUNICAN, CANTAN, AGRADECEN, BENDICEN
Y EXPRESAN SU JÚBILO

Prestar atención al rumor que se escucha en los relatos nos hace entrar en contacto con la fuerza expansiva de la Palabra y asistir a su recorrido triunfal. De todas las esce-

nas brota un murmullo de conversaciones creyentes, algo que podríamos calificar de «ebullición comunicativa» y que va alcanzando e implicando a todos los personajes.

Nace del ámbito de Dios, que envía al ángel Gabriel a hablar con Zacarías en el templo mientras, fuera, la gente se hace preguntas inquietas (Lc 1,2). La conversación se reanuda entre María y el ángel (Lc 1,26-38), continúa después entre ella e Isabel, que pronuncia su bendición «con una voz fuerte», y la escena desemboca en un himno de alabanza (Lc 1,39-45); cuando Zacarías recuperó el habla y se puso a bendecir al Señor, «*lo sucedido se contaba por toda la serranía de Judea, y cuantos lo oían pensaban en su interior: ¿qué va a pasar con este niño*» (Lc 1,65-66). En las afueras de Belén resuenan himnos de ángeles, y los pastores, que los han escuchado en silencio, toman enseguida la palabra, cuentan en Belén lo que les han dicho y se vuelven glorificando a Dios (Lc 2,16.20); Simeón entona otro himno, bendice a los padres del niño, y Ana se pone a hablar de él a todos (Lc 2,29-40).

Y en medio de este tejido sonoro de palabras humanas, se van entrecruzando la gracia y la Palabra de Dios, que descenden, y la bendición, que asciende hacia Él dándole respuesta, avanza por ondas concéntricas y contagia cada vez a más gente: a los que rodean la oración de Zacarías (Lc 1,10.21); a amigos y vecinos que escuchaban y se preguntaban (Lc 1,66); a los destinatarios del anuncio de la salvación (Lc 1,77); a todos los que en Belén oyen a los pastores (Lc 2,18); a las naciones que vislumbra Simeón como últimas destinatarias de la luz que trae el niño (Lc 2,32), a «*los que escuchaban el rescate de Jerusalén*» y son evangelizados por Ana (Lc 2,38). Hasta los ángeles se dejan arrastrar por ese movimiento multiplicador: «*se les juntó un ejército celeste cantando...*» (Lc 2,13).

La difusión de la buena noticia pasa de los ángeles a actores humanos, y éstos se convierten en gente capaz de

bendecir a Dios y «bien decir» de la vida: es la mirada atenta a la realidad, junto con la escucha silenciosa de la Palabra pronunciada sobre ella, lo que puede transformar la vida en bendición.

«Ver no es suficiente», insinúa discretamente Lucas, «sólo la Palabra desvela el fondo de las cosas, que, detrás de sus apariencias banales, esconden un sentido que sólo saben percibir los que estén dispuestos a escuchar».

«El hecho banal de encontrar a un niño no se convierte en signo más que por mediación de la Palabra: “Vayamos y veamos”, se dijeron los pastores. “Fueron y encontraron”: sólo ven el exterior del signo, pero aceptan el sentido escondido que la Palabra les ha anunciado. De la confrontación entre los hechos y la Palabra nace la inteligencia del acontecimiento, y la alabanza y la glorificación brotan entonces espontáneamente. El misterio del que el acontecimiento era signo se revela, y el reconocimiento estalla en bendición y en una alegría que se prolonga en el testimonio»⁷.

5. Nazaret: final de trayecto.

Nazaret es el término del viaje que Lucas y Mateo nos han hecho recorrer: «*Bajó con ellos a Nazaret (...) Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres*» (Lc 2,50); «*...de esta manera se cumplió lo anunciado por los profetas: que sería llamado nazareno*» (Mt 2,23).

Y así de sencillamente están respondiendo a las cuestiones inquietas de los sabios que se preguntaban por el origen de la Sabiduría:

*«Tiene la plata veneros,
el oro un lugar para refinarlo.*

*El hombre echa mano del pedernal,
descuaja las montañas de raíz;
en la roca hiende galerías,
atenta la mirada a todo lo precioso,
ataja los hontanares de los ríos
y saca lo oculto a la luz.
Pero la Sabiduría ¿de dónde se saca?
¿DÓNDE ESTÁ EL YACIMIENTO DE LA PRUDENCIA?
El hombre no sabe su precio,
no se encuentra en la tierra de los vivos.
Dice el Océano: No está en mí;
responde el mar: No está conmigo. (...)
Adquirirla cuesta más que las perlas,
no la iguala el topacio de Nubia
ni se compra con el oro más fino.
¿De dónde viene la Sabiduría,
DÓNDE ESTÁ EL YACIMIENTO DE LA PRUDENCIA?»
(Jb 28,1-20)*

Gracias a los evangelios de la infancia, ese Job que somos cada uno de nosotros puede escuchar la respuesta:

«Está creciendo aquí, en este pueblo perdido de Galilea, y sigue enviándoos señales para que deis con ella.

Buscadla en la sencillez de la existencia cotidiana de tantas vidas anónimas de hombres y mujeres que, silenciosamente, hacen crecer el mundo y siguen prendiendo su llama, como centellas entre juncos secos.

No os canséis de caminar y, cuando encontréis la casa “asentada sobre siete columnas”, entrad en ella y sentaos con alegría a la mesa: en ella os está esperando, junto con el pan y el vino, toda la sabiduría del Evangelio.

Dichosos vosotros si entregáis a cambio de ella todos vuestros tesoros».

7. L. MONLOUBOU, *La prière selon St. Luc*, Paris 1976, 182-183.

3

«Junto a la zarza ardiente»

(Ex 3,2)

 Los pastores de Belén:
viajeros en tránsito

No lo tiene fácil San Lucas en su intento de hacer de los pastores de Belén inspiradores de nuestra respuesta creyente. En el imaginario cristiano están asociados a los aspectos más decorativos y tradicionales de la Navidad, y corren el peligro de formar un lote único e inseparable junto con el musgo, el corcho, el papel del plata del río, la zambomba, el pavo y el turrón.

Los villancicos los han ido encogiendo a fuerza de diminutivos: casi siempre los evocan como «pastorcillos» («-icos», «-etes», «-itos», «-uelos», o «-iños», dependiendo de cada autonomía), y no solemos recordarlos más que para poblar los nacimientos y ejercer un papel de «reserva tradicional cristiana» frente a Papá Noel, el sorteo de la lotería y el «especial Navidad» de TV, que nos avasallan con su fuerza hipnótica.

Para acercarnos hoy al relato de los pastores, propongo seguir el consejo de John Lennon: «¡Imagine!», y pensar en ellos más allá de los diminutivos, el puchero de las gachas, el haz de leña o el corderito sobre los hombros. Porque a lo mejor entonces podemos descubrir que su itinerario de fe es «normativo» para el nuestro, y su expe-

riencia increíblemente parecida a la que vivimos nosotros cada día, aunque las últimas ovejas que hayamos visto sean aquellas manchitas blancas que divisamos fugazmente desde la ventanilla del tren.

Aplicar los sentidos al texto

Un primer esfuerzo a hacer para conseguirlo es volver a leer el texto de Lc 2,8-20, dispuestos a superar la impresión engañosa de estar ante algo ya sabido, y dejar que nos evoque recuerdos, nos haga preguntas, nos asombre y nos descoloque viejas imágenes y saberes.

Habría que tratar de recorrerlo «en Braille», es decir, renunciando a contentarnos con un contacto visual y recurriendo a otros sentidos: el tacto, que nos invita a acariciarlo como una superficie llena de signos, o a «desarmarlo» y «descoserlo» para ver cómo está construido; el oído, que puede permitirnos escuchar resonancias que no sospechábamos, discernir «lo que no se dice» e ir más allá de las palabras; el olfato, que nos hará asombrarnos al reconocer aromas que creíamos propios de los relatos pascuales; el gusto, que nos posibilitará saborear la frescura de su novedad.

«Había unos pastores en la misma comarca que velaban de noche por turnos los rebaños a la intemperie. Un ángel del Señor se les presentó. La gloria del Señor los cercó de resplandor, y ellos se llenaron de un gran temor. El ángel les dijo: "No temáis. Mirad, os doy una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: Hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, el Mesías, el Señor. Esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre". De pronto, se juntó al ángel una multitud del ejército celeste, que alababan a Dios diciendo:

*"¡Gloria a Dios en lo alto
y en la tierra paz a los hombres que él ama!"*

«Cuando los ángeles se marcharon al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: “Vayamos a Belén, a ver lo que ha sucedido y nos hecho conocer el Señor”. Fueron aprisa y encontraron a María, a José y al niño reclinado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho del niño. Y todos los que los oían se asombraban de lo que contaban los pastores. Pero María lo conservaba y meditaba todo en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, tal como se lo habían anunciado» (Lc 2,8-20).

Empezaremos por hacer al texto CUATRO PREGUNTAS:

A) A la pregunta ¿DÓNDE? podemos responder observando los lugares y los desplazamientos de los personajes:

— el dato inicial —«en la misma comarca»— nos sitúa en los alrededores del «allí» de 2,6: «la ciudad de David que se llama Belén»;

— el participio *agralountes* referido a los pastores evoca un contexto de intemperie, de estar en el campo al raso;

— la indicación de que «el Salvador, el Mesías, el Señor» les ha nacido en la ciudad de David, desplaza el foco de atención en dirección a un lugar concreto de Belén: el pesebre donde está acostado el niño;

— el ejército de ángeles que se unen al que les ha dado la noticia son «del cielo», y en su himno ponen en relación «las alturas», lugar de la glorificación de Dios, con «la tierra», lugar de la paz para los hombres en quienes Él tiene puesta su complacencia;

— cuando los ángeles se marchan «al cielo», los pastores se intercomunican (*elaloun pros allelous*) la decisión de dirigirse hacia Belén para ver lo ocurrido y que el Señor les ha dado a conocer. En los otros dos textos del NT en

que aparece este verbo (*dialzomen*) hay un claro sentido de tránsito: se trata de «pasar a la otra orilla» (Mc 4,35; Lc 8,22; cf.4,30);

— la siguiente escena (vv. 17-19) se desarrolla junto al pesebre:

— el último verso alude a un retorno cuyo destino desconocemos; pero el verbo empleado (*hyperstrepsō*) aparece con frecuencia en Lucas en relación con situaciones de retorno, y siempre envuelto en alegría: los discípulos al volver de su experiencia apostólica (10,17); los de Emáus cuando regresan a Jerusalén y cuentan su encuentro con el Resucitado (24,33); los Doce después de la ascensión (25,52).

B) A la pregunta ¿CUÁNDO? nos responden estas indicaciones del texto:

— velaban «DE NOCHE» (v. 8); esa palabra es para Lucas el tiempo de la constancia y de la permanencia (2,37); el del trabajo de una pesca estéril (5,5); el de la irrupción de Dios (12,20; 17,34); el de la oración de Jesús nacida de la angustia (21,37);

— «HOY os ha nacido»: el *sémeron*, típico de Lucas, aparecerá en boca de Jesús en la sinagoga de Nazaret: «HOY, en vuestra presencia, se ha cumplido este pasaje» (4,21); en las controversias de su vida pública: «HOY y mañana seguiré curando...» (13,32); en su encuentro con Zaqueo: «HOY tengo que alojarme en tu casa. (...) HOY ha llegado la salvación a esta casa» (19,5.9); anunciando la traición de Pedro: «HOY, antes de que cante el gallo...» (22,34.61); en la promesa a uno de sus compañeros de crucifixión: «HOY estarás conmigo en el paraíso» (23,43); en labios de la gente sobrecogida al escucharle: «HOY hemos visto cosas increíbles» (5,26).

C) Una tercera pregunta, desdoblada en dos, nos ayuda a adentrarnos más en el texto: ¿QUÉ PERSONAJES APARECEN Y QUÉ HACEN?

— el relato pone en escena a unos personajes «terrenos»: los pastores; José, María y el niño; los que los escuchan; todo el pueblo...; y a otros «celestiales»: el ángel que se les aparece; la multitud del «ejército celeste» que canta a Dios; Dios mismo, cuya gloria se proclama y que, calificado como «el Señor», da a conocer a los pastores el acontecimiento;

— los pastores están caracterizados por seis participios activos: «estando a la intemperie» (*agralountes*), «velando» (*fyllassontes*), «yendo aprisa» (*speusantes*), «viendo» (*idontes*), «glorificando» (*doxazontes*), «alabando» (*ainountes*).

Son sujeto activo de una serie de verbos: «estaban» (*esan*), «se llenaron de un gran temor» (*efobethesan*), «se dijeron» (*elaloun*), «vayamos» (*dierzomen*), «veamos» (*idomen*), «fueron» (*elthon*), «encontraron» (*aneuron*), «dieron a conocer» (*egnorisan*), «se volvieron» (*hypes-
trepsan*), «habían oído y visto» (*ekousan kai eidon*).

Aparecen también como receptores de otra serie de acciones, y los pronombres personales insisten en presentarlos como sus claros destinatarios:

— «un ángel del Señor se LES presentó» (*epeste autois*); «la gloria del Señor LOS cercó de claridad» (*perielampsen autous*); «OS doy una buena noticia» (*euaggelizomai hymin*); «OS ha nacido» (*etechthe hymin*); «esto OS (servirá) de señal» (*touto hymin to semeion*); «el Señor NOS ha hecho conocer» (*egnorisen hemin*); «lo que LES habían dicho» (*tou lalethentos autois*); «como se LO habían anunciado» (*elalethe pros autous*).

Los numerosos verbos de comunicación hacen de «banda sonora» que sitúa toda las escenas en clave de intercambio comunicativo: un ángel habla con los pastores y les anuncia una buena noticia; el ejército celestial se le une alabando a Dios con un himno; los pastores hablan entre sí, dan a conocer lo que se les ha dicho sobre el niño, glorifican y alaban a Dios por todo lo que han oído y visto, tal como se les ha dicho...

D) Una última pregunta, ¿QUÉ TRANSFORMACIONES SE DAN EN EL TEXTO?, nos hace caer en la cuenta de que:

— los que velaban en la NOCHE quedan envueltos en el RESPLANDOR de la gloria de Dios;

— su «GRAN TEMOR» (*fobon megan*) desaparece ante el anuncio de una GRAN ALEGRÍA (*charan megalen*);

— la solemnidad y grandeza de los títulos «SALVADOR, EL MESÍAS, EL SEÑOR» aparecen veladas en «EL NIÑO RECLINADO EN UN PESEBRE»...;

— cuando al final retornan («lógicamente» al lugar donde habían dejado los rebaños...), ya no se menciona la noche ni la intemperie ni la vigilancia: la alabanza lo ha invadido todo;

— los ángeles se han ido, pero los pastores los reemplazan en su tarea y son ellos los que «GLORIFICAN Y ALABAN A DIOS».

Contemplar a los pastores

El segundo paso será hacer algo que va más allá del estudio, por muy cálido que hayamos querido hacerlo, y consiste en acercarnos a los protagonistas del relato y contemplarlos largamente. Posiblemente después podamos decir de ellos, como hace Lucas discretamente, que son:

- Expertos en noches
- Deslumbrados por un amor excesivo
- Buscadores en la ausencia
- Orientados por una señal
- Portadores de evangelio

EXPERTOS EN NOCHES

La noche es para muchos tiempo de descanso y cesación del trabajo. Su llegada invita a dormir y a relajar tensiones, a abandonarse al sueño y a perder la consciencia. Otros comienzan con ella su tiempo de vigilia y, a lo largo de las interminables horas en las que velan, oran, cuidan, limpian, conducen, guardan o permanecen insomnes, se convierten en la conciencia del mundo.

Las tinieblas nocturnas evocan el caos primordial, pero también entonces la *ruah* de YHWH hacía su trabajo de planear sobre la superficie de las aguas (Gn 1,2).

Abraham intentaba contar de noche las estrellas y escuchaba una promesa que hablaba a su vida estéril de una descendencia innumerable (Gn 15,5-6). El Señor sacó a su pueblo de Egipto durante la noche, y desde entonces la Pascua se convirtió en el memorial de Israel, en «noche de guardia para YHWH» y «noche de guardia en honor suyo para todos los hijos de Israel» (Ex 12,42).

Cuando esas horas de guardia se hacen interminables, las perspectivas desaparecen, los sueños se mueren, y el mundo no es más que un abismo oscuro, necesitamos acudir a los «expertos en noches» para que su voz tranquilizadora sosiegue nuestra impaciencia y nos dé ánimos para seguir esperando la llegada del amanecer. Por eso, en el judaísmo antiguo, los centinelas permanecían en un lugar elevado del Templo para anunciar a los sacerdotes la llegada de la primera luz del día: sólo entonces, en la hora de la

escucha por excelencia, podían comenzar los sacrificios y recitarse el *Shema*¹.

En el descampado de los alrededores de Belén ESTABAN unos pastores. No César, ni Herodes, ni Quirino, ni los escribas. Lucas reserva el verbo ESTAR para una calidad de presencia semejante a la de María, que ESTABA en el lugar preciso cuando le fue enviado el ángel (cf. Lc 1,28). Pero el término «pastores» no tenía para los oyentes del evangelio ninguna resonancia idílica: evocaba un grupo casi siempre fuera de la ley, al que no se permitía testimoniar en juicios y que vivía marginado de los centros vitales de Israel: la Torah, la sinagoga, el culto.

Está empezando a resonar la preferencia de Jesús por la gente del margen, se está anticipando su costumbre de comensalía abierta, los secretos del Reino van a ser revelados por primera vez a la gente sencilla (cf. Lc 10,21). En el silencio de esta noche se está balbuciendo la primera bienaventuranza: «dichosos los pobres, los que siguen esperando, los que permanecen velando en medio de la noche: para ellos va a ser el rumor de ángeles, el gozo de la gran noticia y el resplandor de la gloria de Dios».

Se está preparando el otro nacimiento, la otra Pascua: cuando amanezca el Resucitado, su luz vencerá definitivamente a los poderes de la noche, y las tinieblas perderán para siempre su pretensión de tener la última palabra.

«*Velaban por turnos los rebaños a la intemperie*»: frente a la Jerusalén de los instalados y satisfechos, de los somnolientos, sordos, ciegos y mudos, los pastores representan la atención despierta y el deseo expectante. Quizá no padecían, como nosotros hoy, la presión de otros modelos de vida apasionantes (hacer *zapping*, *shopping* o *surfing*...); quizá no se habían enterado aún de que Bill Gates es el verdadero pastor, el que apacienta a sus dóciles ove-

1. Yoma 28a. *Talmud Bab.*

jas en los verdes prados de la informática...; quizá no tenían configurada la vida por las ofertas «a la carta» ni se debatían entre la elección del yogur con pedacitos de frutas, o más de lo mismo pero con bífidos activos; o entre la crema hidratante con microsomas bioenergéticos de acción reestructurante y la de placenta de visión con aceites nutrientes esenciales...

Hoy casi todo está muy bien montado para distraernos y hacernos olvidar la noche (con un poco de suerte, sólo llegarán a padecerla los que han tenido la mala estrella de estar en los descampados, es decir, unos mil millones de seres humanos), mientras que para otros «ya es de día en El Corte Inglés».

Y así, casi imperceptiblemente, se nos va obstruyendo hasta la memoria de la interioridad y de la compasión, y nos vamos convirtiendo en gente ensimismada e inerte, privada de orientación significativa, enredada en las redes vacías de la intrascendencia.

Por eso, junto a la hoguera donde se calientan del relente de la noche, los pastores parecen estar diciéndonos: «Estad atentos, no perdáis la conciencia de la noche: sólo en ella se revela el inmenso y silencioso trabajo de Dios en el mundo; sólo estando del lado de los que padecen más su intemperie puede sorprenderos la visita del ángel».

Cuando otras formas de ascesis nos parecen caducas, la ascética de la atención revela su poder de mantenernos despejados y alerta. Y cuando la presión de la publicidad nos convence de la importancia de estar en forma, de invertir en el propio yo, es urgente conducir esas recomendaciones en la dirección de adquirir esa «aptitud de mantenerse en un estado psíquico, nervioso y físico tal, que se pueda estar espiritualmente atento al momento presente»².

2. R. VOILLAUME (citado por C. FLIPO, «Jonás en Nínive»: *Sal Terrae* 84/3 [Marzo 1996] 236).

Cuando estamos atentos, la lectura de un periódico, las noticias de un informativo, la monotonía del trabajo diario, un trayecto de metro, una conversación en apariencia banal, pueden convertirse en lugares de revelación, de desvelamiento y de encuentro, porque —ahora son palabras de Levinas— «yo no digo que el otro sea Dios, pero en su rostro escucho la Palabra de Dios. Es en el rostro del otro donde aparece el mandamiento que interrumpe la marcha del mundo»³.

DESLUMBRADOS POR UN AMOR EXCESIVO

«Un ángel del Señor se les presentó. La gloria del Señor los cercó de resplandor» (Lc 2,9). Como Abraham, Jacob, Gedeón, Elías, Zacarías o María, los pastores reciben la visita del ángel. Ahora son ellos «el pueblo que andaba a oscuras y vio una luz intensa; que vivía en tierra de sombras y le brilló una luz» (Is 9,1). Ahora son ellos los que, como Moisés, se encuentran deslumbrados ante el resplandor de la zarza ardiente.

El Dios que dijo: «Que haya luz», e hizo desaparecer las tinieblas del caos, ha pronunciado ahora su Palabra definitiva. Y esa Palabra, que venía llamando a la puerta de las posadas de Belén y no encontró más que un pesebre, está ahora buscando asilo en el corazón de los pastores: «Hoy os ha nacido el Salvador, el Mesías, el Señor».

Como Juan Bautista, también ellos ven abrirse los cielos (Mt 3,16) y, antes que Jesús en su transfiguración, se encuentran envueltos en el resplandor de la gloria de Dios y en el abrigo cálido de su complacencia (Lc 9,28-29).

Ha sido Él quien ha tomado la iniciativa, más allá de cualquier pretensión de merecimiento ni conveniencia:

3. E. LEVINAS, «Philosophie, justice et amour»: *Esprit* 83, 13.

«Un silencio sereno lo envolvía todo,
y al mediar la noche su carrera,
tu palabra todopoderosa se abalanzó,
como paladín inexorable,
desde el trono real de los cielos...»

(Sab 18,14-15)

Pero, en su descenso, la Palabra tropieza con el miedo, que es una tiniebla resistente agazapada en el corazón humano, en el que la cercanía de Dios acentúa la conciencia de desvalimiento. Por eso «se llenaron de temor», como Adán y Eva en el jardín, como Moisés ante la zarza y como Elías en el Horeb.

Lo mismo que ellos, también nosotros sentimos la tentación de escondernos, de huir, de quedarnos bloqueados por el temor, de intentar cubrir nuestra desnudez. Por eso buscamos con ansiedad poseer cosas, afectos o saberes que acallen, al menos momentáneamente, unas carencias que nos resultan amenazantes. Y esa necesidad compulsiva de ser aceptados y reconocidos, de proteger nuestro nombre y autoafirmarnos, suele degenerar en una avidez que nos bloquea el amor y nos cierra a la alteridad: andamos tan preocupados por engordar el perímetro de nuestro «yo» que se nos desdibujan los rostros de los otros, y sus vidas no encuentran espacio en nuestro interés.

Pero a los pastores les fue anunciada en aquella noche, que pertenece también a nuestro «hoy», una noticia insólita que venía «de otra orilla» y que convirtió en mediodía su oscuridad, y en confianza su miedo:

«No temáis, os doy una buena noticia, una gran alegría (...) De pronto, se juntó al ángel una multitud del ejército celeste, que alababa a Dios diciendo: "¡Gloria a Dios, paz a los hombres que él ama!" (en *anthropois eudokias*)» (Lc 2,10.14).

«De pronto»: el texto subraya la irrupción del himno de los ángeles como una iluminación súbita, como un cambio cualitativo de conciencia. De pronto, el que andaba titube-

ando se encuentra con una roca bajo sus pies; al que caminaba aterido se le abren las puertas de un hogar caliente; el que creía no ser significativo para nadie se entera con asombro de que es objeto de una ternura que lo acoge. En aquel descampado de Belén, los pastores y todos nosotros, humanidad extendida por el ancho mundo y dilatada a lo largo de los siglos, recibimos un nombre: somos aquellos en quienes Dios tiene puesto su amor, su complacencia, su alegría, su deseo. Nuestra sed febril de ser aceptados y queridos se sacia en esta noche: a Dios «le parecemos bien» (ése es el significado literal de *eudokia*), «le caemos en gracia», no porque nos lo hayamos ganado a pulso a base de esfuerzo, cumplimientos y tendencias a la perfección, sino porque «Dios es amor», es decir, que no puede remediar querernos, como no puede remediar el sol dar luz y calor, ni las entrañas de una madre dejar de estremecerse ante sus hijos. A nosotros, «en primera instancia», sólo se nos pide dejarnos querer, creer que somos aceptados, movernos como pececitos despreocupados en el ancho mar de ese amor que nos envuelve: «Los bienes más preciosos no pueden ser buscados, sino recibidos; no tomados, sino acogidos»⁴.

Luego vendrá para los pastores el ponerse en camino hacia Belén, y para nosotros el emprender el nuestro, con el latido de quien siente circular por sus venas la vida de Dios y el corazón inundado por su misericordia.

Porque quien se sabe a cobijo en el «bien parecer» de Dios entra en el «hoy» de un nuevo comienzo relacional: las energías que gastábamos en «parecer» y en «caer bien» están ahora liberadas para el servicio; la ansiedad por asegurar nuestro nombre y proteger nuestra fama se transforma en un dinamismo que empuja hacia el cuidado de la vida de otros.

4. C. CHALIER, *Sagesse des sens*, Paris 1996, 29.

BUSCADORES EN LA AUSENCIA

El relato de los pastores tiene una cesura que lo divide, cerrando una etapa e inaugurando otra: «*Cuando los ángeles se marcharon al cielo (apelthton ap'auton)...*» (Lc 2,15).

Estamos ante un momento de ruptura, a partir del cual se va a decidir el futuro de la Palabra que han recibido los pastores. Desaparecen la luz, las voces, los himnos y el resplandor de la gloria. Vuelve a ser de noche, y todo invita a la sospecha de que se había tratado de un sueño, una ilusión, un piadoso engaño. Hay que regresar al realismo a ras de tierra del frío, la oscuridad y el cuidado de las ovejas. Ningún ángel los reemplazará si hay que defenderlas de los lobos, ni atenderá a las recién paridas.

La desaparición de los ángeles nos recuerda las parábolas escatológicas: también en ellas el amo se marcha después de confiar sus bienes a sus siervos (Mt 25,14-30); también en ellas hay un juego de ocultamiento (Mt 25,31-46), de lejanía (Lc 19,12) y de noche (Mt 25,1-11). Los pastores están ahora ante «la prueba de la ausencia», como estarán los discípulos después de que el Resucitado desaparezca de su vista (Lc 24,31); o como María cuando «*el ángel, dejándola, se fue*» (Lc 1,38).

El evangelio no oculta las dificultades y peligros de esta situación: algunos servidores del amo ausente comenzaron a comportarse de manera inicua (Mt 24,48); otros escondieron los talentos y se despreocuparon de hacerlos rendir (Mt 25,25); algunas de las muchachas perdieron la tensión de la espera y dejaron apagar sus lámparas (Mt 25,3); otros pretextaron que el Señor no se había dejado ver claramente, que no había «avisado» de que el llanto y los gritos que habían oído eran los suyos (Mt 25,37); los discípulos, queriendo retener en la transfiguración una forma de presencia gratificante (Lc 9,33), o ensimismados

después de la ascensión, merecerán un velado reproche por quedarse plantados mirando al cielo (Hch 1,11).

La reacción de los pastores después de la marcha de los ángeles es un modelo de «discernimiento de espíritus»: «*se dijeron unos a otros: Vayamos a Belén a ver lo que ha sucedido...*» (Lc 2,15). La ausencia no los ha paralizado; la experiencia de comunicar con lo divino no les ha dejado ensimismados; la añoranza de lo que han perdido no les bloquea ni les fija en la nostalgia de tiempos mejores: los que habían escuchado en silencio rompen a hablar y expresan una decisión colectiva: «*Vayamos...*».

En ese «Vayamos» intercambiado entre ellos resuena una cierta conciencia de lo atípico del camino y de sus señales, y por eso necesitan pronunciar en alto su decisión de emprenderlo, escucharla de la boca de otros, sentirse respaldados por un plural que los sostenga en su opción.

Están siendo, sin saberlo, compañeros de todos los que, después de ellos, tomarán decisiones en medio de la incertidumbre: los magos persiguiendo una estrella errante (Mt 2,2); los que opten por seguir a un maestro que no les promete ni un lugar donde reclinar la cabeza (Lc 9,58); las mujeres corriendo con perfumes, de madrugada, hacia un sepulcro que creen sellado impenetrablemente (Lc 24,1-2)...

Están también «en sintonía» con aquel a quien ahora van a encontrar reclinado en un pesebre y que un día decidirá subir a Jerusalén a cualquier precio, incluso el de su propia vida (Lc 18,31).

También nosotros nos sentimos en sintonía con los pastores: como ellos, hemos vivido «tiempos de ángeles» y nos hemos encontrado introducidos en un orden diferente, atravesado por una brecha de esperanza. Han sido momentos de la vida en que se nos han abierto los cielos, la fe se nos ha hecho casi diáfana, nos hemos sentido imantados

por el Evangelio y empujados a tomar decisiones que nos comprometían en la dirección del Reino. Nos reconocemos marcados por esos tiempos de consolación en los que nos parecía estar danzando al ritmo de la gracia, con la facilidad de esos patinadores que se deslizan armónicamente sobre el hielo. Pero de repente, siempre inesperadamente, «se marchan los ángeles», y nos quedamos desconcertados, como patinadores sin música y sin patines, perplejos ante la frialdad del hielo. Las decisiones tomadas nos parecen insensatas e inviables, y la realidad, privada de cualquier nimbo luminoso, se nos pone delante con su terca opacidad.

Por eso necesitamos decirnos y escuchar de otros ese «Vayamos» que expresa lo mejor de nosotros mismos y que nos recuerda nuestra determinación más deliberada de seguir adelante por ese camino que, «en tiempo de ángeles», hemos reconocido como nuestro.

Necesitamos recordarnos unos a otros que las palabras descabelladas del Evangelio (todo eso de perder para ganar, de recorrer kilómetros gratuitamente al lado de otro, de tomar el yugo de Jesús cuando no podemos ni con la propia mochila...), resulta que a la larga (¡y a veces incluso a la corta!) «funcionan».

Necesitamos oír y ver que otros también sueñan, y no se les han muerto la utopía, sino que la van traduciendo modestamente en lo diario, y por eso buscan «con minuciosidad de contable y fantasía de niño» (Alberto Iniesta) pequeños/grandes medios para vivir esa terna de sobriedad-sencillez-solidaridad que configura nuestra praxis cristiana⁵: la manía de rastrear información sobre los países y pueblos que no son ya rentables ni como noticia, o de

5. El Cuaderno de CRISTIANISME I JUSTÍCIA, *¿No hay nada que hacer?* A la escucha del Espíritu. Barcelona 1996, propone una serie de sugerencias prácticas y creativas en este sentido.

buscar los productos de «comercio justo»; la atención cada vez más despierta hacia ese referente privilegiado que es la vida de los empobrecidos, los de cerca y los de lejos; la paciente disciplina por ir teniendo hábitos ecológicos, más exigentes que las antiguas penitencias conventuales...

Necesitamos contar con la posibilidad de comunicarnos desde esos niveles que sostienen nuestro camino creyente, que bastante gélidos son ya muchos de los ambientes en los que nos movemos; y el que piense que no necesita nutrir su fe al lado de aquellos con los que comparte «visiones de ángeles», acabará víctima de una anorexia espiritual irreversible.

Porque tenemos gran facilidad para hablar entre nosotros de lo loco que está el tiempo, del colesterol, que lo tenemos por las nubes, del problema insoluble del aparcamiento, de la tarde que nos ha dado una visita pesadísima, de lo bien que va el Atleti o de las desgracias de Estefanía de Mónaco, pobrecilla... Pero, en cambio, con demasiada frecuencia nos aqueja una extraña «afasia» para lo que nos hace vivir por dentro, con el peligro, tantas veces constatado, de que fácilmente esa «afasia» degenera en «amnesia».

Quizá hoy, más que nunca, hace falta desplegar toda nuestra creatividad para inventar espacios y tiempos que generen comunicación profunda y que nos permitan dejar caer esas máscaras que nos ponemos para jugar a ser «Don Yo-no-necesito-hablar-de-esas-cosas», o «Doña Total-para-lo-que-sirve...».

En la noche de cada creyente ha resonado una palabra que alienta a levantarse, caminar, atravesar la oscuridad, dirigirse, como viajeros en tránsito, hacia una tierra invisible. Hay en ella un dinamismo que moviliza, orienta, atrae, cambia el horizonte, envía en la dirección de una presencia escondida; pero sólo seguirá vibrando si le dejamos encarnarse en las palabras de otros, si mantenemos su memoria

en nuestro «aparato conversacional», si aceptamos con humilde pobreza que nos necesitamos unos a otros para aprender a responder a esa Presencia ausente que nos hace vivir.

ORIENTADOS POR UNA SEÑAL PARADÓJICA

«Esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre» (Lc 2,12).

La advertencia de los ángeles, dirigida a todos los «buscadores en la ausencia», inaugura un camino en el que tendrán que orientarse, no por evidencias inmediatas, sino por SEÑALES. Lo mismo que Samuel, que supo reconocer en el más pequeño de los hijos de Jesé al ungido del Señor y aprendió a mirar el corazón por debajo de las apariencias (cf. 1 Sm 16,7); como Natanael, que tendrá que ir más allá de su idea de que «de Nazaret no puede salir nada bueno» (Jn 2, 46); como los discípulos, aceptando que las prostitutas y publicanos les precederán en el Reino.

Se está inaugurando un camino pascual en el que «encontrar» tendrá que ir precedido de una conversión de la mirada y del corazón, y en el que habrá que superar el desconcierto y el asombro de que un niño puesto sobre un pesebre sea el Señor. Y ese camino desembocará otro día, el primero de la semana, en el sepulcro, en el que quien había yacido en él se revelará como el Viviente (¿será sólo coincidencia que el término «reclinado» —*keimenon*— aparezca también en los relatos de Pascua? (cf. Lc 23,53; 24,12; Jn 20,5).

Hay que prepararse para ese día, los pastores y nosotros, «haciendo teología» desde ahora, impidiendo que la evocación de títulos del niño ponga en marcha esa cascada de ideas, convicciones e imágenes sobre lo divino que pueblan nuestra mente y nuestra imaginación; todo ese ejérci-

to de nobles atributos que se apresuran a formar parte de su cortejo: un Salvador, Mesías y Señor sólo puede venir acompañado de signos de dignidad, poder, fuerza, magnificencia, esplendor y dominio. Necesitamos reemplazar nuestra polvorienta «summa pseudotheologica» por esa señal ofrecida por los ángeles, y exponernos a que su carga de provocación y de escándalo resquebraje nuestro montaje mental y, como una semilla de fuego, queme desde dentro los leños inertes de nuestras ideas sobre quién es Dios y en qué consisten su santidad, su señorío y su salvación.

Porque si en el Antiguo Testamento Dios hacía estallar las ideas desde arriba, ahora lo hace desde abajo. Después de la revelación de lo grandioso y excepcional, el maravillamiento hay que ejercerlo también ante lo banal: la hierba del campo que revela una belleza mayor que la de las vestiduras regias de Salomón (Mt 6,29); el niño nacido en un establo, en el que Dios da a conocer el esplendor radiante de su misterio.

Estamos ante el «signo de Jonás», que se convierte en aviso y contraseña para todos los que quieran, a partir de ahora, encontrar al Mesías, con su séquito de fracasados, perdedores y excluidos.

«El niño sobre el pesebre representa el destino mismo de Dios que se identifica con lo perturbador, lo importuno, lo desagradable e incómodo. Desde esta noche, los hombres tienen el derecho a ser superfluos. Dios se ha hecho hombre en un niño sin palabra, inútil, desarmado, impotente, y seguirá siendo en el futuro alguien sin poder ni posibilidad de imponerse. A sus treinta años, las autoridades e instancias competentes le darán la nota de "insuficiente" en el examen de lo que ellos estiman que es la vida. Dios no consigue tener éxito en el mundo del triunfo»⁶.

6. E. DREWERMANN, *De la naissance des dieux à la naissance du Christ*, Paris 1986, 78.

PORTADORES DE EVANGELIO

«Fueron a toda prisa y encontraron...» (Lc 2,16). Como Pedro, Juan y las mujeres en la mañana de Pascua, los pastores corren en medio de la oscuridad y encuentran a Jesús acostado en el pesebre. Los discípulos y discípulas no lo encontrarán: la muerte no habrá sido capaz de retenerlo, y los lienzos y vendas ya no lo envolverán como envuelven ahora los pañales el cuerpo del niño.

«Al verlo, les contaron... Y se volvieron glorificando y alabando a Dios...» (Lc 2,16-20).

Lucas nos hace participar de la onda expansiva de un evangelio que de los ángeles ha pasado a los pastores, que está destinado a todo el pueblo, que colma de asombro a los que lo oyen, que es conservado por María, que lo confronta (*symballousa*) en su corazón, y se convierte en un himno de alabanza. En Belén está resonando ya algo del anuncio, restallante de júbilo, que difundirá como un relámpago la noticia de la resurrección de Jesús.

Los que habían sido receptores son ahora emisores, comunicadores exultantes de una alegría que no pueden guardar para ellos solos. Son las primicias de lo que será la tarea evangelizadora: la Palabra, partiendo del Señor, llega a los testigos privilegiados que la escuchan y ven, y de ellos pasa a una nueva serie de auditores. En torno al pesebre de Jesús, los pastores anticipan proféticamente la predicación apostólica de la Iglesia primitiva⁷.

En medio de un mundo adormecido e indiferente, estos primeros evangelizadores están abriendo una brecha y roturando los caminos que conducen al niño. Como Moisés o Josué, se convierten en «acompañantes de tránsitos», en descubridores de la nueva tierra que mana leche y miel, en

7. C. ESCUDERO FREIRE, *Devolved el Evangelio a los pobres*, Salamanca 1978, 325.

concedores del código de señales que, como en un juego de pistas, conducen hasta ella.

«Cuentan», «glorifican», «alaban»... son expresiones de comunicación explícita del evangelio del que son portadores, y como los del mensajero de albricias del Segundo Isaías (cf. Is 52,7), también sus pies están al servicio de la noticia que proclaman: otro verbo de movimiento, «se volvieron», subraya el dinamismo de una Palabra que ha salido de la boca de Dios y no volverá a Él de vacío (Is 55,10-11).

Es toda la trayectoria de la fe la que queda insinuada: para llegar a Dios hay que pasar por ese niño débil y sin poder y por cada hombre, tan limitado, tan concreto. Porque, a partir de ahora, este tejido frágil de nuestro destino humano se ha convertido en el destino mismo de Dios.

Hay un desvío, un rodeo inevitable en el camino hacia Él: hoy pasa por un pesebre, y mañana pasará por una cruz. Dios, hecho «como uno de tantos» (Flp 2,7), ha quedado expuesto al peligro de no ser reconocido.

Hay que dejarse arrastrar por el movimiento descendente de ese Dios «pasajero», sabiendo que aún no ha llegado la hora del «cara a cara» con Él, y aceptar el escándalo de que haya querido manifestar en la asombrosa proximidad de un niño la gloria que proclamaba el ejército del cielo.

Hay que aprender a traducir «lo que cuentan los ángeles» (la Biblia, la teología, la tradición...), no sólo al lenguaje de los sabios y entendidos de Jerusalén, sino al «dialecto de Belén», al que habla «todo el pueblo» que es destinatario del mensaje.

Hay que tratar de ser «portadores de evangelio», como lo son tantas personas que, sin saberlo, nos están transmitiendo algo del «bien parecer de Dios», de su ternura y de su amor gratuito; que se ponen a nuestro lado como com-

pañeras de travesía y nos recuerdan que no hay pascua sin heridas.

Como los pastores, esas personas nos anuncian que la oscuridad está rasgada por la luz y por la Palabra, que estamos guarecidos por la gracia y convocados por un niño.

Lo encontraremos si nos vamos haciendo, como ellos, soñadores despiertos, visionarios con los pies en el camino, barqueros entre dos orillas, viajeros en tránsito.

4

«¿No se abrasaba nuestro corazón...?»
(Lc 24,32)

Caminos de acceso a la Eucaristía

«Un año, la cuaresma en la catedral de San Patricio de Nueva York fue predicada por un famoso jesuita que escogió como tema la oración. Causó mucha admiración, pero el elogio que más mella le hizo fue el de un viejo cura que, a la vista de tantos y tan extensos discursos, le dijo que, en sí, la cosa había sido extraordinaria por el esfuerzo gigantesco que suponía, «ya que, como usted sabe, Padre —y bajaba la voz en tono conspirador—, la oración es lo más simple que hay». Y es que la simplicidad de la oración, su claridad, su falta de complicación, es lo último que conocemos o deseamos conocer»¹.

No sé si me atrevería a afirmar con el mismo convencimiento que «la Eucaristía es lo más simple que hay»; pero sí pienso que, de entre todos los posibles caminos de acceso a ella, los que más tendemos a rehuir son precisamente los más elementales, quizá porque son los más capaces de apoderarse de nuestra vida, y a eso solemos tenerle bastante miedo. Por eso preferimos aproximaciones más sutiles o consideraciones más alambicadas, porque así nos defendemos mejor de aquello que amenaza cambiarnos, que es lo que, en el fondo, solemos tratar de evitar. Porque a los de Emaús se les abrasaba el corazón mientras aquel descono-

1. Cuenta la anécdota W.M. BECKETT, carmelita del Monasterio de Quidenham, Selcorder Abbey (Cornwall), en un artículo inédito sobre la oración.

cido les contaba las Escrituras; pero aquel encuentro les hizo aprender para siempre que era partiendo el pan como podrían en adelante encontrar al Resucitado, y eso supone que es la vida y no sólo el corazón lo que tiene que arder...

La elección de estos siete verbos:

- Tener hambre
- Compartir mesa
- Recordar
- Entregar
- Anticipar
- «Tragarse» a Jesús
- Bendecir,

está hecha mirando aquello que en la celebración de la Eucaristía aparece recordado, representado, dicho y recibido y que puede ir configurando la vida de los que participamos en ella. En realidad, más que de «acceso», habría que hablar de «circularidad», porque tratar de vivirlos nos adentra en la Eucaristía; pero es el misterio que allí celebramos lo que de verdad nos reenvía a vivirlos en nuestra existencia cotidiana.

Les llamo «elementales» en la misma perspectiva de estas preguntas, que también lo son:

«¿Cómo se puede explicar el hecho —dice J.M. Castillo— de que una persona se pase gran parte de su vida comulgando a diario y, después de muchos años recibiendo cada día a Jesús en la Eucaristía, resulte que tiene los mismos defectos que al principio o incluso que tenga defectos y faltas más importantes que cuando empezó a comulgar? ¿Cómo se puede explicar que tanta gracia, acumulada durante tantos años, no se note, al menos de alguna manera, en la vida concreta de esa persona?»².

2. J.M. CASTILLO, «Sólo hay sacramento donde hay experiencia de fe»; *Sal Terrae* 67/11 (Noviembre 1979) 739-740.

«¿Cómo es posible —se pregunta A. Paoli— que, en países de mayoría católica, mucha gente piadosa que frecuenta la Iglesia, que todos los días recibe la Eucaristía y que habla de Cristo y adora a Cristo, viva indiferente ante la injusticia y la desigualdad y, más aún, contribuya con sus opciones políticas y económicas a mantener cada vez más la desigualdad y la injusticia?»³.

No me considero capaz de contestar a la radicalidad de estas preguntas. Solamente pretendo provocar una reflexión que puede hacerse en ámbito comunitario y que al menos nos ayude a planteárnoslas con un poco más de honradez.

1. Tener hambre

En una asamblea numerosísima de religiosas, en una casa en medio del campo, celebraba la Eucaristía un obispo. Todo estaba resultando extremadamente solemne, las rúbricas eran escrupulosamente observadas, y la homilía versaba sobre la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica, a razón de diez minutos por nota. En el jardín había una algarabía de pájaros acomodándose en los árboles al atardecer, y yo me distraje pensando que, si estuviera Jesús sentado entre los fieles, como laico que era, a lo mejor se habría levantado y, con muchísimo respeto, le habría pedido al obispo si no le importaba callarse un momentito para que todos pudiéramos escuchar a los pájaros. Eso me inundó de consolación, que llegó a su cumbre cuando, en el ofertorio, el que ayudaba a misa tropezó, empujó el cáliz, se derramó el vino, y la agitación que provocó hizo que aquello empezara a parecerse a una cena de verdad.

3. A. PAOLI, Notas mecanografiadas de una conferencia pronunciada en Medellín.

Y es que, a fuerza de estilizar los símbolos, respetar los ritos y cuidar la liturgia, corremos el peligro de olvidar que en el origen de lo que celebramos hubo una cena de despedida, y que a lo que estamos invitados es, no a un espectáculo ni a una representación ni a una conferencia, sino a una comida fraterna.

Y para comer, lo primero que uno necesita es TENER HAMBRE. Esta realidad —estremecedora en dos tercios de nuestro mundo y que tendría que quitarnos el sueño al tercio restante— tiene mucho que ver con un cierto «estado de vigilia» que mantiene despierto el deseo.

De entre todas las estrategias pastorales de las que echamos mano a la hora de motivar a la gente para que participe en la Eucaristía (y de motivarnos nosotros, que buena falta nos hace), quizá ésta de invitar a contactar con la autenticidad del deseo es de las más olvidadas. Y, sin embargo, es la que toca la zona más honda de nuestro ser.

Lo que ocurre es que requiere un trabajo de poda que no siempre estamos dispuestos a hacer, porque al Deseo (con mayúscula) lo debilitan y lo adormecen los pequeños deseos parásitos que se encarga de inocularnos una sociedad especialista en generarlos. Y así andamos, ingenuos y desprevenidos, dejándonos invadir en zonas de nuestro ser que deberían ser el espacio de ese deseo, que expresa tan bien el simbolismo del Antiguo Testamento:

*«Mi alma te ansía en la noche
mi espíritu en mi interior madruga por ti
¡con qué ansia por tu nombre y tu recuerdo!»* (Is 26,8-9).

*«Mi garganta tiene sed de ti,
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra seca, agostada, sin agua...
Me saciaré como de enjundia y de manteca
y mis labios te alabarán jubilosos»* (Sal 63,2.6).

*«Escucha, pueblo mío, por lo que más quieras.
Israel, a ver si me escuchas:
abre toda tu boca, que yo la llenaré...
Ojalá me escuchara mi pueblo
y caminara Israel por mi camino:
te alimentaría con flor de harina,
te saciaría de miel silvestre...»* (Sal 81,9.16).

«¡Cuánto he deseado cenar con vosotros esta pascua antes de padecer!...» (Lc 22,14), decía Jesús; pero nosotros andamos desgastados o aparentemente satisfechos, entretenidos en mil distracciones, y el deseo hondo del Señor y su Reino nos resultan demasiado exigentes, y su pretensión de totalizar nuestra vida, una exageración propia de tiempos juveniles que se quedaron ya atrás. Porque quizá nosotros tenemos ya bastante con programar un viaje o planear unas vacaciones, estar al tanto de las últimas noticias, conseguir que nos conozca y reconozca una docena más de personas, alcanzar la felicitación de un jefe, no tener ni un minuto libre (la agenda llena nos inunda de un prestigio estresado que se lleva mucho), escribir el artículo que dará que hablar, o lograr, por fin, aquel coche que no desmerece de nuestra importancia. Es difícil «tener hambre» si son ésas o parecidas las claves desde donde nos movemos.

Cuenta el libro de los Reyes que, cuando Elías caminaba por el desierto hacia el Horeb y desfallecía en la marcha, un ángel lo reconfortó con pan y agua. *«y con la fuerza de aquel alimento, caminó cuarenta días y cuarenta noches, hasta llegar al Horeb, el monte de Dios»* (1 Re 19,8). Experimentamos hambre cuando estamos en marcha hacia algún «Horeb», cuando nos desgasta el trabajo por el Reino, la preocupación por los otros, la lucha por un mundo más humano y por abrir caminos al Evangelio; pero el andar pendientes del «que si subo - que si bajo», agarrados a la barra del caballo del tío-vivo que gira en torno a nosotros mismos, nos anestesia peligrosa-

mente y paraliza la urgencia de acudir a ese Pan que sostiene nuestras fuerzas.

«Querellémonos de nosotros —decía Juan de Ávila—, que por querer mirar a muchas partes, no ponemos la vista en Dios y no queremos cerrar el ojo que mira a las criaturas para, con todo nuestro pensamiento, mirar a solo Él. Cierra el balletero un ojo para mejor ver con el otro y acertar en el blanco, ¿y no cerraremos nosotros toda la vista a lo que nos daña, para mejor acertar a cazar y herir al Señor? Coja y recoja su amor y asíéntelo en Dios quien quiere alcanzar a Dios»⁴.

La teología y la espiritualidad han dado un giro, y nos parece fatal eso de «no mirar a las criaturas»; pero su equivalente fin de siglo sería eso que A. Chércoles llama «la mirada carroñera» que ve la realidad como adquisición y revela nuestra codicia posesiva.

«Sin Eucaristía no podríamos vivir», dicen que decían los primeros cristianos, ballesteros determinados a dar en el blanco, convencidos de necesitar un alimento de vida que viniera de fuera de ellos mismos y revelando una actitud que está en las antípodas de la autosuficiencia y de la dispersión.

Y nosotros ¿nos atreveríamos a decir con sinceridad que no podríamos vivir sin Eucaristía, o es para nosotros una especie de «plus piadoso», un complemento alimenticio que no nos dejaría hambrientos si prescindieramos de él...?

* Podemos preguntarnos por nuestros deseos/hambres: (dónde los tenemos puestos, cómo los alimentamos, cuáles son nuestros «deseos parásitos»...

4. «Carta a una señora en tiempo de Adviento», en *Obras completas del Beato Juan de Avila I*, Madrid 1952, 563.

* Puede resultar liberador poner nombre a nuestras tentaciones de saciedad satisfecha para mantener despierto el deseo de otro Pan diferente del que intentan vendernos desde tantos mercados.

2. Compartir mesa

«No serás amigo de tu amigo hasta que os hayáis comido juntos un celemín de sal», dice un proverbio árabe. Y eso supone tiempo compartido, conversación prolongada, confidencias entre amigos.

Compartir la mesa es el gran símbolo de la convivialidad, de la reconciliación y la inclusión, y desde el Antiguo Testamento los banquetes son la mejor metáfora de lo que Dios prepara a su pueblo:

«El Señor de los ejércitos prepara para todos los pueblos en este monte un festín de manjares suculentos, un festín de vinos de solera; manjares enjundiosos, vinos generosos. El Señor Dios aniquilará la muerte para siempre, enjugará las lágrimas de todos los rostros, y el oprobio de su pueblo lo alejará de todo el país, lo ha dicho el Señor» (Is 25,6-8).

La imagen que elige Jesús para hablarnos de lo que es central en el Reino no es la visión extática y beatífica que ha contaminado de platonismo nuestras imágenes de vida eterna, sino un banquete, una comida festiva. Su gesto de compartir mesa con gente marginal no era un acto eucarístico en el sentido estricto del término, pero sí prefiguraba y preparaba la Eucaristía como culminación de algo que se había ido gestando y expresando en aquellas comidas en las que los últimos eran acogidos y tenían un lugar preferente.

La primera comunidad recordaba este gesto, profundamente subversivo precisamente porque incluía a judíos y no judíos, a libres y esclavos, a mujeres y hombres, a pobres y ricos.

«Partir el pan expresaba y creaba la fraternidad, porque suprimía las barreras discriminatorias. No era un rito de evasión o de enclaustramiento, sino un compromiso y una toma de posición frente a una sociedad dividida en grupos opuestos. Partir el pan iba unido a la preocupación por que comieran los pobres y desposeídos de la comunidad, y esto no sólo por razones humanitarias, sino, sobre todo, por una exigencia de formar la Iglesia concreta, que tiene el deber de rechazar la distinción entre ricos y pobres»⁵.

- * Preguntarnos cómo y con quiénes compartimos el banquete de nuestra vida, a quiénes sentamos a nuestra mesa (la de nuestro tiempo, nuestra amistad, nuestros bienes, nuestro interés...); a quiénes excluimos y por qué.
- * Dejarnos «provocar» por los textos que siguen, tratar de detectar qué dinanismos de inclusión están ya presentes y actuantes dentro y fuera de la Iglesia, para adherirnos a ellos. Discurrir cómo podemos crecer en ese talante de incorporar, agregar, atraer, vincular... Proyectar «estrategias de inclusión», modos concretos de continuar en lo corriente de nuestra vida la experiencia de «ser incluidos» que vivimos en cada Eucaristía.

«La Eucaristía es la "operación igualdad". Eucaristía es el pequeño grupo desmenuzado, individualizado y desigual de Hch 4,32, que se hace comunidad, es decir, se hace "un solo corazón y una sola alma". Y se hace comunidad porque "nadie llama suyos a sus bienes, sino que todo lo tienen en

5. M. DIAZ MATEOS, «Te reconocimos, Señor, al partir el pan»: Páginas 89-90 (Abril 1988) 35.

común". (...) A Dios se le glorifica única y exclusivamente de una manera eucarística, se le glorifica con el pan y el vino, se le glorifica repartiendo, comunicando, realizando la comunión real y material, económica, entre nosotros. Existe una sola forma de glorificar a Dios: es la forma de crear comunión entre nosotros. Toda forma de glorificación de Dios, si no pasa por la Eucaristía, por esta voluntad absoluta de compartir con los demás, de celebrar, de comprometerse para celebrar una reconciliación con los hombres, no es culto a Dios; es una burla»⁶.

«Primero sea el pan,
después la libertad.
(La libertad con hambre
es una flor encima de un cadáver).

Donde hay pan,
allí está Dios.

"El arroz es el cielo",
dice un poeta de Asia:

la tierra es un plato gigantesco de arroz,
un pan inmenso y nuestro
para el hambre de todos.

"Dios se hace pan, trabajo para el pobre",
dice el profeta Gandhi.

La Biblia es un menú de pan fraterno.

Jesús es el Pan vivo.

El universo es nuestra mesa, hermanos»⁷.

3. Recordar

Tengo asociado el tema del recuerdo con una tarde de Jueves Santo en la Escuela Bíblica de Jerusalén, durante la procesión en la que se lleva el Santísimo Sacramento al monumento. Los celebrantes eran muchos, casi todos ellos ilustres profesores de Sagrada Escritura, y entre el gótico simple de la iglesia, los hábitos dominicanos, las fachas

6. A. PAOLI, *op. cit.*, 7.

7. P. CASALDÁLIGA, *Fuego y ceniza al Viento*, Santander 1984, 81.

impresionantes de aquellos hombres, la ciencia que se suponía detrás de cada uno y las voces graves y bien timbradas con que cantaban el «Pange Lingua», el impacto estético era fortísimo.

Y en aquel momento tuve la sensación —y que me perdonen los liturgistas— de que toda aquella belleza era ambigua. Es verdad que abría un camino hacia la trascendencia, pero suponía a la vez una amenaza, por su capacidad de distraernos sutilmente de aquello que estábamos recordando. La solemnidad, el incienso, el latín, el gótico, las velas y las flores podían alejarnos de la historia dramática de la que estábamos haciendo memoria: un galileo arrastrado por las calles de Jerusalén, torturado en unos sótanos, abucheado por la multitud, sentenciado por las autoridades, ejecutado públicamente fuera de la ciudad.

Soy consciente de que éste es un tema delicado; pero si nos atreviéramos a abordarlo, quizá llegaríamos a un reconocimiento sanante de nuestra tendencia a transfigurarnos hacia la estética, la ritualización, la majestuosidad, la privatización o la «lightización» de todo lo que tenemos a nuestro alcance.

Porque «partir el pan» es mucho más que un gesto ritual: es una forma de comer que expresa una forma de vivir. Hacemos memoria de Jesús para seguir haciendo lo que él hizo: «partirse la vida», «vaciar hasta la muerte», según la expresión del cuarto canto del Siervo (Is 53,12). De esa memoria nace nuestra fraternidad, y sólo se «reconoce a Jesús al partir el pan» cuando el estilo de vida que él expresó en su entrega se hace presente, aunque sea germinalmente, en los que pretendemos seguirle.

«Cuidado: guárdate muy bien de olvidar los hechos que presenciaron tus ojos, que no se aparten de tu memoria mientras te dure la vida» (Dt 4,9).

* Recordar qué es lo que «presenciaron nuestros ojos», lo que significa para cada uno «hacer memoria de Jesús»,

y confesarnos las razones secretas por las que preferimos vivir desmemoriados a volver una y otra vez al recuerdo perturbador de quien llegó por nosotros «hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2,8). Y comprobar desde la propia experiencia cómo ese síndrome amnésico suele ir unido a la despreocupación y el olvido de todos los que hoy siguen en la cruz.

* El texto que viene a continuación puede ser terapéutico para nuestras evasiones ritualistas y nuestras tentaciones de trivialización:

«Aquella noche, Jesús se acordó del amor de su Padre y de la confianza que le permitía hablar con autoridad; veía además los conflictos a los que le habían arrastrado, poco a poco, sus solidaridades. Acorralado, como otros muchos antes y después de él; consciente de que hubiera podido hallarse del otro lado, del de los fuertes y poderosos, y sabiendo que aún podía luchar espada en mano, lo que hizo fue tomar un trozo de pan, partirlo y distribuirlo entre sus amigos diciendo: “Ésta es mi vida, y os la doy a vosotros. Siempre que, de una u otra forma, os encontréis en mis circunstancias, acordaos de mí y haced lo que yo hago ahora”. Ésta es la historia que mueve a los cristianos a reunirse de cara a sus decisiones, a sus opciones de solidaridad y a los riesgos de su existencia, para acordarse de Jesús, cuya vida y la de ellos mismos comparten bajo la forma de pan, continuando hoy de este modo en sus vidas lo que él vivió: su muerte y el sacrificio de su existencia en fidelidad a sus solidaridades. La muerte de Jesús se halla en el centro mismo de la Eucaristía, porque ésta remite a los cristianos a los conflictos históricos en que se encuentran metidos. Les indica que es precisamente en esos conflictos y en esas crisis, y no en las nubes, donde se puede discernir quién es Dios y cuál es el Dios de Jesús. La ejecución de Jesús plantea, con toda la seriedad que conllevan la muerte y el rechazo, la cuestión de nuestras solidaridades y de las solidaridades de Dios»⁸.

8. G. FOUREZ, *Sacramentos y vida del hombre. Celebrar las tensiones y los gozos de la existencia*, Santander 1983.

4. Entregar

Es éste un verbo que resulta extraño a nuestra cultura, en la que se conjugan precisamente los contrarios: apropiarse, guardar, retener, acumular, poseer... Acostumbrados a la lógica del cálculo, la medida y la cautela, no nos es fácil entrar en la lógica de la Eucaristía, en la que celebramos el máximo derroche, el total despilfarro.

Pero es precisamente eso lo que se nos llama a celebrar y a vivir: «HACED esto en recuerdo mío». No dice «meditad», «escribid», «reflexionad teológicamente», «componead himnos», «bordad ornamentos», «organizad procesiones», «celebrad congresos»..., sino, sencillamente, «HACEDLO». No como una ejecución mimética, sino como algo que nace de dentro, de ese rincón secreto de nuestra verdad última.

Gracias al relato de la Cena, sabemos (podemos «conocer internamente», diría Ignacio de Loyola) lo que había en el interior de Jesús ante su muerte. Sin la Eucaristía, sería posible pensar que murió por una especie de «lógica de la necesidad», porque no podía ser de otro modo. Sabemos que no fue así: la noche en que iba a ser entregado, cuando su vida estaba en peligro, pero aún no había sido detenido y todavía estaba abierta la ocasión de escapar de una muerte que le pisaba los talones, él hizo el gesto de ponerse entero en el pan que repartió, e hizo pasar la copa con el vino de una vida que iba a derramarse hasta la última gota. Y aquel gesto y aquellas palabras, recordadas en cada Eucaristía, nos permiten adentrarnos en el misterio de una voluntad de entrega que se anticipa a la pérdida: nadie puede arrebatarse la vida; es Él quien la entrega voluntariamente (cf. Jn 10,18).

Siempre he pensado que las explicaciones «satisfactorias» (todo aquello de la ofensa infinita y de un dios neurótico necesitado de una víctima que le diera reparación

adecuada) están grabadas de manera tan indeleble en el pueblo cristiano porque, en el fondo, nos hacen el favor de dejarnos a nosotros fuera de ese «ajuste de cuentas» entre el Padre y Jesús. Y eso nos resulta más cómodo que hacer de su entrega un estilo de vida, un camino de seguimiento, una llamada perentoria a continuar viviendo eucarísticamente, es decir, escapando de la espiral de la codicia y de la posesividad, para entrar en la danza de la vida que no se retiene, en el gozo extraño de ofrecerse y darse, de desvivirse, de entregar todo lo que se es y se tiene.

- * Podríamos visualizar a cámara lenta el gesto del ofertorio, con todo lo que implica de desapropiación, desprendimiento, alegría de poder regalar, disponibilidad, esfuerzo por liberar la posesividad de nuestras manos... Y observar qué resistencias sentimos si lo que ofrecemos es el tiempo, las fuerzas, la atención desplazada de nosotros mismos hacia los demás, la tarjeta de crédito, las llaves de nuestra casa, esos días de «puente» largo que reservábamos para nosotros...
- * Al leer este poema de Rilke, podemos encontrar un reflejo de la actitud posesiva, que es la opuesta a la del don y en la que quizá nos reconoceremos «penitencialmente»...

«No te inquietes, Dios.

Ellos dicen "mío"

a todas las cosas que son pacientes.

Son como el viento que roza la rama

y dice: "mi árbol".

Ellos apenas notan cómo arde su mano,
de modo que también en su limbo último
podrían sostenerlo sin quemarse.

Dicen "mío" como el que al conversar
con campesinos llama amigo al príncipe
si el príncipe es muy grande y está lejos.

Dicen "mío" y llaman su posesión a lo que se cierra cuando se acercan, al modo que un insulso charlatán llama acaso suyo al sol y al relámpago...»⁹

- * Para tener memoria agradecida, nos ayudaría «levantar acta» de tantas actitudes de entrega gratuita que existen a nuestro alrededor y que quizá no reconocemos por pura miopía del corazón.

5. Anticipar

Si algo fue difícil de encajar para los primeros cristianos, fue el retraso de la llegada del Señor y del Reino. Detrás de muchas imágenes de las parábolas que llamamos «escatológicas» se esconde el intento de descifrar una realidad desconcertante: por eso hablan de «noche», de «ausencia», de «retraso»... Por eso su fe necesitó, como la nuestra, dirigir su mirada a «las cosas últimas», escucharlas, simbolizarlas, imaginarlas, convertirlas en palabras pronunciables. A esa necesidad profunda de «anticipar», de pre-gustar ya aquí algo de lo será definitivo, responde «literariamente» el Apocalipsis, y «sacramentalmente» la celebración eucarística.

«El hebreo, viviendo entre las demás cosas, las ve todas como promesas: para el hebreo la piedra no "tiene" dureza, no "es" dura, en el sentido que el griego daría a estas palabras. La piedra, por eso que llamamos dureza suya, se le presenta como permaneciendo firme en el futuro, comportándose sólidamente en él. La piedra "es" dura significa: la piedra permanecerá. La verdad no es así un atributo del presente, sino una promesa del futuro. (...) La verdad no está oculta tras el movimiento, como en Grecia, sino tras la historia. La verdad es cuestión de tiem-

9. R.M. RILKE, *El libro de las horas. Antología poética*, Madrid 1980.

po. Lo que las cosas son, su destino, será transparente cuando llegue la «consumación de los siglos»¹⁰.

«LA VERDAD ES CUESTIÓN DE TIEMPO». La Eucaristía nos revela cómo será el futuro: una humanidad reconciliada y fraterna; una mesa para todos, en la que circularán el Pan y la Palabra; una comunidad reunida en torno al Resucitado y participando de su Vida. Al acercarnos a ella desde la experiencia dolorosa de un mundo dividido y roto, nuestra esperanza se rehace al celebrar anticipadamente la realización del sueño de Dios sobre su mundo.

Vivir la Eucaristía como anticipación utópica, como «maqueta» del mundo que el Padre quiere, nos hace volver a lo cotidiano más capaces de perdonar y de ser perdonados, más decididos a trabajar por ensanchar espacios en los que cada hombre y cada mujer encuentren su lugar en torno a la mesa común, más dispuestos a ser pan compartido y presencia real del amor de Dios por los últimos.

«Al comulgar aquel día en aquel pueblecito cerca de La Habana, sentí que el día anterior había vivido la más grande y verdadera "procesión del Santísimo". Al pasear por sus calles, entrar en las casas, compartir los dolores, la alegría, el milagro de la vida con la mujer diabética recién parida, la tarta compartida para seis donde no hay ni harina ni azúcar..., habíamos sido Eucaristía unos para otros, nos habíamos entregado mutuamente desde lo más profundo y mejor de nosotros... Sentí la necesidad de adorar a Jesús-Eucaristía en nosotras y en los hermanos cubanos. Éramos una misma cosa, un mismo corazón entregado y compartido» (Reflexión de una provincial de mi Congregación en una visita a Cuba).

- * Podemos evocar otras situaciones en las que vivir «eucarísticamente» nos ha hecho gustar de antemano lo que es nuestro destino final.

10. X. ZUBIRI, «Sobre el problema de la filosofía»: *Revista de Occidente* 118 (1993) 95-96.

6. «Tragarse» a Jesús

Por más que lo he intentado, no he conseguido encontrar otro verbo menos áspero que éste, que al menos tiene la ventaja de ser familiar en nuestro vocabulario: «no trago a tal persona»; «ese disgusto aún no me lo he tragado...»; «todavía lo tengo aquí» (y señalamos la garganta)... Nos es fácil sacar la lengua o poner la mano para comulgar, tragarnos el Pan y volver luego a nuestro sitio con recogimiento y dar gracias lo mejor que podemos. Pero, de vez en cuando, tendríamos que cambiar la expresión «comulgar» por la de «tragarnos a Jesús», para caer un poco más en la cuenta de lo que significaría «tragarnos» su mentalidad (es el *metanoeite* [«cambiad de mentalidad»] de Mc 1,15, o el «*tened los mismos sentimientos que Cristo Jesús*», de Flp 2,5), sus preferencias, sus opciones, su estilo de vida, su extraña manera de vivir, de pensar y de actuar.

Recuerdo una devota costumbre que me inculcaron de niña y que se llamaba «hacer una comunión espiritual»: consistía en mandar el corazón al sagrario (se recomendaba mucho hacerlo en los viajes al ver un campanario) y desear recibir a Jesús espiritualmente, ya que no podía hacerse sacramentalmente. Se me ocurre que podría ser un buen ejercicio hacer algo parecido abriendo el Evangelio por donde nos salga y, cuando leamos, por ejemplo: «*El que quiera ser el mayor entre vosotros, que sea vuestro servidor*» (Mt 23,12); «*No te digo que perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete*» (Mt 18,22); «*Me dan compasión estas gentes, dadles vosotros de comer*» (Mc 6,34.37); «*No atesoréis tesoros en la tierra*» (Mt 6,19); «*Las prostitutas os precederán*» (Mt 21,31); «*Prestad sin esperar nada a cambio*» (Lc 6,35)..., hacer el gesto interior de «tragarnos» eso, de comulgar con ello, de desear al menos ir poniéndonos de acuerdo con Jesús, cre-

ciendo en afinidad con él, pidiendo al Padre con la pobreza de quien se siente incapaz desde sus fuerzas, que «nos ponga con su Hijo» y nos haga ir teniendo «parte con él» (cf. Jn 13,8), con las consecuencias de que sea el «Primogénito de una multitud de hermanos...»

* Este fragmento de un poema de B. González Buelta puede ayudarnos a continuar esta reflexión en una actitud más orante:

«Te ofreces a nosotros
para que comulguemos con tu presencia
y, al acogerte a ti,
hecho de tiempo
y de historia nuestra,
acojamos también
la vida de los otros,
que en ti se ha hecho
sacramento cercano.
Te ofreces a nosotros
para que comulguemos con tu proyecto,
que congrega y resucita
tantas horas humanas
desmenuzadas como harina
por mecanismos que giran
como prensas y molinos.
Un día, toda la historia
descansará en tu encuentro,
reconciliada eternidad,
como el pan y el vino
de la vida tuya y nuestra,
compartidos sin codicia
en la mesa fraterna
donde festejaremos sin ocaso»¹¹.

11. *En el aliento de Dios. Salmos de gratitud*, Santander 1995, 57-59.

7. Bendecir

Es el verbo central de la Eucaristía y la médula de nuestra vida. La palabra griega *eucharistía* (acción de gracias) tuvo más fortuna en el Nuevo Testamento que *eulogía* (alabanza), la otra palabra con que la Biblia griega traduce la *berakah* hebrea, (bendición); y cuando decimos «eucaristía», estamos recogiendo toda la herencia de bendición, de alabanza y de agradecimiento desbordante que recorre todo el Antiguo Testamento.

Una de las experiencias más gozosas de Israel es la de reconocer que la bendición de su Dios le concede vida, fecundidad y protección. Decir «bendición» es decir regalo, don gratuito, (el «bendecir» de Dios es «bienhacer», dice L. Alonso Schökel), y los creyentes bíblicos reaccionan con una «bendición ascendente» que dirige hacia el Señor su alabanza y su acción de gracias.

La bendición es el término que condensa la riqueza y la originalidad de la tradición en que aprendió a orar Jesús. A través de ella, el creyente israelita entra en una triple relación con Dios, con el mundo y con los demás: al repetir insistentemente a lo largo del día: «Bendito seas, Señor, Dios del universo, por...», reconoce a Dios como origen de todo lo que existe, al mundo como un don que hay que acoger, y a los demás como hermanos con los que hay que participar del único banquete de la vida.

«Bendecir significa revelar la última identidad de las cosas, su profunda interioridad, que consiste en hacer entrar en relación con el Creador»¹². Los objetos, la actividad, el trabajo, las relaciones, el espesor de la vida... pueden volverse opacos y ser ocasión de desencuentro; pero la bendición consigue que la realidad se vuelva translúcida:

12. C. DI SANTE. *La prière d'Israel. Aux sources de la liturgie chrétienne*, Paris 1986, 48.

ilumina nuestra mirada y la hace llegar hasta Dios, que es su origen¹³.

La Eucaristía, que nació en este contexto: «*Tomó el pan y, pronunciada la bendición, se lo dio...*» (Mc 14,22; cf. Mt 26,26; Lc 22,15; 1 Cor 11,24), es para nosotros la ocasión de convertir en bendición nuestra vida entera, de «arrastrar» hasta ella todo el peso de nuestro agradecimiento, todo lo que en nosotros y en toda la creación está llamado a convertirse en canción, en «*un himno a su gloriosa generosidad*» (Ef 1,14).

Tenemos en las manos y en el corazón la opción de vivir «en clave de murmuración» (quejas, resentimiento y desencanto, como Israel en el desierto), o «en clave de bendición», descubriendo en la vida, más allá de su opacidad, la presencia que hacía estremecerse de alegría a Jesús cuando sentía la «afinidad» de sus preferencias con las del Padre.

La Eucaristía nos invita a comulgar con su bendición; su gozo se nos ofrece como un pan que se parte: «*Al vencedor le daré un maná escondido...*» (Ap 2,17). «*Estoy a la puerta y llamo: si alguien escucha mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo*» (Ap 3,20).

Quizá sólo seamos capaces de esos gestos elementales: poner la mesa, estar despiertos, quedarnos en silencio, vigilar, reconocer una voz, abrir la puerta, acoger agradecidos ese maná escondido...

13. Son ideas del Rabino BARUK GARZON en una conferencia sobre la oración judía que pronunció en la Facultad de Teología de Comillas en Enero de 1995.

5

*«Las aguas torrenciales
no podrán apagar el amor»
(Cant 8,6)*

Mujeres en la mañana de Pascua

Entre los relatos de apariciones a mujeres en la mañana de Pascua y el Cantar de los Cantares hay semejanzas sorprendentes. Normalmente, es en el encuentro de María Magdalena con Jesús donde se resaltan las coincidencias; pero en el grupo de mujeres de que nos hablan los sinópticos se dan también elementos típicos del Cantar: ausencia, búsqueda, encuentros, apresuramiento, llamadas, nombres, imperativos, abrazos, temor, gozo, perfumes... En ellos subyace la misma proclamación gozosa: el amor ha sido más fuerte que la muerte, sus ríos torrenciales no han conseguido apagar su fuego.

Lo que importa no es determinar si los evangelistas «se inspiraron» en el Cantar, sino ser capaces nosotros de «aspirar» el aroma común que existe en ambos y captar cómo los atraviesa la misma dinámica de ese amor, siempre herido por el deseo del encuentro y siempre desborda por la experiencia de su gratuidad.

En la tarde del viernes, se había cumplido la profecía de Jeremías:

*«Haré cesar la voz alegre y la voz gozosa,
la voz del novio y la voz de la novia,
la voz del molino
y la luz de la lámpara» (Jr 25,10).*

Pero un grupo de mujeres pasó el largo sábado en estado de vigilia: *«se volvieron del sepulcro y prepararon aromas y ungüentos»* (Lc 23,56). Sin saberlo, estaban haciendo algo semejante a lo prescrito en el Éxodo: *«Éstas son las órdenes del Señor: de vuestros bienes, ofreced al Señor aceite para la lámpara y perfumes para la unción»* (Ex 35,8), y realizando una función propia del sumo sacerdote: *«Manda a los israelitas que te traigan aceite de oliva puro y refinado para alimentar continuamente la lámpara. Aarón y sus hijos la prepararán en la tienda del encuentro, fuera de la cortina que tapa el documento de la alianza, para que arda de la tarde a la mañana en la presencia del Señor. Ley perpetua para todas las generaciones israelitas»* (Ex 27,20-21).

Por eso, cuando llegó el Señor, *«amaneciendo desde Seir, radiante desde el monte Farán»* (Dt 33,2), ellas estaban preparadas para salirle al encuentro.

Para aproximarnos a los relatos evangélicos sobre el encuentro del Resucitado con las mujeres junto al sepulcro en la mañana de Pascua, y entre tantas maneras posibles de acceder a su comprensión, he elegido la de una lectura en clave antropológica, intentando que sea la corporalidad de las propias mujeres, tal como aparece en los textos, la que se convierta para nosotros en portadora de sentido.

Lo haremos a partir de un sencillo esquema bíblico que contempla al ser humano a partir de tres pares de órganos: CORAZÓN/OJOS; BOCA/OÍDOS; MANOS/PIES, como símbolos de su sentir y su pensar, su decir y su hacer. Y lo aplicaremos a estos textos: Mt 27,57-61; 28,1-10; Mc 15,42-47; 16,1-8; Lc 24,1-11; 22-24; Jn 20,1-2.11-18.

Mujeres que recuerdan y miran

El CORAZÓN hace referencia a la totalidad de la persona, a su centro original e íntimo, a lo que hay en ella de más inte-

rior y más total, a aquella dimensión profunda que orienta el deseo y la búsqueda: «Yo dormía, pero mi corazón estaba en vela (...) Me levanté y recorrí la ciudad por las calles y plazas buscando al amor de mi alma...» (Cant 5,2; 3,3). Es ese apasionamiento el que se desborda en la gama de emociones que reflejan los textos:

«BUSCÁIS a Jesús Nazareno, el crucificado...» (Mc 16,6).

«...llenas de MIEDO Y DE GOZO» (Mt 28,8).

«...quedaron ESPANTADAS (...), TEMBLANDO Y FUERA DE SÍ. Y DE PURO MIEDO, no dijeron nada a nadie (Mc 16,4.8).

«Estaban DESCONCERTADAS (...) y RECORDARON sus palabras...» (Lc 24,4.8).

«María estaba frente al sepulcro, fuera, LLORANDO (...) Le dice Jesús: "Mujer, ¿por qué LLORAS?, ¿a quién BUSCAS?" (...) Le dice Jesús: "¡María!" Ella se vuelve y le dice en hebreo: "¡RABBUNI!"» (Jn 20,11.15-16).

Los OJOS expresan hacia fuera todo ese mundo interior y lo conectan con la realidad; por eso la mirada de alguien es reveladora de lo que hay en ella de más profundo y auténtico.

«¿Habéis visto al amor de mi alma?» (Cant 3,2), pregunta la muchacha del Cantar con la naturalidad con que el que ama da por supuesto que todas las miradas serán atraídas por el que se ha adueñado de la suya.

«María Magdalena y María de José OBSERVABAN dónde lo colocaba» (Mc 15,42-47).

«Las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea fueron detrás para OBSERVAR el sepulcro y cómo habían colocado el cadáver» (Lc 23,55).

«Alzaron la vista y OBSERVARON que estaba corrida la piedra» (Mc 16,4).

«Va María Magdalena al sepulcro y OBSERVA que la piedra está retirada del sepulcro» (Jn 20,1).

«...se inclinó hacia el sepulcro y VIO a dos ángeles vestidos de blanco» (Jn 20,11).

«...se vuelve y VE a Jesús de pie» (Jn 20,14).

«...VIERON a un joven vestido con un hábito blanco» (Mc 16,5).

«...quedaron espantadas, MIRANDO AL SUELO» (Lc 24,5).

«MIRAD el lugar donde lo habían puesto» (Mc 16,6).

«...irá por delante a Galilea; allí lo VERÉIS» (Mt 28,7).

«...volvieron diciendo que habían tenido una VISIÓN de ángeles» (Lc 24,24).

«Llega María anunciando a los discípulos: HE VISTO al Señor» (Jn 20,18).

A través de sus sentimientos y de su mirada descubrimos lo que «habita» la interioridad profunda de estas mujeres: aquello que BUSCAN, RECUERDAN y MIRAN está absolutamente polarizado en Jesús, a quien llevan grabado «como un sello sobre su corazón, como un sello sobre su brazo» (Cant 8,6). Su imagen, grabada en el cristalino de sus ojos, está para ellas presente en cualquier realidad. Estuvieron «mirando de lejos» al crucificado y han quedado fascinadas por él (cf. Gal 3,1).

Su ausencia ha despertado en ellas el deseo y la búsqueda y ha integrado todos sus afectos: temor, desconcierto, gozo, llanto...; no tienen más centro de atracción que él. Si no hay en ellas esperanza de resurrección y van a ungrir un cadáver, la intensidad de un amor «fuerte como la muerte» (Cant 8,6) va a conducir las a la fe.

Mujeres que escuchan y anuncian

La dimensión expresiva reside, ante todo, en la capacidad de escucha simbolizada por los OÍDOS. «Oigo a mi amado que me llama...» (Cant 5,2).

Su otra vertiente, el decir, hablar, anunciar, contar..., se atribuye a la BOCA, la LENGUA o los LABIOS, y la comunicación humana surge de la necesidad de revelar la propia intimidad, de compartir con otros lo que se piensa, se siente, se experimenta.

Por eso, aunque el Cantar celebra el amor de una pareja, la fuerza expansiva de ese amor introduce a otros muchos (las «muchachas de Jerusalén», los amigos del novio) en su celebración, como si cada cual necesitara contar lo que admira y descubre del otro.

¿Qué oyeron las mujeres en aquella mañana del primer día de la semana? ¿Qué voces, qué palabras, qué llamadas, qué imperativos...?

«No temáis... Acercaos... id corriendo a decir...» (Mt 28,7).

«¡Alegraos! No temáis; id a anunciar...» (Mt 28,10).

«No os espantéis. Id a decir...» (Mc 16,6-7).

«Recordad lo que os dijo...» (Lc, 24,6).

«Ve a decir a mis hermanos...» (Jn 20,15).

¿Cuál fue su respuesta?

«...corrieron a ANUNCIAR a los discípulos...» (Mt 28,8).

«...se volvieron del sepulcro y se lo ANUNCIARON todo a los once y a todos los demás...» (Lc 24,10).

«...unas mujeres de las nuestras (...) volvieron DICHIENDO que él está vivo. También algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo encontraron como lo HABÍAN CONTADO las mujeres...» (Lc 24,23-24).

«Llega María ANUNCIANDO a los discípulos: “He visto al Señor y me HA DICHO esto» (Jn 20,18).

«Lo que hemos visto y oído, os lo ANUNCIAMOS» (1 Jn 1,3).

Ellas anuncian lo que han visto y, sobre todo, lo que han escuchado. Acceden al conocimiento a través del oído, más receptivo y menos posesivo que la vista. María Magdalena «ve» a Jesús, pero su mirada resulta insuficiente, y sólo al escuchar su voz lo reconoce. Y es la fuerza de esa palabra acogida en la fe la que las empuja a contar, a comunicar, a hacer llegar a otros lo escuchado.

Hay un murmullo en los relatos, un «rumor de ángeles» que nace de las que ahora están encarnando a la «mensajera de buenas noticias» de Is 40,9. Como los pastores de Belén, «cuentan» lo que han visto y oído y van tejiendo una red de comunicación que vincula por primera vez al Resucitado con los suyos y que desembocará también en la fe y en la alabanza (cf. Lc 2,19-20).

No importa que su anuncio cree sobresalto, que no las crean y que escuchen sus palabras «como un delirio» (Lc 24,11). «Las aguas torrenciales no podrán apagar el amor, ni anegar los ríos. Es centella de fuego, llamada divina...» (Cant 8,7).

Mujeres que corren llevando perfumes

El hacer y el actuar humanos se expresan a través de las MANOS, y también de los PIES, que definen comportamientos, costumbres, «camino».

«Mis manos destilan perfume de mirra» (Cant 5,5), podrían decir, como la novia del Cantar, las mujeres que se dirigen de madrugada al sepulcro. Pero cuando, en lugar de un cadáver, encuentran al Viviente, sus manos sueltan los perfumes para abrazar sus pies (Mt 28,9; Jn 20,17).

«...compraron PERFUMES para ir a ungirlo» (Mc 16,1).

«...prepararon AROMAS Y UNGÜENTOS (...) fueron al sepulcro llevando los PERFUMES preparados» (Lc 24,1).

«Ellas se acercaron, SE ABRAZARON A SUS PIES y se postraron ante él» (Mt 28,9).

«¡Llévame contigo, correremos...!» (Cant 1,4). Como María al encuentro de Isabel, como los pastores corriendo al pesebre, como Zaqueo bajando del árbol, como el padre al encuentro del hijo perdido, como los de Emaús volviendo a Jerusalén...: cuando el corazón «está en ascuas», el ritmo vital se contagia de ese fuego y hace los pies ágiles y fácil la carrera:

«...id CORRIENDO a anunciar... Ellas se alejaron APRISA del sepulcro y CORRIERON...» (Mt 28,7-8).

«SALIERON HUYENDO del sepulcro...» (Mc 16,8).

«...María Magdalena llega CORRIENDO adonde estaban Simón Pedro y el otro discípulo...» (Jn 20,1-2).

Incluso el marco temporal refleja esa urgencia que nace del apasionamiento: todo sucede de madrugada, en ese momento en que también la luz está anticipándose al día:

«El primer día de la semana, MUY TEMPRANO, llegan al sepulcro AL SALIR EL SOL» (Mc 16,1).

«...AL DESPUNTAR EL ALBA del primer día de la semana...» (Mt 28,1).

«El primer día de la semana, DE MADRUGADA...» (Lc 24,1).

«...yendo DE MADRUGADA al sepulcro...» (Lc 24,24).

«El primer día de la semana, MUY TEMPRANO, TODAVÍA A OSCURAS...» (Jn 20,1).

Estamos en clima de vigilia pascual, y no es tiempo de dormir, sino de velar en medio de la oscuridad de la noche. Los perfumes son las lámparas encendidas que iluminan su espera (cf. Mt 25,7); por eso hay preparativos, impaciencia, urgencia de adelantarse al amanecer. Es la primera mañana de la nueva creación, y las tinieblas del caos primitivo están a punto de dejar paso al resplandor del lucero de la mañana (2 Pe 1,19).

¡Queremos buscarle con vosotras! (cf. Cant 6,1)

¿Cómo buscar nosotros al Resucitado con Magdalena, María, Salomé, las otras...? ¿Cómo hacer de su historia «nuestra historia»?

Vamos a tratar de aprender sabiduría de estas mujeres, a las que, con lenguaje del Antiguo Testamento, podemos llamar *hayil*, «mujeres de recursos», lo mismo que Rut (3,11) y la mujer ensalzada en el libro de los Proverbios (Pr 31,10), y reconocer en ellas su capacidad de afrontar los acontecimientos con sabiduría y audacia.

La realidad que se describe en los relatos como precediendo a la Pascua tiene el dramático nombre de «muerte», «fracaso», «decepción» de todas las expectativas... Todos los discípulos, tanto hombres como mujeres, pensaron a lo largo de todo aquel sábado que sólo les quedaba un cadáver en un sepulcro. Las palabras desalentadas de los de Emaús: «Nosotros esperábamos... pero...» reflejan una situación de pérdida de esperanza que quizá es también la nuestra en un tiempo en el que hablamos de ausencia de Dios, de exceso de dolor, de tumbas vacías de esperanza.

También nosotros podemos sentirnos como si siguiéramos aún en el anochecer del viernes, volviendo con ánimo

abatido de enterrar en el sepulcro proyectos, ilusiones y promesas.

También nosotros podemos reaccionar «*llorando y haciendo duelo*» (Mc 16,10), «*cerrando las puertas por miedo...*» (Jn 20,19). La piedra es demasiado grande para nuestras fuerzas; el orden internacional, demasiado injusto; la violencia, demasiado arraigada; la presencia creyente, irrelevante; la Iglesia, demasiado temerosa...

Por eso la tentación puede ser «prolongar el sábado», refugiarnos en una espiritualidad evadida, permanecer en una parálisis inerte. O tomar caminos de vuelta a Emaús que alejen de los sepulcros y de los crucificados y tratar de escapar no sólo de su dolor, sino también de su memoria.

Pero hay en la mañana del «primer día de la semana» un camino alternativo: el de quienes, entonces y ahora, echan a andar «todavía a oscuras» y se acercan a los lugares de muerte para intentar arrebatarse algo de su victoria. Como intentaban borrar algo de su rastro aquellas mujeres a fuerza de perfumes.

Saben que no pueden mover la piedra, pero ello no las detiene. Son conscientes de la fragilidad y la desproporción de lo que llevan entre las manos, pero esa lucidez no apaga el incendio de su compasión ni hace su amor menos obstinado.

Quizá no vivan todo eso desde la plenitud de la fe, ni le pongan el nombre de «esperanza» a sus pasos vacilantes en la noche. Pero hacen ese camino abiertas al asombro, apoyadas en el recuerdo de palabras que prometen vida, dispuestas a dejarse sorprender por una presencia oscuramente presentida.

Los evangelios de Pascua «están de su parte». Se lo dicen, nos lo dicen a todos, esas mujeres que irrumpen de nuevo en nuestros cenáculos anunciando: «¡Hemos visto al Señor!».

De ellas recibimos la buena noticia: el Viviente sale siempre al encuentro de los que le buscan, los inunda con su alegría, les envía a consolar a su pueblo, les invita a una nueva relación de hermanos y de hijos.

Él va siempre delante de nosotros, palabra de mujeres.

Y Galilea será siempre la encrucijada de todos nuestros caminos.

6

«Una mujer vestida de sol»
(Ap 12,1)

Reencuentro con María

Alguien ha dicho recientemente que hemos pasado del «malestar mariológico» al silencio mariano¹. Si es cierto que el exceso devocional preconiliar (exageraciones doctrinales, sentimentalismo estéril, incompreensión del sentido de los dogmas referidos a ella, desplazamiento de Cristo en favor de María...) necesitaba corrección, también es verdad que la situación actual de prescindir prácticamente de la figura de María resulta también insatisfactoria, entre otras cosas porque hay aspectos centrales de la fe que sólo podemos entender y expresar a través de ella.

Y quizá estemos necesitando reemprender una «romería mariana» dirigida, no a una de sus ermitas o santuarios, sino hacia ella misma, e intentando ir por estos caminos:

* DESCUBRIRLA A TRAVÉS DE LA SOBRIEDAD DE LOS TEXTOS BÍBLICOS, porque, antes que cualquier reflexión mariológica sistemática, lo que tenemos son narraciones evangélicas que, debidamente contextualizadas, analizadas y «gustadas», son siempre el mejor camino para el acercamiento a la figura de María. Es ahí donde podemos descubrir mejor cómo acostumbra Dios a entablar relación con nosotros y cuál es la respuesta que espera:

— Dios se aproxima con una felicitación y una invitación a la alegría —«¡Alégrate, llena de gracia!» (Lc 1,28)—, no con reproches, juicios ni mandatos.

— «No temas, María, porque has hallado gracia a los ojos del Señor...» (Lc 1,30). La actitud básica de la fe es, por tanto, la confianza libre de temores de quien sabe que «le ha caído en gracia a Dios».

— «Mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava...» (Lc 1,48). Frente a aquel ojo escrutador dentro del triángulo, encontramos a un Dios que se inclina amorosamente sobre sus hijos más pequeños y para cuya ternura nunca es obstáculo nuestra pequeñez y debilidad.

La fe de María no consiste en aceptar o profesar doctrinas, sino en decir a Dios, a través de toda su vida: «hágase en mí según tu palabra». Creer «cosas» sólo tiene sentido cuando, a través de ellas, se cree en Dios y a Dios. Y la fe de María, como la de Jesús, está expresada como un consentir confiado a lo que el Dios de la vida le iba revelando y proponiendo. «Ella condensa la memoria creyente de su pueblo, al haber aceptado vivir la aventura maternal para con el conflictivo Profeta de Nazaret, que resultaría ser precisamente la Palabra con la que Dios sella irrevocablemente su promesa»².

Por eso podemos ver en ella a la compañera de nuestro itinerario creyente, lleno de dudas y oscuridades, recordando que tampoco ella comprendió muchas cosas y, a pesar de ello, se atrevió a fiarse de Dios.

1. G. URIBARRI, «María: Nuestra Señora, maestra de fe»: *Sal Terrae* 84/10 (Noviembre 1996) 801.

2. J.I. GONZÁLEZ FAUS, *María, memoria de Jesús, memoria del pueblo*, Santander 1984, 19.

* NOMBRARLA SIEMPRE EN RELACIÓN A JESÚS, AL ESPÍRITU Y A LA IGLESIA, porque ése es su lugar en la historia de la salvación.

Los textos evangélicos insisten en ello: «*encontraron al niño CON María, su madre*» (Mt 2,11); «*encontraron a María, a José y al niño...*» (Lc 2,16); «*...la madre de Jesús estaba allí, y TAMBIÉN fue invitado Jesús...*» (Jn 2,2); «*Bajó a Cafarnaúm CON su madre...*» (Jn 2,12) «*Junto a la cruz de Jesús estaba su madre...*» (Jn 19,26).

Ella introdujo a su hijo en el modo de ser humano, fue su «maestra de humanidad» y tuvo a la vez que aprender de Él a comportarse como hija de Dios. Y aquella a quien había sido anunciado: «*El Espíritu vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra...*» (Lc 1,35), es la que congrega en oración a la «primera Iglesia» en el cenáculo y recibe el «huracán» del Espíritu Santo (Hch 2,1ss).

Lo que los cristianos celebramos en ella es el hecho de que Dios ha suscitado en el centro de su Iglesia una mujer completamente fiel, y que en ella se condensa y unifica el aspecto femenino de la humanidad.

* ENCONTRARLA COMO MUJER DE LO COTIDIANO Y DE LO HISTÓRICO y releer a esa luz todo lo que después ha dicho de ella la tradición eclesial, que es lo que vamos a intentar con dos de los dogmas marianos más populares: el de la Inmaculada Concepción y el de la Asunción.

La Inmaculada Concepción: una fiesta para la inclusión

«Cuando a un tonto se le señala la luna, el tonto mira el dedo». Este proverbio oriental, voluntariamente provocativo, puede servir para poner en entredicho cierta manera

obsoleta de entender el significado del lenguaje sobre «María Inmaculada».

Cuando la Iglesia nos la presenta así, nos está invitando a mirarla, no sólo como a alguien sublime, celestial y maravilloso, sino, sobre todo, como a aquella que nos revela nuestra propia identidad cristiana. Y creer en esta «pre-rogativa mariana» (por usar la expresión clásica) consistiría en dejarnos seducir por esa su manera de ser y de vivir, y orientar nuestra vida en esa misma dirección.

Lo que ocurre es que tenemos tan introyectados los modelos «mundanos» de rendir homenaje a alguien y de mirar y tratar de determinada manera a los que consideramos «importantes» que, sin darnos cuenta, hacemos lo mismo con María. Y eso tiene como consecuencia que para honrarla le aplicamos un criterio de «segregación» y, del mismo modo que los ilustres e importantes del mundo se separan de la gente corriente para poner de relieve su categoría superior, así también nosotros separamos a María y la situamos lejos y en alto. Pero al hacerlo se nos distancia y se nos pierde en la lejanía de sus pedestales, mantos y aureolas, mientras desde abajo nosotros la alabamos, entonamos himnos en su honor, la coronamos con joyas y le llevamos flores y velas.

Y si acentuamos tanto sus privilegios, excepciones y atributos, es porque, en el fondo, nos resulta más cómoda esta constatación de distancia, que nos permite seguir viviendo como vivimos sin cuestionarnos en qué afecta a nuestra vida de todos los días el que María sea llena de gracia, inmaculada o asunta al cielo.

Para salir de ese «impasse» tendríamos que aplicar, en lugar de ese criterio de «segregación y exclusión», el que funciona siempre en el proyecto de Dios sobre nosotros, que es el de «asociación e inclusión». Si el Padre envió a su Hijo, no fue sólo para provocar nuestra admiración,

nuestra adoración y nuestra alabanza, sino para asociarnos a él, para hacernos participar de su vida, para sentarnos a la mesa de su Reino e incorporarnos a su muerte y Resurrección.

Y eso mismo es lo que ocurre con María. Al escuchar el «pondré enemistades entre ti y la mujer» de la narración del Génesis, no basta con que nos alegremos de que haya existido una criatura «enemistada» con los poderes del mal; de lo que se trata es de que ella nos arrastre hoy a formar parte, junto a ella, del grupo de los «enemistados» con todo aquello que hoy nos esclaviza a nosotros mismos y a los hombres y mujeres de nuestro mundo. La fiesta de la Inmaculada nos convierte en gente «enemistada» con la injusticia y la violencia y, por lo tanto, con todos los dinamisismos de exclusión que ya ni siquiera esconde ni disimula el sistema económico y social vigente.

«*Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo*», repetimos con las palabras del ángel. Y eso quiere decir que ante nosotros, tantas veces sombríos y agobiados por mil preocupaciones, se abren hoy de par en par las puertas de la alegría. Como cuando, en la parábola de los talentos, el dueño dice al servidor fiel: «*Entra en el gozo de tu Señor*», también nosotros nos sentimos invitados a entrar «en el gozo de nuestra Señora» y bendecir a Dios junto a ella, porque también ha querido hacer de nosotros hijos «agraciados».

Y eso quiere decir que «le hemos caído en gracia»; que sobre nosotros, como sobre María, descansan la complacencia y la ternura del Padre, no porque lo merezcamos, sino gracias a Jesús, a quien estamos «pegados», asociados e incorporados.

Por eso la fiesta de la Inmaculada, que coincide con el tiempo de Adviento, nos adentra más profundamente en él, porque María se pone a nuestro lado para enseñarnos cómo

acoger al Jesús que llega, cómo abrírnos a su presencia, cómo escuchar su Palabra. Junto a ella, la primera creyente, aprendemos qué es la fe y en qué consiste esa actitud de reconocerse pequeño y frágil, pero inmensamente querido y perdonado.

En María vemos hoy el resultado victorioso de lo que acontece cuando alguien consiente que Dios intervenga en la propia vida y hasta dónde puede llegar la acción de ese Dios que siempre está llamando a nuestra puerta para estar con nosotros, como lo estuvo con ella, para llenarnos de gracia, como la llenó a ella.

Asunción de María: tener parte con Jesús hasta el fin

«Era necesario que la madre de la Vida TUVIESE PARTE en la morada de la Vida»³.

La expresión «tener parte con» evoca una relación de afinidad, de proximidad, de cercana familiaridad. La encontramos en el diálogo de Jesús con Pedro durante el lavatorio de los pies: «*Si no te lavo, no TIENES PARTE conmigo*» (Jn 13,8), es decir: si te resistes a entrar en este juego mío en el que los mayores sirven a los pequeños, no puedes participar de mi vida, no estás en comunión con mis opciones, con mi manera de ver y de vivir la vida.

En la primera carta a los Corintios vuelve a aparecer, aunque con un término diferente: «*Fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a la KOINONÍA* (la comunión, la identificación...) *con su hijo Jesucristo*» (1 Cor 1,9).

Esta manera de expresar los vínculos que se crean entre personas y que les hacen compartir la misma suerte y el

3. GERMÁN DE CONSTANTINOPLA, 733 (PG: 98, 348).

mismo destino, puede servirnos para adentrarnos un poco más en el misterio de la Asunción. No olvidemos que de «las cosas de Dios» (como de tantas cosas humanas...) sólo podemos hablar con metáforas, con imágenes, con torpes aproximaciones y tanteos, y por eso, al decir «asunción», queremos referirnos al resultado final, al momento definitivo, a la culminación de un proceso. Pero la meta supone siempre un camino; el fruto ha tenido una larga maduración en el árbol; la piedra preciosa ha cristalizado lentamente durante miles de años en la hondura de la roca...

Por eso la asunción de María nos invita no sólo a alegrarnos de que sea ella la primera en «tener parte» en la gloria con su hijo resucitado y adelantar la fiesta en que todo el cosmos será también transfigurado al concluir su impulso ascensional; nos invita también a fijar la mirada en el proceso que la llevó hasta allí, en el recorrido a través del cual una mujer de las nuestras fue teniendo parte, de una manera gradual y cada vez más intensa, en la suerte de Jesús.

Podemos emplear para ello la táctica del pintor de iconos que, al pintar la Navidad, no pone al niño en el pesebre, sino envuelto (¿amortajado?) en vendas, dentro de un sepulcro y en el interior de una cueva profunda y oscura. Al hacerlo, está pronunciando a la vez las palabras «Nacimiento» y «Muerte», «Resurrección» y «Descenso a los infiernos».

Así nosotros, al mirar a María en su asunción, estamos llamados a mirarla en las etapas aún oscuras en las que se fue gestando su «*koinonía*», su comunidad de vida con Jesús. A lo largo de todas ellas, la mejor discípula fue aprendiendo a entender lo que era el Reino y a apasionarse por él y, como la tierra mejor, fue acogiendo la semilla y dejándola germinar en su interior hasta dar el ciento por uno.

«Tener parte» con Jesús supuso para ella todo un trabajo de confrontación entre la vida extraña de su hijo y la Palabra que ella escuchaba en su corazón.

«Tener parte» con él significó ir encajando lentamente tantas cosas incomprensibles: un nacimiento a la intemperie, una infancia y una juventud escondidas, los comienzos de una predicación insólita, las sanaciones, los enfrentamientos, el entusiasmo incondicional de sus seguidores, el torbellino de odio de sus detractores que lo arrastraría hasta la muerte...

«Tener parte» con él debió de suponer tener que ir descubriendo con asombro que aquel hijo no le pertenecía a ella, sino al Padre del cielo y a sus cosas, y que su madre y sus hermanos eran también todos los que se apiñaban para escucharle.

«Tener parte» con él tuvo que incluir el ir acostumbrándose a sus preferencias tan provocativas, a su radicalidad extrema, a sus promesas atrevidas, a su amor desmesurado hasta el fin.

Jesús y el reino fueron «asumiendo» a María poco a poco, a lo largo de su vida entera; y lo que hoy celebramos es el éxito final de una obra a la que ella consintió, colaboró y se entregó en plenitud.

Con palabras de un Padre de la Iglesia, podemos proclamar:

«Venid, ángeles, a la fiesta,
preparémonos para la danza
y para hacer resonar de cánticos la Iglesia,
con ocasión del ascenso del arca de Dios.

El cielo abre hoy de par en par su seno
para recibir a la que ha engendrado al Inmenso;
la tierra, al recibir la fuente de la vida,
se cubre de bendición y de belleza.

Los ángeles forman un coro con los apóstoles
y miran con reverencia a la madre
del Rey de la vida
que pasa de una vida a otra.

Postrémonos todos delante de ella y roguemos:
Reina, no olvides
a quien está unido a ti por parentesco
y festeja con fe tu santa dormición».

(Teófanos de Jerusalén, siglo IX).

7

«*Sus palabras eran como una llama encendida*»
(Eclo 48,1)

El Magnificat

«*Rodearé a Jerusalén como muralla de fuego,
y mi gloria estará en medio de ella*» (Zac 2,9).

Se diría que el Magnificat ha nacido de una situación como la que describe simbólicamente el profeta Zacarías: la experiencia de estar habitada por un Dios que ha puesto en ella su gloria y que la envuelve con su amor lleva a María a entonar un himno de alabanza, como habían hecho antes que ella otras mujeres del Antiguo Testamento.

Por eso no podemos rezarlo desde esa actitud de aburrida costumbre que describe el libro del Apocalipsis y que hace exclamar al ángel de la Iglesia de Laodicea: «*Conozco tus obras, que no eres ni frío ni caliente...*» (Ap 3,15). Y por eso vale la pena hacer el intento de rescatar el Magnificat de la tibieza y acercarnos a unas palabras nacidas de una llama encendida (cf. Eclo 48,1) y que pueden iluminar y caldear nuestra experiencia orante. Por eso lo haremos incluyendo sugerencias para tiempos de reflexión y oración.

Primer tiempo: rondar el Magnificat

Al decir «rondar» quiero referirme a una actitud que supone deseo, sagacidad para hacerse el enconradizo, búsqueda mezclada con cierta timidez, curiosidad que puede convertirse en asombro, esfuerzo por frecuentar los lugares en

los que es posible encontrar una huella de aquel o aquello que se busca.

«Rondar el Magnificat» puede ser hoy acercarnos a otros textos afines que amplifiquen la caja de resonancia de nuestra escucha, hacer algunas calas en palabras clave, mirarlo con atención, tratar de recuperar el deslumbramiento por su belleza. Seguramente era así como miraba el mercader de la parábola aquella perla preciosa que había llegado a sus manos.

Un primer paso podría ser acercarnos a María y, lo mismo que los discípulos dijeron a Jesús: «Enseñanos a orar», pedirle a ella que nos enseñe a orar con su Magnificat.

Sabemos que lo que encontramos en los evangelios no son palabras escritas al dictado; todo en ellos ha pasado por la acción del Espíritu, presente y activo en la comunidad y en los que pusieron por escrito la catequesis apostólica. Y precisamente por eso podemos decir que, si «la letra es de Lucas, la música es de María» y que en el Magnificat encontramos precisamente aquello que mejor puede hacer nos conocer «su alma» y «su espíritu».

Para este momento de «rondar el texto» sugiero estas lecturas bíblicas:

* 2 Sam 6,1-11. En esta narración, en la que David traslada el arca de la alianza, encontramos expresiones sorprendentemente parecidas a las que emplea Lucas en la escena de la visitación, que es el marco narrativo del Magnificat:

- «se levantó David y partió a la serranía de Judá» (1 Sam 6,2);
- «se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá» (Lc 1,39);
- «David saltaba delante de Yahvé con todas sus fuerzas...» (1 Sam 6,5);

- «saltó de alegría el niño en mi seno» (Lc 1,44);
- «¿Cómo voy a llevar a mi casa el arca de mi Señor?» (1 Sam 6,9);
- «¿De dónde a mí que venga a mí la madre de mi Señor?» (Lc 1,43);
- «Yahvé bendijo a Obededom» (1 Sam 1,11);
- «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre» (Lc 1,42);
- «El arca de Yahvé estuvo en casa de Obededom de Gat tres meses» (1 Sam 6,11);
- «María permaneció con ella unos tres meses» (Lc 1,56).

Son demasiado parecidos para ser casuales: ¿no estará Lucas diciendo, a través de un procedimiento típicamente midrásico, que María es la nueva arca de la alianza?

Los otros textos que pueden ayudarnos a enmarcar el Magnificat son himnos que encontramos en el Antiguo Testamento, precisamente en boca de mujeres. Y el motivo es que, desde su situación de no-saber, no-poder, no-tener, consiguen que la acción de Dios en favor de los pequeños y los débiles sea más transparente y más fácilmente reconocible. En ellas no hay ninguna pretensión, ninguna suficiencia que haga sombra a su presencia en los acontecimientos salvadores.

Al leerlos, tratar de encontrar semejanzas y diferencias con el himno de María: Ex 15,20-21 (cántico de Miryam); Jc 5 (cántico de Débora); 1 Sam 2 (cántico de Ana) y Judit 9.

Y, al terminar estas lecturas, dedicar un tiempo a dejar resonar lo que más nos ha llegado de ellas. Escribirlo o subrayarlo en la Biblia y dejar que la Palabra remueva esa tierra de nuestro corazón que se está preparando para acoger el Magnificat. Repetir alguna de las expresiones de los himnos; sentirnos también, como María, una pequeña «arca de la alianza...»

Segundo tiempo: habitar el Magnificat

Habitar una casa significa conocer cada uno de sus rincones, estar familiarizado con el paisaje a que abren sus ventanas, reconocer esa baldosa que se mueve, esa puerta que hace ruido al abrirse, ese olor a madera envejecida...

Habitar un texto quiere decir pasear por él, recorrerlo sin prisas, observar cada detalle, contemplarlos desde diferentes ángulos...

Para «habitar» el Magnificat sugiero una actividad sencilla: leerlo despacio, observando tres elementos —PERSONAJES, TÍTULOS y ACCIONES— y escribiéndolos en tres columnas en un papel. Al final, se pueden confrontar los hallazgos con este cuadro:

<i>Personajes</i>	<i>Títulos</i>	<i>Acciones</i>
María Dios generaciones fieles soberbios poderosos humildes hambrientos ricos Israel Padres Abrahán (su) descendencia	<i>Dios:</i> Señor Salvador Poderoso (misericordioso) Santo <i>María:</i> esclava <i>Israel:</i> siervo	<i>María:</i> proclama (=engrandece) se alegra <i>Dios:</i> ha mirado ha hecho obras grandes hace proezas dispersa derriba enaltece colma despide auxilia se acuerda había prometido <i>generaciones:</i> felicitarán

Al agrupar los PERSONAJES, encontramos dos «bloques», formados por *soberbios/poderosos/ricos* frente a *humildes/hambrientos*. Es un lenguaje que no pertenece a la *naturaleza*, sino a la *historia*. Esto quiere decir que no hay ninguna evasión hacia la paz de las montañas o la belleza de los campos: María canta la acción de Dios que acontece en medio de la densidad ambigua de las relaciones sociales, políticas y económicas.

Los demás personajes (excepto María y Dios) podríamos considerarlos como el Israel fiel al Señor que tiene su origen en Abraham. Los Padres, la descendencia de Abraham y los fieles pertenecen también a este grupo.

Los TÍTULOS están casi todos referidos a Dios, y algo muy importante se nos dice entre líneas al llamar a María *esclava*, y a Israel *siervo* (dos títulos de significado idéntico): lo mismo que en la escena de la Visitación Lucas le llama subliminalmente «arca de la alianza», ahora la está identificando con el pueblo de Israel, está diciendo que ella es ahora el verdadero Israel creyente y fiel (por eso se nombra a Abraham).

Al mirar atentamente las ACCIONES, vemos que el verdadero protagonista del himno es Dios, que es el sujeto de casi todos los verbos. Las «acciones» de María desaparecen enseguida, como si «dejara paso» (es «lo suyo»...) a la acción poderosa de Dios, y por eso es tan verdadera su expresión «engrandece mi alma al Señor...» Lo mismo que Juan Bautista, también ella disminuye para que el Señor crezca.

Tercer tiempo: dejarse habitar por el Magnificat

Los dos pasos (o tiempos) anteriores no han sido más que una preparación («descálzate...») para el que intentamos dar ahora, que consiste en «dejarnos habitar por el Magnificat», es decir, abrir nuestro corazón para acoger

sus palabras y «su música», y con ellas al Espíritu, que se une a nuestro espíritu para enseñarnos a orar y a vivir de una manera parecida a la de María.

Vamos a seguir lo que podríamos llamar la «secuencia temporal» del Magnificat, es decir, el orden en que irían las acciones que describe:

Más allá del tiempo y fuera de él, está el Dios *santo*, cuya *santidad* no es algo que le separe y le aleje de su mundo. Su santidad consiste, fundamentalmente, en su *misericordia* (la palabra aparece repetida dos veces, y eso es muy significativo en un texto tan breve). Pensando en claves de Antiguo Testamento, es *hesed* el término que está detrás del *eleos* griego, y con él se expresa siempre la relación de amor fiel de Dios con el pueblo de su Alianza.

Es el Dios de las promesas a Abraham y a su descendencia y el que recuerda su misericordia y auxilia a Israel su siervo.

Un pueblo que está ahora como condensado y personificado en una muchacha de una aldea perdida de Galilea: ella es la *creyente* (así le ha llamado Isabel), la verdadera hija de Abraham («Reina de los Patriarcas», le llamará la Iglesia...), aquella en la que el Padre reconoce los rasgos mejores de su pueblo: lealtad, humilde obediencia, fidelidad inquebrantable...

La mirada de Dios se inclina hacia ella, la envuelve en su ternura y la inunda de gracia. Y María, que se sabe mirada así, se alegra hasta las raíces más hondas de su ser; y de esa alegría nace, como de un manantial, el agua viva de su alabanza: «*Engrandece mi alma al Señor...*»

Esto es lo primero que aprendemos del Magnificat si queremos orar «habitados» por él: que, antes que cualquier otra cosa, lo que tenemos que hacer es algo tan sencillo como «dejarnos mirar» por Dios, sentirnos acogidos y envueltos en su ternura, en su perdón, en su amor incondi-

cional; y ello, seamos como seamos, porque lo que Él mira en nosotros no son nuestras buenas o malas acciones, equivocaciones, méritos, errores y cualidades; lo que el Padre ve en nosotros es la imagen de su Hijo, en quien hemos sido «*enriquecidos con toda clase de dones*» (1 Cor 1,5), algo que sabía bien Juan de la Cruz cuando escribía:

«...que bien puedes mirarme
después que me miraste,
que gracia y hermosura
en mí hallaste».

Por eso, lo que nosotros tenemos que «hacer» es no empeñarnos en hacer ni decir nada, sino abrir nuestra conciencia a ese amor que se inclina hacia nosotros, dejarnos querer y mirar, soltar los remos e hinchar las velas de nuestra barca, abandonarnos confiadamente al viento y a la corriente que nos llevan. Nuestro exceso de palabras en la oración, nuestro galopar de ideas y sentimientos, puede provenir de un miedo inconfesado a la mirada de Dios, de un intento inconfesado de escondernos debajo de todo ese ruido que nos protege —pensamos— de una mirada de la que tenemos miedo, porque creemos equivocadamente que va a ser acusadora.

Orar es arriesgarse a ser mirados así, es consentir en ser atraídos por un misterio de amor que nos desborda y al que sólo podemos responder con la tranquila seguridad con que se fían los niños. De ahí nacen luego la canción, la bendición, la alabanza, la proclamación de las cosas grandes que es capaz de hacer el Señor cuando nosotros reconocemos sin temor nuestra pequeñez.

Por eso, un primer ejercicio para «*dejarnos habitar por el Magnificat*» puede consistir en dedicar un tiempo largo de oración a ponernos, silenciosamente, ante la mirada acogedora y perdonadora de ese Dios que nos conoce y nos abarca hasta los últimos rincones de nuestra intimidad.

Y, a partir de ahí, dilatarnos, esponjarnos, consentir en la alegría, cantar o danzar si nos sentimos empujados a ello.

El TERCER PASO es también un ejercicio de mirada, pero esta vez sobre el mundo. Porque, después de que María se siente mirada por Dios, parece que también ella se pone a mirar la historia con la mirada de Dios: ella, que había salido de sí misma para ir a prestar servicio a su prima Isabel, contempla ahora la realidad con los ojos de Dios, con el talante profético de quien conoce la inclinación del corazón de Dios por los humillados de la tierra. Y su mirada descubre, por debajo de las apariencias, cuál es el fondo de la realidad, quiénes son los que para Dios están *arriba, dentro y cerca*, y quiénes los que están *abajo, fuera y lejos*. Y esa mirada contemplativa le revela las preferencias de un Dios que nunca es imparcial.

Aquí el «ejercicio» de oración consistirá en poner también en práctica nuestra mirada contemplativa y, a través de la imaginación, o del periódico, o de un paseo por la ciudad, observar atentamente rostros, grupos, situaciones, personas... y tratar de mirarlas desde los criterios y las valoraciones que aparecen en el Magnificat.

Puede que descubramos con gozo, como Jesús, que nuestros ojos «coinciden» con los del Padre que prefiere a los sencillos (cf. Mt 11,25-27); o quizá nos demos cuenta de que los tenemos cubiertos de múltiples escamas que nos ciegan para ver la realidad tal como Él la contempla.

El final de ese paseo puede ser un diálogo con Jesús dándole gracias o pidiéndole que cure la ceguera de nuestra mirada y la ilumine con esa luz que nos permite ver la verdad de las situaciones. Y traer a ese rato de oración a todas esas gentes humildes y hambrientas que pueblan nuestro mundo, cuya causa es la causa de Dios, y de quienes tenemos que hacernos amigos si queremos entrar en el Reino (Lc 16,9).

Al terminar este recorrido orante por el Magnificat, quizá hayamos dado algún pequeño paso en dejarnos mirar por Dios y en intentar prolongar después esa misma mirada hacia el mundo. Y nos daremos más cuenta de la suerte que tenemos al pertenecer a esas generaciones que siguen llamando «feliz» a María y participando de su misma felicidad.

8

«Deseé ardientemente la Sabiduría...»

(Eclo 51,19)

Cuando los profetas son también sabios

Tengo entre las manos un pequeño folleto en francés: «*Decir adiós. Vivir en la fragilidad*». Son unas breves páginas acompañadas de algunas ilustraciones de un pintor ruso contemporáneo, y he leído en él cosas como ésta:

«En cada momento de nuestra existencia decimos “adiós” a alguna persona o a alguna cosa. De mil maneras que lo son también de sufrimiento. Y, sin embargo, no nos gusta sufrir y huimos del dolor. Y hacemos bien, porque estamos hechos para la alegría y para la dicha.

¿Qué podemos hacer para encajar los sufrimientos que nos causa decir adiós? Sufrimos al envejecer, al ver apagarse nuestra energía; sufrimos al perder a un ser querido: un hijo, el compañero o compañera de nuestra vida, un hermano o una hermana, un amigo, una buena vecina...; sufrimos por un trabajo perdido o al que nos vemos obligados a renunciar; sufrimos por tantas heridas y tensiones, por el deterioro de nuestra imagen, por tantas oportunidades fallidas, por la perspectiva de nuestra propia muerte, que se acerca inexorablemente...»

En las páginas siguientes del folleto aparecen estos epígrafes: «¿Dónde encontrar ayuda?», «¿Qué hacer?» y una serie de indicaciones: «Escuchar», «comprender», «curar»... Va describiendo distintas situaciones dolorosas de la vida: un hijo que muere, un accidente de circulación,

la pérdida de los padres o del cónyuge, un suicidio, una depresión, el paro... Y diez «reglas de oro» para soportarlo o ayudar a vivirlo a otros: «Romper el silencio; dejar que se expresen los sentimientos de culpabilidad; no precipitarse a responder a los porqués; acercarse a la gente que está pasando por esas situaciones sin preguntarse: ¿qué puedo decirles?, porque no hay nada que decir, sino solamente escuchar; no entrar en consideraciones religiosas si no se suelen hacer habitualmente o si uno sólo está convencido a medias; pero, si se cree verdaderamente, no dudar en expresar abiertamente dónde va uno mismo a buscar fuerza y consuelo...»

¿Reflexiones de un psicólogo o de un terapeuta experimentado? No. Se trata de un carta pastoral de mons. Godfried Daneels, arzobispo de Malinas-Bruselas, en la Pascua de este año. Su carta termina así:

«Hermanas y hermanos: estamos otra vez en los días que preceden a la Pascua. Dirigid vuestra mirada a Jesús: él nos ha precedido en todo esto. Su vida ha sido renuncia, y su renuncia, vida. Esto es la Pascua. Y es esta Pascua la que os deseo a todos».

La llamada a mirar hacia Jesús, «hacia arriba», después de todo el recorrido anterior por los «lugares de abajo», me ha recordado las «costumbres» del Dios que habló con Moisés en la zarza ardiente: «*He oído el clamor de mi pueblo..., he visto su aflicción... y HE BAJADO... para HACERLE SUBIR a una tierra que mana leche y miel*» (Ex 3,7-8). El movimiento es de abajo arriba: oír, mirar, conocer, «bajar», para «hacer subir».

Me ha llenado de alegría reconocer en la carta ese mismo movimiento y, junto con ello, algo que podríamos llamar un don «profético-sapiencial» que hace a este hombre —que además resulta ser arzobispo— capaz de hablar

el lenguaje de todo el mundo, tocar temas que nos preocupan a todos en nuestra humanidad más básica, referirse a «lo que nos pasa» y no sólo a lo que «debería pasarnos».

¿Por qué es tan infrecuente encontrar este tipo de comunicación en nuestra Iglesia? ¿Por qué se nos ha ido separando el lenguaje sobre Dios y «sus cosas» de la experiencia concreta de la gente? ¿Qué extraña maldición de «afasia práctica» pesa sobre nosotros que nos impide expresarnos con las palabras de cada día y conectar con lo que de verdad piensan, sienten, temen y esperan la mayoría de los hombres y mujeres que nos rodean?

Vamos a ponernos a la escucha de aquellos grandes expertos de la palabra que fueron los profetas de Israel, para tratar de descubrir algo de su «arte comunicativo». Y éstas son algunas cosas que podemos aprender:

- Renunciar a tenerlo todo claro.
- Hablar de Dios de otra manera.
- Ofrecer una sabiduría alternativa.
- Contactar con lo cotidiano.

1. Renunciar a tenerlo todo claro

Clasificar, dividir y separar unas cosas de otras nos da mucha tranquilidad y nos proporciona, además de ese aspecto de la paz que es «la tranquilidad en el orden», la sensación de dominar la realidad y de tenerla bien organizada en distintos archivos de nuestro «disco duro». Esta clasificación de las cosas nos descansa bastante —que ya tiene la vida suficientes complicaciones...—, así que solemos agradecer las definiciones, apartados y casilleros, porque gracias a ellos las cosas, las personas, los grupos y casi todo lo que se nos pone por delante, incluida la Biblia, tie-

nen un sitio donde colocarse y unos rasgos con los que les corresponde coincidir¹.

Lo malo (que resulta ser lo bueno) es que la realidad tiende a salirse del sitio que le tenemos asignado y contradice tercamente nuestras divisiones, provocando mucho desorden, mezclándolo todo y dando la razón al símbolo del Yin y el Yang, que nos hace ver que en lo blanco siempre hay su poquito de negro, y en lo negro su poquito de blanco.

Leemos la Biblia con esquemas que copiamos de la pizarra en las clases de aquel profesor tan bueno, o desde el recuerdo de lo que decía aquel libro tan didáctico...; y en principio las cosas «coinciden» con lo aprendido... hasta que dejan de coincidir.

La profecía es una cosa, y la sabiduría otra, pensamos; y no sin razón, porque es evidente que la perspectiva del profetismo es teocéntrica y difiere en eso de la sapiencial, que es antropocéntrica y más centrada en ofrecer métodos para conseguir una vida feliz. A los profetas les preocupa, ante todo, la relación Dios/hombre, y se interesan por el destino del pueblo entero, mientras que la Sabiduría se ocupa más del individuo; en los libros proféticos, por otra parte, están vivas las tradiciones históricas de Israel, que apenas encontramos en la literatura sapiencial.

Pero, si leemos atentamente los textos proféticos, vemos que la división Profetismo/Sabiduría es menos nítida de lo que parece. Es verdad que los profetas emplean

1. Posiblemente la fascinación que ejercen las películas del oeste sobre mucha gente se debe a la claridad de sus planteamientos: el bueno suele ser buenísimo, y el malo malísimo, y además se les nota mucho en la cara. Por eso, seguramente habría resultado un fracaso del director poner a Gary Cooper o a John Wayne de malos de una película, porque, nada más verlos, uno sabe que tienen un alma noble y generosa, y que infaliblemente se enfrentarán a perversos forajidos o a indios desalmados, además de defender a la chica.

preferentemente el género «oráculo», pero utilizan también métodos de enseñanza típicos de los sabios y recurren a formas literarias tomadas de la sabiduría tribal y familiar: su tono puede ser solemne, pero nunca es abstracto.

Se considera típico del lenguaje sapiencial las parábolas, la comparación entre el justo y el malvado, las preguntas en cascada, los refranes, las metáforas, las imágenes tomadas del ámbito rural...; y, sin embargo, los textos que vienen a continuación no están sacados del libro de los Proverbios, sino de Amós y de Isaías:

*«¿Caminan acaso dos juntos
sin haberse citado?*

*¿Ruge el león en la selva
sin que haya presa para él?*

*¿Lanza el leoncillo su voz desde su cubil
si no ha atrapado algo?*

*¿Cae un pájaro a tierra en el lazo
sin que haya una trampa para él?*

¿Se alza del suelo el lazo sin haber hecho presa?

*¿Suena el cuerno en una ciudad
sin que el pueblo se estremezca?*

*¿Cae una ciudad en el infortunio
sin que el Señor lo haya causado? (...)*

Ruge el león,

¿quién no temerá?

Habla el Señor,

¿quién no profetizará?» (Am 3,3-8).

«¿Corren por la roca los caballos?

¿se ara con bueyes el mar?

*¡Pues vosotros trocáis en veneno el juicio,
y en ajenjo el fruto de la justicia!» (Am 6,12).*

*«Conoce el buey a su dueño,
y el asno el pesebre de su amo.*

*Israel no conoce,
mi pueblo no comprende» (Is 1,2).*

*«Voy a cantar a mi amigo
la canción de su amor por su viña.
Mi amigo tenía una viña
en un fértil collado...» (Is 5,1-7).*

*«Decid al justo que le irá bien,
que el fruto de sus acciones comerá.
¡Ay del malvado, que le irá mal,
que el mérito de sus manos se le dará!» (Is 3,10-11).*

*«¿Acaso se jacta el hacha
frente al que corta con ella?
¿o se tiene por más grande
la sierra que el que la blande?
¡Como si la vara moviera al que la levanta!
¡Como si a quien no es madera el bastón alzarla!»
(Is 10,15).*

*«¿Es el alfarero como la arcilla
para que diga la obra a su hacedor:
“No me has hecho”,
y la vasija diga a su alfarero:
“No entiendes el oficio”» (Is 29,16).*

*«¿Acaso cada día ara el labrador para sembrar,
abre y rompe su terreno?
Cuando ha igualado la superficie,
siembra hinojo y esparce comino,
echa trigo y cebada
y en las lindes escanda y mijo;
su Dios lo instruye,
le enseña las reglas.
Porque el hinojo no se trilla con el trillo,
ni las ruedas del carro se pasan sobre el comino;
el hinojo se trilla con varas, y el comino con látigo;
el grano no se tritura hasta lo último,
sino que se trilla arreando el rodillo del carro,
que lo rompe sin triturarlo;*

*ni se hace girar la rueda de carreta sobre el comino;
sino que con el bastón es apaleada la nequilla,
y el comino con la vara.
También esto es disposición del Señor de los ejércitos:
su plan es admirable,
y grande su destreza» (Is 28,23-29).*

2. Hablar de Dios de otra manera

Se nos olvida demasiado fácilmente que de Dios sólo podemos hablar con metáforas, y que todo nuestro discurso sobre Él, dogmas incluidos, no es más que una aproximación balbuciente a su misterio².

Oseas es un ejemplo claro de una manera «experimental» y bastante heterodoxa de hablar de Dios. Su actividad profética comienza en el reino del Norte, durante los últimos años, relativamente prósperos, de Jeroboam II (782-753). La etapa siguiente estará marcada por el signo de la decadencia, las revueltas y conspiraciones palaciegas, los asesinatos de reyes, la amenaza de Asiria...

Israel había caído en la tentación de venerar simultáneamente a YHWH y a Baal, el dios cananeo de la fertilidad,

2. Recuerdo un debate acalorado entre algunos participantes en el Congreso mundial de Ejercicios (Loyola 1991) sobre si en Ignacio de Loyola aparecen imágenes esponsalicias de Dios o si sólo habla de Él como Señor. Era una discusión muy asfixiante, en la que la posibilidad de elección estaba reducida a una de las dos imágenes: y, en contra de mi propósito de no intervenir delante de tanto experto, pedí la palabra para recordar que ésas eran solamente *dos imágenes*, pero que el lenguaje bíblico sobre Dios, y en concreto el de los profetas, es infinitamente más rico, y si se refieren a Él con tal cantidad de imágenes, comparaciones y metáforas, es porque tienen una conciencia lúcida de que ninguna de ellas llega a abarcar la totalidad de su misterio. Los ejemplos que puse eran casi todos «zoológicos», y se produjo un colapso en la traducción simultánea porque los traductores no sabían qué hacer con tanto bicho suelto...

de la lluvia y de las estaciones, a quien se atribuía la fecundidad de la tierra. YHWH seguía siendo el Dios del pueblo; pero quien satisfacía las necesidades primarias era Baal. Los cultos orgiásticos y la práctica de la prostitución sagrada eran habituales en los santuarios del reino del Norte.

Oseas denunciará esta idolatría, que para él tiene también otra vertiente: la política. En una época revuelta, y como fruto del temor, Israel sucumbe a la tentación de aliarse con potencias extranjeras (Egipto, Asiria...), que se convierten para él en dioses a quienes confía su salvación.

La reacción de Oseas es virulenta. Con un apasionamiento que marca toda su predicación, arremete contra todo lo que se interpone entre Dios y su pueblo. Pero, a diferencia de Elías, que había acentuado radicalmente la separación entre YHWH y los baales, o de los rekabitas, un grupo que se negaba de generación en generación a aceptar la vida sedentaria, en la que veía la razón del pecado de Israel, y vivía de una forma parecida a la del tiempo del desierto (cf. Jr 35), Oseas baja a la arena del baalismo, se acerca a los temas, imágenes y costumbres de su pueblo, y *precisamente ahí* encuentra la fuente de su lenguaje.

En su predicación son recurrentes los temas que preocupan al pueblo y que llegan a extraviarle: la prostitución sagrada, los ciclos agrarios, la lluvia, el rocío, los árboles... Todas esas experiencias ambiguas e incluso descaradamente idolátricas se hacen para Oseas susceptibles de vehicular su mensaje.

Sus imágenes son audaces, fuertes, estridentes a veces, y su experiencia de fracaso matrimonial le hace particularmente sensible al tema de la sexualidad, del adulterio, de los celos, del divorcio. Éstas son algunas de sus metáforas sobre Dios:

* Es un MARIDO apasionadamente enamorado e incapaz de reprimir sus celos (Os 2,4-22), e Israel es la mujer infiel que se ha prostituido con muchos amantes.

* Es PADRE/MADRE. En el lenguaje de los mitos era frecuente la referencia a dioses que tienen hijos: por eso evitaba Israel la imagen de la filiación, y por eso son muy escasas en el Antiguo Testamento las referencias a Dios como padre. En cambio, Oseas parece libre de esos miedos y se atreve a emplear imágenes de esa forma de relación:

*«Yo enseñé a andar a Efraím,
le tomé en mis brazos,
me inclinaba para darle de comer...»* (11,3a).

La respuesta del pueblo ante los cuidados del Señor va a ser negativa, y el castigo sanciona esta ingratitud. Pero en las entrañas «maternas» de Dios se establece entre la cólera y la misericordia un combate en el que ésta sale victoriosa:

*«¿Cómo voy a dejarte, Efraím,
cómo entregarte, Israel?
¿Voy a dejarte como a Admá
y hacerte semejante a Seboyim?
Mi corazón se me REVUELVE dentro,
a la vez que mis entrañas se estremecen...»* (Os 11,8).

El verbo elegido, *hapak* (revolverse, estremecerse...), en relación con el corazón designa un movimiento particularmente violento (es el mismo que designa en Gn 19,25a el «vuelco de situación» de Sodoma y Gomorra) y parece atraído por la evocación de Admá y Seboyim. La diferencia está en que en Génesis son las dos ciudades las que sufren el cambio violento de situación, mientras que en Oseas es el corazón de Dios el que «da un vuelco».

* Es como el ROCÍO o la LLUVIA:

*«Esforcémonos por conocer al Señor:
si madrugamos, le encontraremos;
vendrá a nosotros como la lluvia,
como aguacero que empapa la tierra»* (6,3).

«Seré rocío para Israel...» (14,6).

La lluvia y el rocío eran los grandes dones de los Baales, pero Oseas, con una flexibilidad asombrosa, «reconvierte» hacia el yahvismo estos temas del culto cananeo. El que el Señor venga «como la lluvia» o «como el rocío» muestra, por un lado, su crítica de la situación de sincretismo reinante y el intento de cosificar a Dios e identificarle con sus dones; pero nos hace ver, por otro lado, el peligro que corría su propio lenguaje de ser mal interpretado.

* Es un ÁRBOL:

*«Yo soy ciprés siempre verde:
de mí proceden tus frutos»* (14,9).

Es la única vez en que la Biblia emplea el símbolo del árbol para hablar de Dios. Algunos exegetas han leído: «Yo soy tu Anat y tu Asherah», que expresa de nuevo el intento de Oseas de «inculturar» el lenguaje sobre Dios en los mitos cananeos.

Otras veces, Oseas recurre a experiencias sacadas de la vida animal:

* Dios es un TRAMPERO:

*«Donde quiera que vayan,
yo echaré mi red sobre ellos,
como aves del cielo los haré caer»* (7,12)

* Tiene rasgos parecidos a los de algunos ANIMALES:

«Voy a ser como una POLILLA para Efraím,
como una CARCOMA para la casa de Judá» (5,12)

«Caeré sobre ellos
como una OSA privada de sus cachorros...» (13,7).

«En pos del Señor marcharán:
él rugirá como un LEÓN,
y cuando rija él,
los hijos vendrán azorados de Occidente,
azorados vendrán de Egipto,
como un pájaro,
como paloma del país de Asiria,
y yo los asentaré en sus casas,
oráculo del Señor» (11,10-1).

También Amós había hablado de Dios de una manera parecida:

«Ruge el Señor desde Sión,
desde Jerusalén alza su voz...» (Am 1,2):

y Jeremías, que le había comparado con un «manantial de aguas vivas» (2,13), le increpará con una audacia que raya en la blasfemia:

«¡Ay!, ¿serás tú para mí como un espejismo,
como un arroyo de aguas no verdaderas?» (Jr 15,18).

«¿Por qué te comportas como un forastero,
como un viajero que se desvía para hacer noche?
¿Por qué has de ser como un pasmado,
como un valiente incapaz de ayudar?» (Jr 14,8-9).

Y uno se pregunta qué suerte habrían corrido los libros proféticos si hubieran necesitado el «Nihil obstat» de hoy para ser publicados...

3. Ofrecer una sabiduría alternativa

El conflicto profético no surge porque los profetas se opongan al mensaje de la sabiduría ancestral, sino porque se enfrentan al engruimiento de los que se creen en poder de todo el saber, y caen en la necedad precisamente por ello: algo ya denunciado por la literatura sapiencial:

«No hay sabiduría, si hay prudencia
ni hay consejo delante del Señor» (Pr 21,31).

Las acusaciones de Isaías se dirigen, sobre todo, al mundo de los sabios, y las de Jeremías al conjunto del pueblo:

«¡Ay de los que llaman al mal bien, y al bien mal,
que dan oscuridad por luz
y luz por oscuridad!
¡Ay de los que se creen sabios a sus propios ojos
y para sí mismos inteligentes!» (Is 5,20-21).

«Dice el Señor:
perderé la sabiduría de sus sabios,
eclipsaré el entendimiento de sus entendidos» (Is 29,14).

«Mi pueblo es necio:
a mí no me conocen.
Son criaturas necias,
carecen de talento.
Son sabios para lo malo
e ignorantes para el bien» (Jr 4,22).

«Ea, oíd esto,
pueblo necio y sin seso.
tienen ojos y no ven,
orejas y no oyen...» (Jr 5,21).

Para los profetas, algo más importante que la sabiduría y la inteligencia es el «conocimiento del Señor», una expresión que no pertenece al mundo sapiencial, que habla

más bien de «temor del Señor». Es ese «conocimiento» lo que permite captar sus extraños caminos, su obra, su acción, su plan, que una falsa sabiduría pretende acelerar o dominar:

*«¡Ay de los que dicen:
¡Listo, apresure su acción
de modo que la veamos.
Acérquese
y venga el plan del Santo de Israel,
y que lo sepamos!» (Is 5,18).*

El cap. 22 de Isaías contiene el más duro reproche al falso saber de Israel, a su activismo extravertido, que le impide darse cuenta de lo que Dios está realizando en la historia: desde el v.8 va poniendo el acento en las tareas y preparativos de defensa, que los tienen distraídos y febrilmente ocupados: «*mirabais...*», «*reuníais las aguas...*», «*contabais las casas*», «*demolíais*», «*fortificabais la muralla*», «*hicisteis un estanque*»..., pero *NO OS FIJABAIS en su Hacedor, al que desde antiguo lo ideó de lejos, NO LO VISTEIS*» (Is 22,8-11).

Ser sabio es SABER MIRAR, FIJARSE, CONTEMPLAR más allá de las apariencias y de la opacidad de lo real. Y para eso no existe otro camino que el de...

4. Contactar con lo cotidiano

Cuando oímos hablar de «la predicación profética», echamos mano de nuestras experiencias dentro del género «predicación» (un sermón, una homilía, un discurso, una conferencia...) y nos imaginamos a los profetas hablando así a la gente y comunicándoles ideas y reflexiones acerca del «deber ser», enunciando principios dogmáticos y normas morales, y exhortándoles después a ponerlos por obra.

Lo otro, «lo que es», «lo que pasa» cada día (tener buena salud o perderla, pasar por un bache económico o por una etapa próspera, enamorarse, sufrir una decepción o un fracaso, temer el paro, experimentar alegría de vivir, estar agobiado por pequeños problemas...), nos parece que tiene que ver menos con «lo de Dios», como si perteneciera a las pequeñas informaciones y anécdotas que vienen en el reverso de las hojas de los almanaques, tan fútiles en comparación con las densas elucubraciones que nos ofrece el último «best-seller» teológico (en dos volúmenes, claro) que acabamos de comprar.

Tendemos a colocar la realidad cotidiana en la categoría de lo irrelevante, bien separada de lo que consideramos trascendente, profundo y valioso, que es de lo que merece la pena hablar y escribir y predicar.

«Dios ha escrito un libro, que es la vida, y le ha puesto unas notas que son la Biblia», suele decir Carlos Mesters citando a San Agustín. ¡Pobre del que sólo sabe leer las notas a pie de página y vive sin enterarse de lo que dice el libro...!

No fue ése el caso de los profetas de Israel, cuya predicación nunca fue ajena a las experiencias, las imágenes y el lenguaje de aquellos a quienes se dirigían.

La palabra no se les comunica solamente en su interioridad, sino que está incorporada a un mundo que trasciende al profeta, llamado por ello a mirar afuera, no para ser confirmado en lo que ya sabía, sino para ser sorprendido, maravillado, como en la primera mañana de la creación.

*«“¿Qué ves, Amós?”
Yo respondí: “Una canasta de higos maduros”» (Am 8,1).*

*«“¿Qué ves Jeremías?”
“Veo una rama de almendro”.
Y me dijo el Señor:
“Tienes una buena vista”...» (Jr 1,11-12).*

El Señor pone a Jeremías ante algo banal, algo que todo el mundo puede ver. Pero allí donde los demás no ven más que una rama florecida, el profeta aprende a escuchar una palabra («*Así soy yo: vigilo sobre mi palabra para cumplirla*»).

«Palabra que fue dirigida a Jeremías de parte de YHWH: "Levántate y baja a casa del alfarero, que allí te haré oír mis palabras"» (18,1).

No es, por tanto, en la sola reflexión ni en la sola interioridad donde se escucha la Palabra, sino BAJANDO, acercándose a los lugares de la vida humana —en apariencia intrascendentes— donde se revela al profeta.

Por otra parte, el auditorio que el profeta tiene ante sí condiciona su lenguaje, y la distinción que encontramos en Jeremías puede ser iluminadora:

*«Yo decía:
"Naturalmente, la GENTE SENCILLA es necia
e ignora el camino del Señor.
Voy a acudir a los GRANDES
y a hablar con ellos,
porque éstos conocen el camino del Señor;
el derecho de su Dios"»* (Jr 5,4-5).

Jeremías se dirigirá, pues, en ciertos momentos, a gente cultivada y empleará un lenguaje teológicamente más elaborado: los textos sobre la creación del mundo y sobre la vacuidad de los ídolos presuponen un público que ya ha oído hablar de esas cuestiones y reflexionado sobre ellas (cf. Jr 10,11-12; 4,1, etc.). Pero otras muchas veces, tanto él como otros profetas se dirigen a esos *dallim*, a esa gente pequeña de un pueblo de campesinos, artesanos y pastores; a hombres que conocen las costumbres de los animales y las faenas del campo; a mujeres que recogen aceitunas y hacen aceite, que muelen el trigo y cuecen el pan; a gente

que canta mientras vendimia, se angustia si hay sequía, padece los estragos de las fieras en sus rebaños...

El lenguaje profético aparece investido entonces de las realidades sensibles, físicas, tangibles, y los acontecimientos cotidianos se convierten en soporte del mensaje y vehículo comunicativo. La experiencia concreta de la gente es la arcilla de la que se sirven los profetas para modelar su lenguaje.

Una lectura seguida del libro de Jeremías³ (con un poco de paciencia, porque son 52 capítulos) nos pone en contacto con un sinfín de textos en los que las referencias son:

* LA VIDA COTIDIANA: la casa, los oficios, la calle, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte, las fiestas...; el campo, las labores agrícolas, el paisaje familiar...

*«¡Quién me diera en el desierto
una posada de caminantes
para poder dejar a mi pueblo
y alejarme de su compañía...!»* (9,1).

*«El pecado de Israel está escrito
con buril de hierro,
con punta de diamante está grabado
en la tabla de su corazón»* (17,1).

*«¿No hay bálsamo en Galaad?
¿no quedan médicos allí?
Pues ¿cómo es que no llega el remedio
a la hija de mi pueblo?»* (8,22).

*«Así dice el Señor de los ejércitos:
"Busca, rebusca como en una cepa
en el resto de Israel;
vuelve a pasar tu mano por los pámpanos"»* (6,9b).

3. La propuesta es de B. KELLER, «Le langage de Jérémie»: *Et.Th.Rel.* 53 (1978) 360-365.

«Diles este refrán:

“Así dice el Señor, el Dios de Israel:
Todo cántaro se puede llenar de vino”.

Ellos te dirán:

“¿No sabemos de sobra
que todo cántaro se puede llenar de vino?”» (13,12).

«Quisiera recoger de ellos alguna cosa,
oráculo del Señor;
pero no hay racimos en la vid
ni higos en la higuera,
y están mustias sus hojas» (8,13).

«La muerte ha trepado por nuestras ventanas,
ha entrado en nuestros palacios,
ha barrido de la calle al chiquillo,
a los mozos de las plazas» (9,20).

«Entre muchos pastores destruyeron mi viña,
hollaron mi heredad,
trocaron mi mejor campa
en un yermo desolado» (9-10).

«Paraos en los caminos y mirad,
preguntad por los senderos antiguos,
cuál es el camino bueno, y andad por él,
y encontraréis sosiego para vuestras almas» (6,16).

«El Señor desde lo alto ruge,
desde su santa Morada da su voz.
Ruge contra su aprisco,
grita como los lagareros» (25,30).

«Vendrán y darán hurras en la cima de Sión
y acudirán al regalo del Señor:
al grano, al mosto y al aceite virgen,
a las crías de ovejas y de vacas,
y será su alma como huerto empapado» (31,12).

* LOS ELEMENTOS DE LA NATURALEZA: el agua, el fuego, el viento, la tierra...

«Como mana un pozo sus aguas,
así mana Jerusalén su malicia» (6,8).

«¿Faltará acaso de la peña excelsa
la nieve del Líbano?

¿Se agotarán las aguas crecidas,
frescas, corrientes?

Pues bien, mi pueblo me ha olvidado» (18,14).

«¿Qué tiene que ver la paja con el grano?
—oráculo del Señor—.

¿No es mi palabra como el fuego,
como un martillo que golpea la peña?» (23,29).

«Un viento ardiente viene por el desierto,
camino de la hija de mi pueblo,
no para beldar ni para limpiar.
Un viento lleno de amenazas viene de mi parte.
Ved cómo se levanta cual las nubes,
como un huracán sus carros
y más ligeros que águilas sus corceles» (4,12-13).

* LAS LEYES DE LA NATURALEZA Y SUS CICLOS: su estabilidad revela la fidelidad del Dios que acompaña y protege a su pueblo:

«Así dice el Señor,
el que da el sol para alumbrar el día
y gobierna la luna y las estrellas para alumbrar la noche,
el que agita el mar y hace bramar las olas,
cuyo nombre es “Señor de los ejércitos”:
“Si fallaren estas normas en mi presencia,
oráculo del Señor,
también la prole de Israel dejaría de ser una nación
en mi presencia para siempre”» (31,35-36).

«Así dice el Señor: “Si llegareis a romper mi alianza con el día y la noche, de suerte que no sea de día o de noche a su debido tiempo, entonces también romperéis mi alianza con mi siervo David, de suerte que le falte un hijo que reine sobre su trono. Así como es incontable el ejército de los cielos e incalculable la arena del mar, así multiplicaré el linaje de mi siervo David y de los levitas que me sirven» (33,9-22).

* LOS ANIMALES:

«Hasta la cigüeña en el cielo
conoce su estación,
y la tórtola, la golondrina o la grulla
observan la época de sus migraciones;
pero mi pueblo ignora el derecho del Señor» (8,7).

«La perdiz incuba lo que no ha puesto;
así es el que hace dinero, mas no con justicia:
en mitad de sus días lo tendrá que dejar,
y al final resultará un necio» (17,11).

«¿Muda el etíope de piel,
o el leopardo sus pintas?
¡También vosotros podéis hacer el bien,
los especialistas en hacer el mal!» (13,23).

«Son caballos lustrosos y vagabundos,
cada cual relincha por la mujer de su prójimo» (5,8).

«Reconoce lo que has hecho,
camellita liviana que trenza sus derroteros;
irrumpe en el desierto
y en puro celo se bebe los vientos:
su estro ¿quién lo calmará?» (2,23-24).

«Hasta la cierva en el campo parió
y abandonó porque no había césped.

Los onagros se paraban en los calveros,
aspiraban el aire como chacaes,
tenían los ojos consumidos
por falta de hierba» (14,4-5).

«¿Es por ventura un pájaro pinto mi heredad?
Las rapaces merodean sobre ella.
¡Andad, juntaos, fieras todas del campo,
id a yantar!» (9,9).

«Como jaulas llenas de aves,
así están sus casas llenas de fraudes» (5,17).

* LAS RELACIONES HUMANAS Y LOS SENTIMIENTOS QUE LAS ACOMPAÑAN: el amor, el matrimonio, el parto, la infidelidad, los celos, el perdón, el sufrimiento, las lágrimas, la decepción...

«De ti recuerdo tu cariño de moza,
el amor de tu noviazgo,
aquel seguirme tú por el desierto,
por la tierra no sembrada...» (2,2).

«Aunque te vistas de grana,
aunque te enjeyes con joyas de oro,
aunque te pintes con polvo los ojos,
en vano te hermoseas:
¡te han rechazado tus amantes!» (4,30).

«Id a preguntar y ved
si pare el macho.
Entonces, ¿por qué he visto todo varón
con las manos en las caderas
como las que dan a luz,
y todas las caras se han vuelto amarillas?» (30,4).

«Oí una voz como de parturienta,
gritos como de primeriza;
era la voz de la hija de Sión,
que gimiendo extendía sus palmas:

“¡Ay, pobre de mí, que mi alma desfallece a manos de asesinos!”» (4,31).

«Volveré a reedificarte y serás reedificada, virgen de Israel; aún volverás a tener el adorno de tus gargantillas y saldrás a bailar entre gente festiva» (31,4).

(¡Y éstos no han sido más que algunos ejemplos!).

Conclusión en lenguaje sapiencial

Dichoso el comunicador eclesial que busca su lenguaje en la experiencia cotidiana de los hombres y mujeres de hoy,
que se toma unas cañas con ellos
y tiene tiempo para escucharlos en una larga sobremesa.

Dichoso el que es capaz de oírles por debajo de sus palabras
y de captar lo que les preocupa y lo que les alegra.

Su lenguaje se irá haciendo como la sal que se mezcla y da sabor a los alimentos, como el pan que no puede faltar en la mesa, como el vino añejo que sabe a fiesta.
No así los que se refugian en el mundo de la teoría, no así.

Serán como un murmullo que adormece, como un signo del que se desconoce el código, como un anuncio del que se huye haciendo *zapping*.

Porque el Señor se comunica a través de los que, como Él,
plantan su tienda en medio de la gente;
pero los que se creen que todo está en los libros nunca aprenderán la sabiduría del Evangelio.

9

«Id a la hoguera de vuestro fuego»
(Is 50,11)

Lugares bíblicos de atracción

No suelo sentir un entusiasmo indescriptible cuando tengo que ponerme a escribir algo sobre vida religiosa (VR). Sé poco de teología de la VR, pues no he profundizado en ella de manera específica, y lo más que puedo comunicar es la experiencia de llevar un montón de años en ella y ser una más de las personas que dicen eso tan original de: «Mil veces que naciera, mil veces volvería a...».

A esto se añade un cierto temor a colaborar a la inflación de teoría sobre VR (libros, documentos, monográficos de revistas, semanas, simposios, congresos...) que amenaza con atrofiarnos la capacidad de saborear, apropiarnos y llevar a la vida las conclusiones de lo que hemos reflexionado y escrito. Porque se nos puede hacer crónica una necesidad compulsiva de consumir cuanto antes otra ración de teoría, antes de haber iniciado la puesta en práctica de algo de lo que acabamos de oír o declarar.

Y quizá puede ser un síntoma de que estamos intentando lo mismo que el protagonista de aquella leyenda medieval que, como se hundía se hundía con su caballo en una ciénaga, se agarró a sí mismo por los pelos y consiguió salir. En realidad, no estoy segura de si terminó saliendo o no, pero, en cualquier caso, el intento de autosalvación es iluminador para nosotros. Y no nos acordamos de que, si

ya se reía Jesús de esa manía nuestra de querer añadir codos a nuestra estatura a fuerza de discurrir, tampoco vamos a conseguir mucho por agarrarnos a nuestros hinchados documentos como a un flotador.

Pero, no hace mucho, encontré en «El Ciervo» un artículo de un catedrático de física con un sugerente título, «Hombre y Dios, un atractor extraño»¹, donde explica cómo «un estado de un sistema es denominado un *atractor* en la dinámica de éste si dicha dinámica hace que el sistema, al cabo de un tiempo suficientemente largo, tienda a dicho estado. Así, por ejemplo, un péndulo sometido a la fricción del aire tiende al reposo en el punto más bajo de su trayectoria: este estado es el *atractor* del sistema. Frente a este ejemplo del *atractor* sencillo y clásico, en el *atractor* extraño se da la combinación de un centro repulsor muy sensible a las condiciones iniciales y unas vías de regreso que conducen de nuevo al sistema hacia las proximidades del centro repulsor, donde se repetirá, siempre diferente, el proceso de repulsión, seguido de un nuevo acercamiento». El autor propone este concepto como posible símil para la discusión dinámica e inacabable del hombre con Dios acerca del dolor, la injusticia y el mal.

Más allá de sus conclusiones, el lenguaje de la atracción y de la sucesión de alejamientos y aproximaciones me pareció enormemente sugerente, y a partir de ese momento me entró el deseo de decirme —primero a mí misma, y después a los que quieran leerlo— algo que relacione todo este tema de la atracción con la Biblia, sus historias y las nuestras, porque me parece que tienen muchísimo que ver.

Desde la clave de la ATRACCIÓN, muchos de los problemas de la VR en Europa que hoy nos preocupan (somos mediocres; hemos perdido significatividad; hay pocas

1. D. JOU, en *El Ciervo*, Marzo 1966, 5.

vocaciones; envejecemos...) y a los que volvemos una y otra vez con culpabilidad, pueden resituarse si damos prioridad sobre nuestras cavilaciones a algo más sencillo y a la vez más difícil: a DEJARNOS ATRAER.

Porque todo empezó para nosotros con una ATRACCIÓN: «*Nadie puede acudir a mí si no lo atrae el Padre que me envió*», decía Jesús (Jn 6,44); pero esa atracción requiere unas condiciones de posibilidad, como ya había aprendido Oseas en su relación con Gomer: «...*le apartaré de la boca los nombres de los baales, y sus nombres no serán invocados...*»; y Oseas le presta su experiencia a Dios para que Él pueda revelar su estrategia a la hora de recuperar a su esposa/pueblo: «*Voy a seducirla llevándomela al desierto y hablándole al corazón*» (Os 2,16); «*Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor...*» (Os 11,4).

Y es en el desierto, ese lugar en el que Israel vivió su antigua historia de atracción, donde va a ser posible el reencuentro con el primer amor y la escucha de una Palabra que YHWH susurrará de nuevo a su corazón.

Vamos a aproximarnos en estas páginas a algunos de esos lugares bíblicos de atracción que son, en expresión del Segundo Isaías «*la hoguera de nuestro fuego...*» (Is 50,11). He elegido siete, a partir de algunas narraciones patriarcales y del Éxodo, aunque seguramente cada lector encontrará muchos más. Son éstos:

- Una fuente en el desierto.
- Un encinar en Mambré.
- Una cueva en Macpelá.
- Un pozo en Aram Naharayim.
- Una tumba en Efratá.
- Una danza junto al Mar de las Cañas.
- Pan de Dios en el desierto de Sin.

Son relatos germinales, con la belleza y la frescura de lo original y lo arcaico, y en ellos escuchamos un lenguaje

parecido al de las pinturas de las catacumbas o del románico primitivo.

No lo dicen todo, y lo que sugieren sólo lo entenderemos plenamente a partir de Jesús; pero tienen la ventaja de que nos son menos familiares y de que, al leerlos, corremos menos peligro de dictaminar cansinamente como Qohélet: «*Nada hay nuevo bajo el sol. Si de algo se dice: "Mira, esto es nuevo", ya sucedió en otros tiempos mucho antes de nosotros...*» (Qo 1,10).

El intento es que cada «lugar de atracción» pueda servir para:

- * una lectura pausada, como en la *lectio* de la tradición monástica: TIEMPO DE NARRAR;
- * una aproximación al texto y al lugar para mirarlos más detenidamente (*meditatio*): TIEMPO DE COMPRENDER;
- * momentos de oración prolongada (*contemplatio*): TIEMPO DE DEJARSE ATRAER;
- * comentarios e intercambios en la comunidad: TIEMPO DE COMUNICAR.

1. Una fuente en el desierto (Gn 16,7-14; 21,14-20)

TIEMPO DE NARRAR

En la primera de las narraciones, Agar, la esclava egipcia de Sara y que espera un hijo de Abraham, huye de los malos tratos de ésta:

«El ángel del Señor la encontró junto a la fuente del desierto, la fuente del camino de Sur, y le dijo: "Agar, esclava de Saray, ¿de dónde vienes y a dónde vas?" Ella respondió: "Vengo huyendo de mi señora". El ángel del Señor le dijo:

"Vuelve a tu señora y sométete a ella". Y añadió: "Haré tan numerosa tu descendencia, que no se podrá contar".

Y el ángel del Señor concluyó: "Mira, estás encinta y darás a luz un hijo y lo llamarás Ismael, porque el Señor te ha escuchado en la aflicción". (...) Agar dio al Señor, que le había hablado, el nombre de "Tú eres Dios que me ve", diciéndose: "He visto al que me ve. Por eso se llama aquel pozo 'Pozo del que vive y me ve', y está entre Cades y Bared"» (Gn 16,7-14).

En una segunda versión, es Abraham quien despide a Agar a instancias de Sara:

«Abraham madrugó, tomó pan y un odre de agua, se lo cargó a hombros a Agar y la despidió con el niño. Ella se marchó y fue vagando por el desierto de Berseba. Cuando se le acabó el agua del odre, colocó al niño debajo de unas matas; se apartó y se sentó a solas a la distancia de un tiro de arco, diciéndose: "No puedo ver morir a mi hijo". Y se sentó a distancia. El niño rompió a llorar.

Oyó Dios la voz del niño, y el Ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo preguntándole: "¿Qué te pasa, Agar? No temas, que Dios ha oído la voz del niño que está ahí. Levántate toma al niño, estate tranquila por él, porque sacaré de él un gran pueblo". Dios le abrió los ojos, y divisó un pozo de agua; fue allá, llenó el odre de agua y dio de beber al muchacho. Dios estaba con el muchacho, que creció, habitó en el desierto y se hizo un experto arquero» (Gn 21,14-20).

TIEMPO DE COMPRENDER

— *Mirar el lugar:* en el desierto amenazan todas las carencias, sobre todo la de agua. Es un lugar de soledad y de muerte que, al final del relato, se revela como escondiendo un pozo. Pero sólo la acción de Dios de abrir los ojos de Agar hace posible descubrirlo.

— *Mirar las personas*: una mujer no israelita y esclava en situación desesperada; un niño, primero en su seno, luego en sus brazos, abandonado bajo una retama, levantado finalmente por su madre, tomado de la mano y saciado de agua. El Ángel del Señor (Dios mismo) tomando la iniciativa de entrar en relación con Agar y conduciendo todo el desarrollo de las dos escenas.

— *Escuchar*: los gritos de Agar; el llanto del niño; las preguntas del Ángel a Agar: «¿De dónde vienes? ¿Adónde vas? ¿Qué te pasa?»; la revelación de cómo es Dios en su relación con quien sufre: «Ha oído tu aflicción» y «la voz del niño»; las palabras de ánimo, los imperativos y las promesas: «no temas»; «levántate»; «levanta al niño», «tómale de la mano»; «yo le multiplicaré», «le convertiré en una gran nación»...

— *Observar la transformación de situaciones*: una desesperación que desemboca en esperanza; dos personajes solos que van a convertirse en multitud; una mujer postzada que se pone en pie y camina hacia un pozo; un niño abandonado que es tomado de la mano; que lloraba, a punto de morir, y termina siendo portador de una promesa de engrandecimiento; unos ojos incapaces de descubrir el pozo que escondía el desierto y que son abiertos para encontrarlo; una sed amenazadora vencida por el agua del pozo; la esclavitud y la muerte derrotadas por una libertad y una vida abiertas al futuro...

TIEMPO DE DEJARSE ATRAER...

— ...por el Dios que mira y escucha el clamor de todos los que hoy gritan en las periferias y descampados de nuestro mundo; por el Dios que sale al encuentro de nuestras huidas y nos acompaña en nuestros desiertos; y por los lugares, situaciones y personas que, bajo apariencia de

muerte, siguen escondiendo en lo más hondo de sus vidas rotas un hilillo de vida.

— Dejarnos tocar los ojos por las manos que curan cegueras, iluminan, enseñan a mirar...; y nuestros oídos, para que, como los suyos, nos pongan en contacto con tantos gemidos, llantos y gritos. Decidírnos a quitarnos esos «auriculares» que nos aíslan y que sólo nos permiten escuchar nuestros pequeños problemas.

— Agradecer tantas presencias de «ángeles» que nos han sido y siguen siendo presencia del Dios de vida: personas que tuvimos la suerte de tropezarnos en aquella ocasión en que estábamos en crisis y nos ayudaron a salir adelante; personas que siguen empeñadas en salir al encuentro de los expulsados y machacados por el sistema; personas que animan, reconfortan, arriman el hombro, abren el bolsillo, recuerdan que no todo está perdido, abren puertas y ventanas a la confianza...

— Poner nombre a pozos descubiertos y por descubrir. Dejarnos atraer por la posibilidad de ir por la vida, péndulo en mano, decididos a ser zahoríes de tanta agua escondida en el corazón, en apariencia reseco, de muchas personas.

TIEMPO DE COMUNICAR

— Contarnos alguna etapa de desierto que hemos atravesado y gracias a qué ángeles salimos adelante. Aprovechar para decirle a alguien cuánto nos ayudó en alguno de esos momentos o qué pozo hemos descubierto en él.

— Hablar de los gritos o susurros a los que ya parece que, gracias a Dios, vamos siendo más sensibles como comunidad, y a cuáles nos estamos «haciendo los suecos». Abrirnos a la posibilidad de que, escudándonos en que «a

mí me pasa como a Agar, que no soporto ver sufrir a nadie», nos alejamos de los lugares de sufrimiento, no a la distancia de «un tiro de arco», sino a la que recorren los del «París-Dakar» y a su misma velocidad.

2. Un encinar en Mambré

TIEMPO DE NARRAR

El capítulo 18 del Génesis nos narra la visita del Señor a Abraham en el encinar de Mambré a través de tres huéspedes misteriosos a los que Abraham acoge con esplendor. Después de comer y antes de marchar, preguntan:

«¿Dónde está Sara, tu mujer?» Contestó: «Ahí, en la tienda». Y añadió uno: «Para cuando yo vuelva a verte, en el plazo normal, Sara habrá tenido un hijo». Sara lo oyó detrás de la puerta de la tienda (Abraham y Sara eran ancianos, de edad muy avanzada, y Sara ya no tenía sus períodos) y se rió por lo bajo pensando: «Cuando ya estoy seca, ¿voy a tener placer con un marido tan viejo?»

Pero el Señor dijo a Abraham: «¿Por qué se ha reído Sara, diciendo: ¿Cómo voy a tener un hijo, a mis años? ¿Hay algo difícil para Dios? Cuando vuelva a visitarte por esta época, dentro del tiempo de costumbre, Sara habrá tenido un hijo». Pero Sara, que estaba asustada, lo negó: «No me he reído». Él replicó: «No lo niegues, te has reído» (Gn 18,9-15).

TIEMPO DE COMPRENDER

Un texto del Segundo Isaías nos da claves para entender mejor la narración anterior:

«Escuchadme, los que vais tras la justicia,
los que buscáis al Señor:
Mirad la roca de donde os tallaron,
EL POZO DE DONDE OS EXTRAJERON;

*mirad a Abraham, vuestro padre:
A SARA, QUE OS DIO A LUZ:
cuando lo llamé, era uno,
pero lo bendije y lo multipliqué» (Is 51,1-2).*

El profeta se dirige al pueblo en el exilio y, para sacar-le de su actitud de desánimo y abatimiento y despertar su esperanza, le invita a recordar sus orígenes y a mirar a Abraham y a Sara, de quien fue generado Isaac y a la que el pueblo puede considerar también como aquella que lo ha engendrado.

El término hebreo *maqebet*, empleado en 21,2b para referirse a Sara, puede significar a la vez «pozo» o «resultado de la acción de un martillo». Podría referirse al brocal del pozo y ser una referencia a la propia esposa, semejante a la de Pr 5,15:

«Bebe el agua de tu propio pozo,
el agua que mana de tu fuente...»

Abraham es la roca, y Sara el pozo; y en torno a ellos existe un misterio de dureza, en apariencia impenetrable: Sara era estéril, y Abraham envejecía sin descendencia. Todo parecía contradecir la promesa de YHWH. Pero Isaac, y con él el pueblo, fue extraído, cavado en la roca y sacado del pozo, y ese recuerdo debe seguir vivo en el pueblo, que se siente estéril en Babilonia.

Contemplar a Abraham y a Sara es contemplar a dos testigos de que la promesa será mantenida.

Un comentarista midrásico afirma: «Hay cuatro cosas semejantes a la muerte: la mujer privada de hijos, el ciego, el leproso y el pobre» (GenR. 71).

Otro midrás habla de la cólera de Dios ante la risa pública de Sara, que le parece un desafío, mientras que Abraham se habría contentado modestamente con sonreír

para sí mismo (cf. Gn 17,17). Pero, a causa de esta risa, Dios, por primera vez, se dirige directamente a Sara (cf. GenR. 45,10).

TIEMPO DE DEJARSE ATRAER...

— ...por el abrigo que ofrece esa tienda en medio del calor de mediodía y por la frescura del relato que nos invita a entrar en ella.

— Reconocernos en la sonrisa escéptica de nuestra madre Sara y en su realismo burlón y descarado. Dejar subir a la superficie a la «Sarita Desencantada» (síndrome parecidísimo al del «Nicodemo el Reticente») que se aloja en nuestros sótanos y que de vez en cuando decide darse una vuelta al aire libre para ver cómo van las encinas. Y, en su paseo, intenta convencernos de la inutilidad de nuestros esfuerzos, de la imposibilidad de que esto de la vida comunitaria tenga remedio y del envejecimiento irreversible de nuestra Congregación («mira, mira por dónde anda la media de edades...»). Y, de paso, nos comenta que nos encuentra estropeadísimos: «Hija, ¡cómo estás de canas y de arrugas! Y es que te tomas las cosas tan en serio... Yo que tú, pasaba de rollos congregacionales y de tirar del carro, porque, total, para lo que sirve...» Cuando se va, nos quedamos con un regusto amargo, y casi ni ganas de reírnos nos quedan, que están las cosas como para risas...

— Empeñarnos en seguir a la puerta de la tienda, chupando bochorno, pero decididos a continuar a la escucha de esa Palabra, capaz de romper los muros de nuestros cansinos pesimismo: el vientre seco de Sara y el nuestro van a poder albergar vida; son el vacío y la pobreza, como lo fue el caos primordial, los que hacen posible a Dios crear novedad; cuando nosotros decimos: «inconveniente», «nunca», «imposible», Él dice: «oportunidad», «ahora», «soy yo quien lo hago».

— Dejarnos atraer por este Dios que siempre nos sorprende, que siempre desborda nuestras expectativas, que se abre camino también a partir de nuestros límites y que tiene la extraña pretensión de «enriquecernos con su pobreza».

TIEMPO DE COMUNICAR

— Cómo neutraliza cada cual a la dichosa Sarita y sus cinismos.

— Cómo juramentarnos para que «se nos pegue la lengua al paladar» cuando nos pillemos calificando el pasado de «glorioso», el presente de «dificultoso», y el futuro de «calamitoso».

— Cómo ayudarnos a ir encajando que algo tiene que morir en la VR sin que ello signifique condenarla a muerte; y ser capaces de celebrar ya con un brindis el nacimiento de ese Isaaquito, que va a nacer, seguro, «aunque quizá ni tú ni yo ni el otro lo lleguemos a ver...»

3. Una cueva en Macpelá

TIEMPO DE NARRAR

«Murió Sara en Quiryat Arbá (hoy Hebrón), en país cananeo. Abraham fue a hacer duelo y a llorar a su mujer, y habló a los hititas: "Yo soy un forastero residente entre vosotros. Dadme un sepulcro en propiedad, en terreno vuestro, para enterrar a mi difunta"» (Gn 23,2-4).

Sigue un detallado relato del regateo entre Abraham y Efrón, el hitita, hasta ponerse de acuerdo en el precio del terreno; y finalmente se concluye la compra:

«Abraham aceptó y pagó a Efrón, en presencia de los hititas, el precio establecido: cuatrocientos kilos de plata, pesos comerciales. Y así el campo de Efrón en Macpelá, frente a Mambré, el campo con la cueva y con todos los árboles dentro de sus linderos, pasó a ser propiedad de Abraham, siendo testigos los hititas que asistían al concejo. Después Abraham enterró a Sara, su mujer, en la cueva del campo de la Macpelá frente a Mambré (hoy Hebrón), en país cananeo. El campo con la cueva pasó de los hititas a Abraham como sepulcro en propiedad» (Gn 23,16-20).

TIEMPO DE COMPRENDER

Abraham había recibido una promesa:

«Yo soy el Señor que te saqué de Ur de los Caldeos para darte en posesión esta tierra» (Gn 15,7),

y en la posesión de esa tierra se jugaba la veracidad de la alianza:

«Mantendré mi pacto contigo y con tu descendencia en futuras generaciones como pacto perpetuo. Seré tu Dios y el de tus descendientes futuros. Os daré a ti y a tu descendencia futura la tierra de tus andanzas, la tierra de Canaán, como posesión perpetua. Y seré su Dios» (Gn 17,7-9).

Pero Sara había muerto, y a Abraham le quedaba poco tiempo de vida y aún seguía siendo un extranjero en Canaán, un oscuro nómada que vivía en tierra extraña, sin que nada pareciera ratificar la promesa de poseerla.

Por eso la narración de la compra de la sepultura de Sara tiene una intencionada solemnidad: poseer, al fin, aquel exiguo espacio de terreno significaba el comienzo del cumplimiento de aquello a lo que el Señor se había comprometido.

De la cueva de Macpelá arranca el arco que irá recorriendo toda la historia patriarcal, el éxodo y la entrada en la tierra, las promesas proféticas, el destierro y el retorno. Lentamente, Israel va comprendiendo que el don de la tierra desborda lo espacial, y los que siguieron a Jesús escucharon: *«El Reino de Dios está dentro de vosotros» (Lc 17,21).*

Por eso el arco culmina en la visión del Apocalipsis de *«un cielo nuevo y una tierra nueva» (Ap 21,1).*

TIEMPO DE DEJARSE ATRAER

— Acercarnos a la tumba de Sara para entender mejor la parábola del grano de mostaza:

«Se parece el reino de los cielos al grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo. Es la más pequeña de las semillas, pero, cuando crece, se convierte en el más alto de los arbustos...» (Mt 13,31-33).

— Mirar Macpelá como el primer ensayo de Dios para ir acostumbrándonos pacientemente a entrar en una lógica que corrija nuestra oculta fascinación por lo grandioso, lo fácil y lo inmediato.

— Acudir a ese lugar de cita en el Dios que nos invita a reconciliarnos con la pequeñez de todo lo que está llamado a ser grande y con unos ritmos que no son los del milagro espectacular, sino los del lento e imperceptible crecimiento.

— Dejarnos atraer por su promesa de una tierra nueva y por la esperanza que nos recuerda «esa cita que tenemos más lejos». Y escuchar, una vez más, que los caminos por los que somos conducidos para poseerla no van a coincidir posiblemente con los que nosotros elegiríamos.

— Alegrarnos de que Dios se escape de las pretensiones de nuestra prisa, de nuestra impaciencia y de nuestras obsesiones, y recordar que lo nuestro es más acoger que conquistar, más secundar a su Espíritu que adelantarnos a él.

— Acercarnos a María de Nazaret, que se tenía tan bien aprendida la lección de la cueva de Macpelá: en vez de responder al ángel: «Voy a hacer todo lo que Dios me ha dicho», dijo: «*Hágase en mi según su Palabra*». Y dejó que en sus entrañas germinara la Tierra Prometida.

TIEMPO DE COMUNICAR

— Recordar con otros «la cueva de Macpelá» que hubo en el origen de la propia Congregación; leer en clave de agradecimiento su crecimiento, su expansión y su presente. Y hacerlo como se narra la historia de la propia familia: con la comprensión y la complicidad que dan la pertenencia y el cariño.

— Confesarnos mutuamente nuestros desconciertos por la desproporción entre la «tierra prometida» que nos ponen delante nuestras Constituciones y Capítulos y «lo que da de sí» la realidad que vivimos: a veces nos parece que sólo tiene las dimensiones de una jardinera de terraza, pero siempre podemos plantar en ella unos simples geranios que den alegría y buen olor.

— Animarnos unos a otros a preferir las pequeñas realizaciones antes que los sublimes proyectos (y, por si alguno nos acusa de estar rebajando las utopías, tener preparada la contestación fulminante de que tal frase fue dicha nada menos que por Juan XXIII, de feliz memoria.

4. Un pozo en Aram Naharayim

TIEMPO DE NARRAR

En esta preciosa historia de Gn 24 (¡aconsejo vivamente leerla entera!), Abraham envía a su siervo Eliezer a buscar esposa para Isaac en la tierra de sus parientes:

«Entonces el criado agarró diez camellos de su amo y, llevándolo toda clase de regalos de su amo, se encaminó a Aram Naharayim, ciudad de Najor. Hizo arrodillarse a los camellos fuera de la ciudad junto a un pozo, al atardecer, cuando suelen salir las aguadoras. Y dijo:

“Señor Dios de mi amo Abraham, dame hoy una señal propicia y trata con bondad a mi amo Abraham. Yo estaré junto a la fuente cuando las muchachas de la ciudad salgan por agua. Diré a una de las muchachas: ‘Por favor, inclina tu cántaro para que beba’. La que me diga: ‘Bebe tú, que voy a abrear tus camellos’, ésa es la que has destinado para tu siervo Isaac. Así sabré que tratas con bondad a mi amo”».

Llega Rebeca, y «el hombre la contemplaba callado, para saber si el Señor había dado éxito o no a su misión». Cuando se entera de que es precisamente hija de Najor, el hermano de Abraham,

«...el hombre se inclinó, adorando al Señor, y dijo: “Bendito sea el Señor Dios de mi amo Abraham, que no ha olvidado su bondad y lealtad con su siervo. El Señor me ha guiado a la casa del hermano de mi amo”».

Después de alojarse en casa de Betuel, pide poder llevarse consigo a la muchacha:

«Labán y Betuel le contestaron: “Es cosa del Señor; nosotros no podemos responderte ni sí ni no. Ahí tienes a Rebeca; tómalay vete, y sea la mujer del hijo de tu amo, como el Señor ha dicho”. Cuando el criado de Abraham oyó esto, se postró en

tierra ante el Señor. Y bendijeron a Rebeca: "Tú eres nuestra hermana, sé madre de miles y miles; que tu descendencia conquistó las ciudades enemigas"».

La última escena describe bellísimamente el encuentro entre Rebeca e Isaac, que *«la metió en la tienda de Sara, su madre, la tomó por esposa, y con su amor se consoló de la muerte de su madre».*

TIEMPO DE COMPRENDER

Una lectura pausada del texto y de las expresiones más repetidas pone de relieve los hilos que se van entrecruzando para formar su trama:

— el hilo de la BENDICIÓN «DESCENDENTE» con la que Dios envuelve a Abraham (vv. 1.35), a su siervo (v. 31) y a Rebeca (v. 60); y la «ASCENDENTE», que brota del agradecimiento y sube de Eliezer al Señor (vv. 26 y 46);

— el hilo RELACIONAL, que vincula constantemente a Eliezer con Dios, mantiene a aquél en una actitud de contemplación silenciosa para descubrir el rastro de su presencia (v. 21) y le lleva a dirigirse a Él en medio de la vida con una oración de súplica (vv. 12 y 43), de bendición y adoración (vv. 26.48.52). No aparece ningún lugar oficial de culto, pero toda la escena ocurre en presencia de Dios y en referencia a Él.

—el hilo del AMOR FIEL de Dios (*hesed*) (vv. 12.14.26.48.49), de su CONDUCCIÓN Y ACOMPAÑAMIENTO (vv. 27.40.48.56), que va guiando y transformando todo el relato: se iniciaba presentando a un anciano a quien se le acaban los días, a un hijo aún sin descendencia y a un siervo que emprende una búsqueda incierta. Ninguno de ellos sabe cuál va a ser el desenlace, y de hecho se contempla la posibilidad de que el viaje para traer a una mujer, aún anó-

nima, no tenga éxito. Al final del relato, la mujer ya tiene nombre propio —Rebeca—, y su presencia, que garantiza el futuro de la promesa, significa la respuesta de Dios a la preocupación de Abraham, a la búsqueda de Eleazar y al desconsuelo de Isaac por la muerte de otra mujer: Sara.

TIEMPO DE DEJARSE ATRAER

— Junto al pozo de Aram Naharayim, tira de nosotros ese «hilo» que podríamos llamar de la «frescura de la fe» y que nos atrae en dirección a una «segunda ingenuidad» en la vida de oración. Dejarnos cautivar por ese «camino a dos» que parece recorrer Eliezer con su Dios (lo mismo que, en un icono copto del siglo VI, Cristo pone familiarmente su brazo sobre los hombros de San Menas); por la posibilidad, siempre abierta ante nosotros, de «*caminar humildemente con nuestro Dios*» (Mi 6,8), tranquilamente confiados en su presencia, atentos a los «guiños» que nos hace a través de las peripecias, encuentros y llamadas de cada día.

— Ir tejiendo con el hilo de la oración la normalidad de nuestros días: «postrarnos» y bendecirle en el metro por esa mujer cansada que ha cedido su asiento a otra mayor; en medio de un semáforo en el que un chaval con SIDA intenta vendernos un paquete de pañuelos; en la esquina donde un africano vende tabaco de la mañana a la noche; o en plena comunidad (esto ya es «para nota»), al descubrir novedad en un rostro que ya creíamos sabernos de memoria...

— Dejarnos atraer por ese Dios que está deseando hacerse el contradizo con nosotros en medio de nuestras ciudades tan seculares, de nuestros días tan monótonos, de nuestras relaciones tan amenazadas de trivialidad. Y recordar que hay un pozo esperándonos detrás de cada esquina.

con tal de que vayamos aprendiendo, como Eliezer, a «contemplar en silencio»...

TIEMPO DE COMUNICAR

— Contarnos por dónde andamos en la oración y si, aparte de la «oficial», se nos va haciendo connatural esa referencia constante a Jesús que no puede ser siempre explícita, pero que mantiene pendiente de él eso que los místicos llaman «la fina punta del alma», el fondo del corazón. Porque entonces, y sin demasiado esfuerzo, los «bosques y espesuras» (y las calles, y los pasillos del colegio o del hospital, o el locutorio de la cárcel, o la barra del bar donde nos tomamos un café con una vecina que necesita hablar...) nos irán apareciendo «plantados por la mano del Amado» y se pondrán a gritarnos que está pasando por ahí...

(Y al que se ponga «borde» y diga que eso son consideraciones espiritualistas, que la autoridad competente le mande, por santa obediencia, escuchar cinco veces seguidas el «Cántico espiritual» de Amancio Prada, o aprenderse de memoria el «Telescopio en la noche oscura» de Ernesto Cardenal y recitarlo en la reunión comunitaria...).

5. Una tumba en Efratá

TIEMPO DE NARRAR

«Después se marchó de Betel. Y cuando faltaba un buen trecho para llegar a Efratá, le llegó a Raquel el trance de parir, y el parto venía difícil. Como sentía la dificultad del parto, le dijo la comadrona: "No te asustes, que tienes un niño". Estando a la muerte, para expirar, lo llamó "Ben Oní" (Hijo Siniestro): su padre lo llamó "Ben Yamín" (Hijo Diestro). Murió Raquel,

y la enterraron en el camino de Efratá (hoy Belén). Jacob erigió una estela sobre su sepulcro. Es la estela del sepulcro de Raquel, que dura hasta hoy» (Gn 35, 16-20).

TIEMPO DE COMPRENDER

El relato nos pone en presencia del misterio de la muerte y la vida íntimamente entrelazadas. Para Raquel, la privación de hijos suponía la muerte («*dame hijos o me muero...*»: Gn 30,1), pero ahora es un hijo el que va a ser la causa de su muerte.

Hay un misterio de muerte/vida que acompaña en la Biblia al de la esterilidad/fecundidad²: la gran madre del pueblo muere precisamente a causa del don de la vida recibido de Dios y que, a su vez, ella ha dado al hijo que nace. Ella, en cuyo vientre muerto había florecido la vida, muere a causa de esta misma fecundidad. Pero el centro de la narración está en el hijo que vive atravesando la muerte de la madre y yendo más allá de ella.

Cuando nace un niño, la madre pasa por una especie de muerte: es la dimensión necesaria de renuncia a un estado para poder acceder a otro, a una alegría mayor. El niño que nace entra en una condición de vida que es ahora autónoma, y el «perderlo» de la madre permite al niño tener una vida propia. Sólo separándose será posible la alteridad que hace posible la vida relacional.

En Raquel, la muerte simbólica del parto se convierte en real. La vida del hijo acarrea su propia muerte, y por eso le pone el nombre de *Ben Oní* (hijo de mi dolor, de mi desgracia, de mi luto). La intervención de Jacob para sacar al niño de la suerte funesta, cambiando su nombre por el de

2. Esta reflexión está inspirada en B. COSTACURTA, *La vita minacciata. Il tema della paura nella Bibbia Ebraica*, Roma 1988, 203ss.

Ben Yamín (hijo de la derecha, de la fuerza, de la buena ventura), expropia radicalmente a Raquel hasta de su recuerdo. Su memoria queda aparentemente anulada en el nombre de su hijo; pero el recuerdo de Raquel se mantiene como un referencia viva para Israel: por delante de su tumba, dice un midrás, pasarán sus hijos a la vuelta del destierro, y ella los consolará.

Para la tradición judía, Raquel se convierte en el símbolo de la compasión: es alguien que no puede encontrar descanso, ni siquiera el eterno, mientras sufran sus hijos. Y esta Raquel inconsolable, pero que es fuente de consuelo para los que pasan junto a ella, se convierte en una figura mesiánica: «Menahem» (Consolador) es uno de los nombres del Mesías.

TIEMPO DE DEJARSE ATRAER...

— ...por el Dios que se revela, misteriosamente, como Dios de vida, más abajo de donde nuestra mirada superficial percibe sólo los triunfos de la muerte.

— Por el Dios que quiere darnos el nombre y la vocación de Raquel: la de la compasión solidaria que nos va haciendo cada vez más «inconsolables» y más rebeldes ante la des-gracia de toda esa gente que parece vivir en un lugar remoto del espacio social, en el «callejón de los pasos perdidos».

— Acudir a la encrucijada de Efratá, donde nos espera Raquel para enseñarnos a mirar y a acoger a los que deambulan por ahí, excluidos del mundo, la riqueza, la información y la vida. Situarnos ahí, abrir los ojos, dejar que se nos conmuevan las entrañas y que nuestros pies salgan a su encuentro.

— Escuchar de Jesús aquello de que *«cuando una mujer va a dar a luz, está triste, porque le llega su hora.*

Pero cuando ha dado luz a la criatura, no se acuerda de la angustia, por la alegría de que un hombre le haya nacido al mundo» (Jn 16,21). Encargar a Raquel que nos recuerde que nada que valga la pena ocurre sin dolor de parto, sin alguna forma de des-vivirse y de dejar paso a la vida de otros, pero que es ahí donde está nuestra suerte y nuestra «buena ventura».

TIEMPO DE COMUNICAR

— Decirnos cómo nos vemos unos a otros en cuanto a ir por la vida de «Benonitas» o de «Benjaminitas», es decir, si vamos de agraviados, minusvalorados y quejumbrosos o de «optimistas agresivos», convencidos de ser —modestamente, y aunque nos esté mal el decirlo— sujetos inmejorables.

— Sacar aquel documento capitular en el que declaráramos paladinamente hacer una OPCIÓN PREFERENCIAL POR LOS POBRES y tratar de pasar tan magnífica decisión a «escritura corriente», calderilla y cómodos plazos, que conviertan el «ideario» en «realizario».

Ir paseándola por nuestro «cuerpo comunitario»: por nuestros ojos (qué leemos; a qué fuentes de información acudimos; en qué tipo de personas nos fijamos; qué programas de TV preferimos...); por nuestros oídos (qué voces, opiniones y juicios tienen más influencia en nosotros; de qué medio social proceden; desde qué experiencia hablan...); nuestros pies (qué lugares frecuentan; a quiénes visitan; dónde se detienen; de dónde escapan...); nuestras manos (para quiénes trabajan; a quiénes sirven; con qué situaciones contactan...); nuestro corazón (hacia quiénes se inclina; por quiénes se conmueve; por qué causas se apasiona...).

Y al acabar el recorrido, en vez de quedarnos hechos polvo de culpabilidades negras y peludas, buscar juntos en nuestro mapa vital cómo podemos salir fuera de los muros que nos protegen, y ponernos en algún cruce de caminos, tipo Efratá, desde donde nos alcancen esas gentes a quienes la marginación hace imprecisas, socialmente mudas e inapreciables. Decidírnos a «erigir allí una estela», es decir, a reconocer a perpetuidad que ese lugar es privilegiado para entrar en comunión con el Compasivo y «tener parte con él» (cf. Jn 13,8).

6. Una danza junto al Mar de las Cañas

TIEMPO DE NARRAR

«Cuando el caballo de Faraón y su carro y sus jinetes entraron por el mar, el Señor volcó sobre ellos las aguas del mar; en cambio, los israelitas atravesaron el mar a pie enjuto. María, la profetisa, hermana de Aarón, tomó su pandero en la mano, y todas las mujeres salieron detrás de ellas con panderos a danzar. María entonaba: “Cantad al Señor, sublime es su victoria; caballos y carros ha arrojado en el mar”» (Ex 15,19-21).

TIEMPO DE COMPRENDER

El estribillo con el que concluye el texto es uno de los textos más antiguos de la Biblia, y para situarlo mejor necesitamos acercarnos a su contexto. El cap. 14 nos sitúa a orillas del Mar de las Cañas, aún en territorio de Egipto, en el momento en que el pueblo clama aterrorizado a Moisés porque detrás de ellos avanza el ejército egipcio y ante ellos está la barrera infranqueable del mar. La respuesta de Moisés es:

«No tengáis miedo; estad firmes y veréis la victoria que el Señor os va a conceder hoy; esos egipcios que estáis viendo hoy, no los volveréis a ver jamás. El Señor peleará por vosotros; vosotros pelead en silencio» (Ex 14,13-14).

Se narra a continuación el paso del mar y la escena concluye así:

«Aquel día libró el Señor a los israelitas de los egipcios, y los israelitas vieron los cadáveres de los egipcios a la orilla del mar. Los israelitas vieron la mano de Dios magnífica y lo que hizo a los egipcios, temieron al Señor y se fiaron del Señor y de Moisés, su siervo. Entonces Moisés y los israelitas cantaron este canto al Señor: “Cantad al Señor, sublime es su victoria; caballos y carros ha arrojado en el mar”» (Ex 14,30-31; 15,1).

Hay toda una teología de la fe y de la oración en este texto:

— En los vv. 13-14 se subraya la importancia de VER lo que Dios va a hacer en la historia (el verbo «ver» se repite tres veces). Hay una tensión entre lo que ven en el presente y lo que verán en un futuro; sólo la palabra de Dios lo garantiza: por eso hay que creer en Él y mantenerse en una actitud de tranquila confianza (es el mismo verbo que designaba en Gn 24 el contemplar silencioso de Eliezer).

— En los vv. 30-31, Israel puede VER en el presente lo que había sido antes objeto de promesa, y ese VER lo que Dios ha hecho por ellos en su historia les lleva a fiarse de Él (la raíz hebrea 'MN significa aquí apoyarse, creer, estar seguro...) y a TEMERLE (no en el sentido de miedo del v. 13, sino en el de una relación de adoración sobrecogida ante el Dios que ha hecho maravillas por ellos).

— En 15,1, la experiencia vivida se convierte en una alabanza en forma de CANCIÓN a la que, en los vv. 20-21, se incorporan el sonido de tambores y la DANZA (es decir, el cuerpo entero, no sólo la voz) de María y las demás mujeres.

— Un midrás tardío nos ayuda a encajar mejor los aspectos guerreros del texto y el triunfo sobre los egipcios, y a darnos cuenta de cómo fue cambiando la imagen de Dios a lo largo de los siglos:

«Mientras todo Israel, junto con Moisés y María, cantaba y danzaba a la orilla del Mar de las Cañas, el Santo, bendito sea, no se unía a los cantos. Cuando le preguntaron sus ángeles por qué no se unía a la alegría de su pueblo les dijo: “¿Cómo queréis que cante y haga fiesta, si se me han hundido en el mar más de seiscientos egipcios y sus mejores capitanes, junto con sus caballos y carros...”»

TIEMPO DE DEJARSE ATRAER

Antes de que Jesús enseñara a orar diciendo: *«Padre, santificado sea tu nombre...»*, en la orilla del Mar de las Cañas María, la hermana de Moisés, había empezado a ensayarle con su canción y con su danza. De ellas nace una espiral de alabanza que llega hasta nosotros y nos arrastra hacia la tierra libre de la gratuidad.

— Dejarnos atraer por la libertad que da escapar del charco fangoso de nuestros propios intereses, pequeños cálculos y preocupaciones, y pisar la tierra firme en la que Dios continúa salvando, liberando y haciendo maravillas. Aprender de esta María, que se adelanta también al Magnificat de la otra María y que, como ella, reconoce, nombra y celebra las cosas grandes que ha hecho el Señor.

— Releer junto a Jesús Lc 10,17-22: cuando regresan junto a él los discípulos, como israelitas liberados de las aguas procelosas de su primera aventura apostólica, entra en la danza de la bendición y se pone a decirle cosas preciosas al Padre por ser como es, por preferir a la gente que es poca cosa y por apagarles los humos con agua del Jordán a los que van «en plan Ben Hur» por la vida, mon-

tados en los carros de su suficiencia y de los títulos que les dieron en la Universidad de Oxford.

— Alegrarnos francamente de no valer gran cosa, de ser frágiles y de equivocarnos bastante, pero de haber aprendido a acompañar, a golpes de tambor, aquello de que «la alegría que yo os doy no os la puede quitar nadie» (que en versión castiza sería aquello de «¡que nos quiten lo bailao...!»).

TIEMPO DE COMUNICAR

— Lanzarnos intrépidamente a la pastoral vocacional y buscar en la comunidad posibles vocacionados para formar un grupo de «coros y danzas». Estará compuesto por los que sean más propensos a recordar las cosas que marchan bien que a murmurar sobre lo floja que anda la calefacción; más empeñados en agradecer a quien ha guisado lo estupendas que le salen las lentejas que a refunfuñar porque les sientan mal los fritos; más predispuestos a sacarle partido al trabajo que ha pedido el consejo provincial que a decir que «¡valiente chorrada...!» y que no piensan perder ni un minuto en hacerlo.

— Discurrir juntos cómo echarle un poco más de creatividad a la oración comunitaria, a ver si entre todos conseguimos que tenga más de canción de alabanza y menos de un galopar sin resuello por himnos, antifonas, salmos, responsorios y lo que se tercie, que para eso están en el libro y nos ha costado carísimo...

— Sin arrugar la autoestima de nadie —¡faltaría más...!—, preguntarnos si damos la imagen de «comprometidos agresivos», de «hombrecitos (o mujercitas) grises», como aquellos del cuento de «Momo», agobiados de responsabilidades, tareas inaplazables y prisa congénita; o si somos gente esponjada y contenta, que de vez en cuan-

do se desacelera, pierde el tiempo, hace un «puzzle», prepara un postre exótico o pregunta a quién le apetece darse una vuelta por el parque, que está precioso este otoño...

7. Pan de Dios en el desierto de Sin

TIEMPO DE NARRAR

«La comunidad de los israelitas protestó contra Moisés y Aarón en el desierto, diciendo: “¡Ojalá hubiéramos muerto a manos del Señor en Egipto, cuando nos sentábamos junto a la olla de carne y comíamos pan hasta hartarnos! ¡Nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta comunidad!”

El Señor dijo a Moisés: “Yo os haré llover pan del cielo: que el pueblo salga a recoger la ración de cada día; lo pondré a prueba, a ver si guarda mi ley o no”. (...) Moisés y Aarón dijeron a los israelitas: “Esta tarde sabréis que es el Señor quien os ha sacado de Egipto, y mañana veréis la gloria del Señor” (...)

Por la tarde, una bandada de codornices cubrió todo el campamento; por la mañana había una capa de rocío alrededor del campamento. Cuando se evaporó la capa de rocío, apareció en la superficie del desierto un polvo fino parecido a la escarcha. Al verlo, los israelitas preguntaron: “¿Qué es esto?” Pues no sabían lo que era. Moisés les dijo: “Es el pan que el Señor os da para comer. Éstas son las órdenes del Señor: que cada uno recoja lo que pueda comer, dos litros por cabeza para todas las personas que vivan en cada tienda”. Así lo hicieron los israelitas: unos recogieron más, otros menos. Y al medirlo en el celemín, no sobraba al que había recogido más, ni faltaba al que había recogido menos: había recogido cada uno lo que podía comer.

Moisés les dijo: “Que nadie guarde para mañana”. Pero no le hicieron caso, sino que algunos guardaron para el día siguiente, y salieron gusanos que lo pudrieron. Y Moisés se

enfadó con ellos. Lo recogían cada mañana, cada uno lo que iba a comer, porque el calor del sol lo derretía. El día sexto recogían el doble, cuatro litros cada uno. Los jefes de la comunidad informaron a Moisés, y él les contestó: “Es lo que había dicho el Señor: mañana es sábado, descanso dedicado al Señor; coced lo que tengáis que cocer y guisad lo que tengáis que guisar, y lo que sobre, apartadlo y guardadlo para mañana”. Ellos lo apartaron para el día siguiente, como había mandado Moisés, y no le salieron gusanos ni se pudrió (...)

Los israelitas llamaron a aquella sustancia “maná”: era blanca, como semillas de cilantro, y sabía a galletas de miel.

Dijo Moisés: “Éstas son las órdenes del Señor: Conserva dos litros de ello para que las generaciones futuras puedan ver el pan que os di a comer en el desierto cuando os saqué de Egipto”» (Ex 16).

TIEMPO DE COMPRENDER

«El Eterno hizo con los hebreos en el desierto —dice un midrás— lo mismo que Abraham había hecho en Mambré: Abraham había ofrecido pan a los ángeles; Dios abrió para los hebreos las esclusas del maná. Abraham había ofrecido a los ángeles la sombra de sus árboles; Dios extendió sobre los hebreos la sombra de su gloria».

El relato del maná es un lugar de revelación («esta tarde CONOCERÉIS y mañana VERÉIS...») en el que podemos aprender de Dios y de nosotros mismos más que en todo un curso de teología o de psicología:

Qué nos dice sobre nosotros:

— Nos revela nuestra carencia e insuficiencia radicales: la vida, significada en el alimento, no procede de nosotros, sino que la recibimos de Otro.

— El miedo al desvalimiento provoca en nosotros esa ansiedad compulsiva de protegernos, poseer, retener y acu-

mular que está en la raíz de nuestro pecado. Es un miedo que nos lleva a refugiarnos en lo ya conocido, en «las ollas de carne de Egipto», para no enfrentarnos con las inseguridades de la libertad.

— Y, sin embargo, esa pobreza y ese desvalimiento contra los que nos rebelamos atraen la mirada de Dios y su ternura, y por eso son, paradójicamente, nuestra mayor riqueza.

— La fe consiste en la aceptación confiada de nuestros propios límites, sabiéndonos amados y colmados sin merecerlo. La increencia, en cambio, nos hace pensar de Dios que es «el que hace morir en Egipto».

Qué nos dice sobre Dios:

— Es Aquel que se da a conocer, no como «el que hace morir en Egipto», sino como el que está siempre a favor de la vida de su pueblo, sacándolo de la esclavitud, cuidándolo y alimentándolo en el desierto, como una madre a sus hijos.

— Da a conocer su gloria precisamente en ese gesto de posibilitar y conceder la vida; es el mismo signo que dará Jesús en la multiplicación de los panes y en el don de la Eucaristía.

— Las rebeldías, desobediencias y murmuraciones de su pueblo no le alejan de él; ni siquiera lo censura, pues Él conoce «de qué barro estamos hechos» y está convencido de que nadie cambia cuando recibe reproches, sino cuando se siente amado gratuitamente. Por eso los israelitas van a comer, precisamente con su boca murmuradora, el don del maná. Y por eso emplea Él una paciente pedagogía de misericordia, enseñándoles experiencialmente la sabiduría de «recoger sólo lo necesario», porque todo lo que se retiene se pudre; les saca de los egipcios de sus obsesiones y les conduce hacia el gozo del Sábado, hacia esa dimensión de la vida humana que no se sacia con el alimento corporal.

— Les revela el secreto de caminar tranquilos por los desiertos que aún les esperan: el «memorial» de lo que hizo por ellos en el pasado, alimentándolos en tiempo de hambre, es lo que hace posible caminar libres y sin acumular posesiones. «No os agobiéis por el mañana», dirá Jesús: «Fiaos del Dios que cuidó y alimentó a vuestros padres en el desierto; seguid contando con el que cuida vuestra vida como la niña de sus ojos, con el que sacia de bienes vuestra existencia...»

TIEMPO DE DEJARSE ATRAER...

— ...por el Dios ante quien podemos confesar nuestras debilidades, nuestras hambres y nuestros temores ante cualquier carencia. Disfrutar de la seguridad de que nada de eso nos aleja de Él. Tener la audacia de abrir toda nuestra boca para que Él la llene.

— Llenarnos de confianza en el Dios que abrió los ojos de Agar para descubrir el pozo; que envió a su ángel con pan y agua para dar fuerza a Elías y hacerle llegar a tiempo a su cita en el Horeb; que asistió contento al crecimiento de la semilla de cilantro en el desierto de Sin, porque pensaba en el hambre de su pueblo. Darle la alegría de fiarnos de que también estará presente en nuestros cansancios, fatigas y desfallecimientos.

— Dejarnos atraer por su Sábado, celebrar que la vida no sea sólo afanarnos por recoger maná día tras día y acoger ese otro pan que son su Palabra y su presencia. Agradecerle que nos haya dado, en Jesús, el alimento y la alegría que nos hacen vivir.

— Bendecirle y darle gloria de la manera que Él ha elegido: trabajando para que el pan y el Evangelio puedan ser el alimento del mundo. Hacer «en memoria suya» lo mismo que Él hizo en el desierto, lo mismo que hizo Jesús.

TIEMPO DE COMUNICAR

— Contarnos las mil variantes de maná que alimentan nuestra vida. Ponernos como proyecto comunitario el ayudarnos a VER y RECONOCER como «alimento que Dios nos da» lo que a primera vista es cilantro puro y duro. Porque todos pasamos temporadas muy miopes, en las que no somos capaces más que de poner nombres ramplones y unidimensionales a lo que nos va pasando. Y necesitamos que otros, más espabilados y con más sentido espiritual en ese momento, se atrevan a decirnos: «Pues para mí que, además de cilantro, es maná...»

— Ensayar una nueva rúbrica litúrgica dejando una breve pausa cada vez que decimos: «Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo...», para recordar internamente, con San Ireneo, que «la gloria de Dios es que el ser humano viva» (y pueda comer...). «Reflexionar para sacar algún provecho» sobre esta manera peculiar de recibir gloria que tiene Dios, con lo cómodo que nos resultaría a nosotros procurársela a golpes de incensario...

— Confesarnos, aunque nos pongamos un poco colorados, qué bolsas, mochilas, maletas o baúles llenos de maná vamos arrastrando por la vida, creyéndonos, tontos de nosotros, que así vamos seguros (y los gusanos dentro, partiéndose de risa...).

— Sacar del congelador ese pan del que todos estamos hambrientos y que recibimos unos de otros: darnos mutuamente el permiso para existir tal como somos; experimentar en la convivencia diaria que lo primero que interesa de nuestra persona no es lo que hacemos, ni si lo hacemos bien o regular, sino cuál es nuestra historia: qué sentimos, qué vamos buscando, qué nos hace vivir internamente...

TIEMPO DE CONCLUIR

El mapa de nuestra vida está lleno de puntos de encuentro, de lugares de atracción como el que nos describe el libro del Éxodo:

«Moisés levantó la tienda de Dios y la plantó fuera, a distancia del campamento, y la llamó "Tienda del encuentro", (...) Cuando Moisés entraba en la tienda, la columna de nube bajaba y se quedaba a la entrada de la tienda, mientras el Señor hablaba con Moisés. (...) El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con un amigo» (Ex 33,7-11).

«Plantar la tienda» sigue siendo cosa nuestra, como lo es también acoger agradecidos esa Presencia que baja hacia nosotros.

Es verdad que viene envuelta en la nube que nos impide dominar su misterio o intentar apropiárnoslo; pero también es verdad que podemos adentrarnos en ella confiadamente: el Dios al que esperamos y que siempre nos precede sigue atrayéndonos a un encuentro con Él cara a cara, como se encuentran los amigos.

Responder a esa atracción suya, dejarnos incendiar por su fuego, es toda la tarea y la canción de nuestra vida.

10

«Lámpara para nuestros pasos»
(Sal 119,105)

Caminos para la vida religiosa hoy

Como la de Abraham, como la de los profetas, como la de cualquiera de aquellos que un día, allá en Galilea, se pusieron en marcha para seguir a Jesús, la historia de la vida religiosa (VR) está marcada desde su origen por los *desplazamientos*: Antonio, el gran padre de los monjes, salió de una sociedad que había comenzado a ser cristiana, al menos de nombre, y se adentró en el desierto buscando un modo de vida extremo que recordara a la Iglesia la preferencia absoluta por Cristo.

En la Edad Media, la VR, que había emprendido su peregrinación por toda Europa, se había integrado en el tejido social de la Iglesia, y la vida de los monasterios lindaba con las fronteras de la cristiandad.

Domingo y Francisco inventaron nuevas formas, provocaron nuevos desplazamientos e hicieron posible que la VR se adaptara a las necesidades apostólicas de una sociedad en cambio. Nació una vida conventual que salía al encuentro de los hermanos a través de la predicación y de la vida mendicante.

La propuesta de Ignacio de Loyola fue radicalmente diferente, tanto respecto del monaquismo como de la vida conventual: la misión pasaba a ser el lugar de ascesis, la ocasión de oración y de práctica comunitaria. La itinerancia se convertía en la situación habitual.

La intuición de estos tres grandes fundadores no pudo ser realizada en plenitud: ni la sociedad ni la Iglesia tenían suficiente flexibilidad ni capacidad institucional para proporcionarles las estructuras necesarias. La itinerancia quedó limitada, y las nuevas Órdenes se vieron obligadas a hacerse cargo de los servicios y urgencias a los que la sociedad no podía atender.

A partir del siglo XVI y hasta nuestros días, la mayor parte de las Congregaciones de vida apostólica se comprometieron en una red de instituciones, principalmente educativas y hospitalarias, que, a la vez que aseguraban un verdadero servicio humano, permitían a la VR apostólica tener una inserción social, un punto de apoyo tanto para la formación de sus miembros como para su trabajo con vistas al Reino.

La VR adoptó un rostro nuevo: frente a los monasterios y los conventos de las Órdenes mendicantes, se presentaba como una institución de servicio social. Pero, paradójicamente, las nuevas casas llamadas de «vida activa» tenían toda la apariencia de monasterios en los que el cuidado de los enfermos o la enseñanza ocupaban el lugar del oficio coral. Esta situación correspondía a las necesidades y posibilidades de la época y era una manera auténtica, aunque limitada, de poner por obra la intuición fundadora.

Este tipo de vida extendió su presencia de una manera espectacular, especialmente en la Europa del siglo XIX. El servicio que prestaba era inmenso, pero la contrapartida era que la VR era percibida como un medio para prestar un mejor servicio y tenía tendencia a identificarse con lo que hacía.

El siglo XX trae otros acentos y otros desplazamientos: surgen los institutos seculares, aparecen nuevas formas de ministerios para los que desean servir en la Iglesia, los jóvenes encuentran otras posibilidades abiertas, y las vocaciones religiosas comienzan a ser menos, al añadirse a

estos factores la disminución demográfica y la reducción del número de cristianos activos.

Otro fenómeno ha venido a acentuar la tensión: la sociedad civil se va haciendo cada vez más suficiente a la hora de atender los servicios sociales, y muchos religiosos/as pasan por la dolorosa impresión de que se necesita menos su presencia para tareas que habían considerado esenciales dentro de su vocación. A la crisis de reclutamiento se suma la crisis de identidad...¹

Una vez más, la VR se encuentra en trance de cambio y de emprender o continuar su vocación de peregrino que escudriña los signos de los tiempos para saber hacia dónde tiene que ir, para salir como Abraham de tierras que le son conocidas y caminar obedientemente allí donde su Señor le señale.

Este rasgo del DESPLAZAMIENTO, que no es necesariamente geográfico pero que tiene mucho de simbólico, es una invitación a buscar en la Biblia personajes en trance de itinerancia, gente en movimiento de acá para allá, cambiando de lugar y en relación con adverbios de movimiento.

Es verdad que los tiempos cambian y no se repiten de nuevo, pero los modos de afrontarlos pueden tener rasgos muy comunes, y por eso los personajes bíblicos son hoy palabra «antigua» de Dios para nosotros que se convierte en fuente constante de inspiración y sabiduría.

He intentado focalizar cuatro DESPLAZAMIENTOS-TIPO realizados por cuatro personajes del Antiguo Testamento:

- Jonás: ir más allá.
- Rut: estar más cerca.
- Elías: descender más abajo.
- Jacob: entrar más adentro.

1. Cf. A. DEMOUSTIER. «La vie religieuse: une parabole de son histoire»: *Christus* 138 (1988) 135-148.

Y en cada uno de ellos trato de descubrir dos elementos que están presentes en el dinamismo de cada desplazamiento: el elemento RUPTURA y el elemento VINCULACIÓN.

Jonás: ir más allá

El libro de Jonás se abre con un mandato de desplazamiento dirigido por Dios a su profeta:

«*“Levántate y vete a Nínive, la gran ciudad, y proclama en ella que su maldad ha llegado hasta mí”. Se levantó Jonás para huir a Tarsis, lejos del Señor; bajó a Jaffa y encontró un barco que zarpaba para Tarsis, pagó el precio y embarcó para navegar con ellos a Tarsis, lejos del Señor*» (Jon 1,1-3).

Jonás vivía tranquilo y ordenado y tenía, como el hijo mayor de la parábola de Jesús, las ideas muy claras sobre los que son buenos y los que son malos, los que tienen derecho a la alianza y a la bendición del Señor y los que no. Y sobre los sitios en los que hay que ejercer el ministerio profético y aquellos a los que no hay ni que asomarse, porque no se lo merecen, o porque no son rentables, o porque allí no se le ha perdido nada a un israelita como Dios manda...

Jonás también tenía, gracias a Dios, muy claras las ideas y muy aprendidos los dogmas y muy bien formadas las imágenes sobre Dios. Y sabía estupendamente en qué consistía su voluntad, y cuáles eran sus designios inmutables, y cómo tenía que ser el contenido doctrinal de una buena predicación.

En definitiva, Jonás estaba preparadísimo para ser un buen profeta, un profeta voluntario y cumplidor, y estaba decidido a continuar la tradición profética más segura, más acreditada y más en la línea de lo que siempre se había hecho.

Y de pronto, Dios irrumpió en su vida como un vendaval y le desbarató las fronteras y los límites: «*Levántate, vete a Nínive, la gran ciudad, y proclama lo que yo te diga*». Era una invitación a asomarse al borde de ese abismo que es el apasionamiento de Dios por su mundo, su deseo de acogerlo y hacerle llegar su misericordia entrañable.

Nínive, «la gran ciudad», era símbolo de todos los alejados, de todos los separados. Jonás sintió que se le confiaba la misión de llamarlos a la conversión, de recordar a toda aquella gente, tan perdida, que las puertas del gran hogar paterno estaban abiertas de par en par, que a Dios le corría prisa que volvieran, porque su perdón estaba impaciente, y el pan de su ternura les estaba esperando.

Jonás se asomó a aquel abismo y le entró vértigo. Salió huyendo. Dios le mandaba a Nínive, y él se embarcó rumbo a Tarsis: exactamente en dirección contraria.

Pero en su huida todo se vuelven obstáculos: hay una tempestad, los marineros le echan la culpa y le tiran por la borda, un pez se lo traga... Y es que a Jonás, que se sabía de memoria todo la suma teológica, se le había olvidado lo insistente que puede ser Dios. Y es que allí donde a nosotros se nos acaba, le empieza a Él la paciencia; y cuando a nosotros nos invade el escándalo ante la dureza del corazón del profeta rebelde, la voz de Dios resuena tranquila, nacida de unas entrañas que, a pesar de todo, siguen esperando.

«Por segunda vez fue dirigida la palabra del Señor a Jonás en estos términos: "Vete a Nínive, la gran ciudad, y proclama lo que yo te diga"» (4.1).

Como si no hubiera pasado nada, como si fuera la primera vez... Y Jonás se fue a Nínive y predicó allí. Y cuando Nínive se convirtió, Jonás se disgustó mucho y se quejó a Dios, cosa que a nosotros, tan deseosos de éxitos apostólicos, nos parece extrañísimo:

«¿Ay Señor! ¿No es esto lo que yo decía cuando estaba todavía en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis. Porque BIEN SABÍA YO que tú eres un Dios entrañable y misericordioso, tardo a la cólera y rico en amor; que se arrepiente del mal...»

Esas palabras son el nudo que revela todo el secreto del relato y cuál fue la RUPTURA que se le pidió a Jonás: tenía que dejar atrás todas sus ideas sobre Dios y VINCULARSE a alguien que le llevaba más allá de sus fronteras y le dejaba en una intemperie amenazadora y vacía de seguridades.

A eso se resistía Jonás, porque no era a Nínive a quien temía, sino a Dios; y no era su cólera lo que le atemorizaba, sino su amor incontrolable y desmesurado.

Pobre Jonás..., o dichoso Jonás, a quien Dios quiso elegir como compañero de juego y le fue ganando, una a una, todas las partidas hasta darle un jaque mate en el que, misteriosamente, fue el vencido quien salió ganando.

DE TARSIS A NÍNIVE

Seguramente no nos resulta difícil identificarnos con Jonás en mucho de lo que hemos vivido en la vida religiosa a partir del Concilio. También a nosotros nos crujieron entonces muchas de nuestras viejas ideas sobre Dios, sobre la manera de servirle y sobre los lugares en los que hacernos presentes. Se nos tambalearon las seguridades, y el sistema de creencias, que creíamos inamovible, se reveló incapaz de sostenernos. Se nos pidió una RUPTURA difícil, realizamos un enorme esfuerzo, supimos de crisis y de sacudidas, y mucha gente se nos quedó por el camino. Y a lo mejor, después de la tormenta, creímos que al fin estábamos seguros en el vientre de la ballena, y pensamos: «Gracias a Dios, ya ha pasado el alboroto de la renovación, ya hemos alcanzado la estabilidad, ya nos han aprobado las nuevas Constituciones y ya casi no nos calificamos unos a otros de "tradicionales" o de "progresistas"».

Pero de pronto puede sorprendernos la evidencia de que aquello no había sido más que una etapa, y que ahora la ballena nos ha vomitado en la Nínive de un mundo técnico y secularizado en el que Dios parece estar ausente y al que las palabras que nosotros pronunciamos le son prácticamente indescifrables, y los valores que tratamos de anunciar le resultan arcaicos e irrelevantes.

Nuestros hábitos culturales se sienten amenazados, no ejercemos como antes el liderazgo moral, tenemos ante nosotros problemas para los que desconocemos la respuesta, nos resistimos a ser tragados por la «invisibilidad social»...

Por eso nos acomete la tentación de huir a una «Tarsis» que puede tener muchos nombres y llamarse «refugio en nuevas sacralizaciones», «restauracionismo», «individualismo», «fuga hacia el espiritualismo», «encerramiento en pequeños mundos», «dependencia», «instalación», «repetición de esquemas ya fijados», «dogmatismo», «nostalgia», «pesimismo», «vuelta a las normas»...

Pero, lo mismo que Jonás, podemos escuchar una llamada persistente que vuelve a invitarnos a correr la aventura de Nínive, a aceptar el riesgo de una VINCULACIÓN nueva a un Dios desconcertante que nos empuja a ir más allá de lo conocido, que está queriendo desplazarnos más allá, hacia los desiertos, las periferias y las fronteras, allí donde está su humanidad más herida y donde sus hijos, por debajo de la apariencia de la intrascendencia y del *divertimento*, viven la brecha abierta de la pregunta por el sentido y el silencio vacío que espera una Palabra.

Son ninivitas bastante reacios a convertirse en objeto de nuestro apostolado y que no parecen necesitar mucho de nuestras instituciones, nuestras enseñanzas, nuestra predicación o nuestras respuestas; pero con ellos podemos hablar el lenguaje del servicio, de la presencia, del diálogo,

del testimonio, del anuncio gratuito, de la disponibilidad a hacer camino con ellos y aguantar juntos la incertidumbre y la dureza de la vida.

Quizá nos estamos resistiendo a todo eso que nos aleja de un territorio que nos era familiar, pero muchas de las insatisfacciones que sentimos y de los problemas de los que nos quejamos pueden ser como la tormenta, la ballena, el gusano que secó el ricino de Jonás o el viento solano que le abrasó la cabeza. Y, lo mismo que para él, pueden tener la función pedagógica de forzarnos a dar la vuelta de nuestras Tarsis, decidimos a entablar diálogo con Nínive y, sobre todo, perderle el miedo a ese Dios que asedia nuestra vida a través de los extraños caminos de su gracia.

2. Rut: estar más cerca

El destino de esta preciosa figura femenina, protagonista de una de las narraciones didácticas más bellas del Antiguo Testamento, está también atravesado por el símbolo del desplazamiento: cuando Noemí, su suegra, después de perder a su marido y a sus dos hijos en tierras de Moab, decide volver a Belén, su pueblo de origen, Rut, en contra de toda lógica y de toda previsión, toma una decisión arriesgada e insensata: quedarse cerca de su suegra, acompañarla en su futuro incierto, adherirse a ella para lo bueno y para lo malo, permanecer a su lado en cualquier circunstancia.

«No insistas en que te abandone y me separe de ti, porque donde tú vayas, yo iré; donde habites, habitaré. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios. Donde tú mueras, moriré, y allí seré enterrada. Sólo la muerte nos separará»
(Rut 1,16-18).

El relato comienza introduciendo motivos de muerte: hambre, miseria, emigración forzada, muerte, esterilidad,

carencia de tierra... El final es esplendoroso: la bendición del Señor se hace presente, otorgando fecundidad, abundancia y alegría a un matrimonio feliz. Una extranjera se injerta en el tronco de Israel, y de su descendencia nacerá David. Su nombre ha atravesado las barreras del tiempo y ha conseguido aparecer en la genealogía de Jesús según Mateo.

La presencia de Dios en la narración es discreta y silenciosa: no sucede nada milagroso ni extraordinario ni llamativo. El escenario es el de los trabajadores del campo, el ritmo de las estaciones, la sencilla cotidianidad.

YHWH aparece como un Dios cercano que actúa en la esfera humana a modo de una corriente subterránea que la fecunda. No aparece en la superficie, pero está presente y activo a niveles profundos. Se trata de una presencia no reservada al ámbito de lo sacro, sino que irriga toda la existencia humana silenciosamente, infundiendo valor, impulsando hacia la lealtad y la generosidad. Es una presencia que camina con los hombres y mujeres en la cotidianidad.

POR LOS CAMINOS DE LA COTIDIANEIDAD

Éste es un desafío que hoy está llamando a las puertas de la VR: cómo pensar la vida cotidiana como lugar de la presencia del Señor, como lugar y espacio para vivir radicalmente el Evangelio³. Pero hay unos cuantos factores que amenazan ese entronque y con los que tendríamos que establecer una RUPTURA para acceder a esa VINCULACIÓN a la vida cotidiana como lugar normal de insertar la vida religiosa.

2. Parte de esta reflexión está inspirada en las notas de una reunión de las Hermanitas de Jesús, de México, con el teólogo dominicano Marcos Villamán.

— Uno de esos elementos con los que necesitamos romper sería nuestra concepción secreta de la vida religiosa como «estado de excepción». Durante demasiado tiempo nos hemos creído autoeximidos (¿será por aquello de que la vida religiosa está «exenta»...?) de pasar por aquellas situaciones de normalidad que vive la inmensa mayoría de la gente: conseguir un trabajo, disponer de una vivienda, estirar un sueldo para llegar a fin de mes, asegurar la enfermedad y la vejez... Damos por supuesto que, si estamos liberados de todas esas preocupaciones, es para que nada nos distraiga de nuestra entrega al Reino; pero, en bastantes casos, ¿no es mucho suponer? ¿No tenemos que reconocer que hemos hecho de esas «coberturas» una confortable instalación que nos mantiene a salvo de muchos problemas, pero que no se traduce en el pretendido espacio de libertad que haría de nosotros servidores incondicionales del Evangelio? ¿No tendríamos que preguntarnos cómo vivir el seguimiento de Jesús sin estar al margen de todo eso que le ocurre a la gente cotidianamente?

— Podemos vivir convencidos de que estamos llamados a la exquisitez del cristianismo —algo así como el *fil-tiré*³ de la espiritualidad— y nos habituamos a un vocabulario de uso interno lleno de palabras rotundas que nombran realidades importantísimas, pero que necesitarían estar avaladas por el comprobante de que las vamos traduciendo modestamente en los valores elementales de la gente: no escapar de los aspectos conflictivos de la vida; mantenerse en la palabra dada; aguantar en los momentos duros; estar ahí cuando los amigos pasan una mala racha; adaptarse a los ritmos que impone el tener a una persona mayor viviendo en casa; soportar sin hacerse la víctima las

3. Labor delicadísima, consistente, como su mismo nombre indica, en tirar de algunos hilos del tejido de manera que queden cuadritos formando un dibujo, y bordar encima. Principiantes, abstenerse.

inclemencias de pertenecer, simplemente, al colectivo humano que aguanta pacientemente el turno del ambulatorio, la llegada del autobús, la cola del mercado, el sofión en la ventanilla de cualquier trámite, o la noche sentados en una silla mientras se vela a un enfermo.

— Podemos vivir encantados diciendo que nuestro voto de pobreza consiste en un «radical vaciamiento ante el misterio insondable del Ser», y poner luego el grito en el cielo si en la comunidad se llega al acuerdo de que hay que bajar la cuenta del teléfono. Y nuestra castidad y obediencia serán, sin duda, «desposeimiento gozoso que expresa nuestra fascinación por el Absoluto», pero a veces, de puro fascinados y desposeídos, ni siquiera nos enteramos de lo que les pasa a los de nuestro alrededor, o les hacemos insufrible el trabajar o el convivir con nosotros.

— Otro factor que nos aleja de la cotidianeidad es fruto de nuestra pertenencia a una generación que ha sido iniciada a la VR a partir de una cierta «lógica del héroe», con unos valores de generosidad, de sacrificio y de deseo de grandes empresas por el Reino que el postconcilio nos hizo vivir con entusiasmo. Pero el presente que ahora vivimos no parece tener casi nada que ver con los valores para los que nos formaron ni con las experiencias que emprendimos. Las palabras fuertes de antes ya no resuenan, los proyectos históricos están en crisis, y no sabemos desenvolvernos en el ámbito modesto y gris del cada día.

¿No experimentamos en estos momentos una llamada a redescubrir el SER, a reconciliarnos con la oscuridad del «cada día», a no intentar ser superhombres o supermujeres, sino personas cercanas y fraternas, dispuestas a reconocer sus limitaciones y sus pobreza, capaces de pedir ayuda y de dejarse completar y confrontar?

— Nos pierde a veces también lo que podríamos llamar una «celulitis laboral»: nos sentimos mesiánicamente res-

ponsables de lo que consideramos «trabajos transformadores», pero a veces los llevamos a cabo de manera que nos deshumanizan y pierden su objetivo, que era el de conseguir un mundo más humano y más vivible. Nos acecha el peligro de que nuestra vida esté regida por nuestros quehaceres, y tenemos una tendencia malsana a identificarnos con lo que hacemos (¿no habrá algo de esto en la manera en que a veces nos presentamos: «Me llamo... y TRABAJO EN...»?).

¿No estaremos necesitando un cambio profundo en nuestros ritmos de vida para llegar a poner a las personas por encima de los proyectos, para volver a las relaciones esenciales y para que, poco a poco, los trabajos se redimensionen y sean expresión de la vida humana, de sus ritmos, necesidades y urgencias?

Nos haría falta un noviciado que nos iniciara en el aprendizaje de la «compañía solidaria» de la gente, que nos enseñara a relacionarnos sencillamente con los otros sin el tinte iluminista y de inconfesada superioridad de fases anteriores. Necesitamos corregir la idea, aún arraigada en algunos, de que la vida religiosa puede perder su carisma si se mezcla demasiado con grupos o personas que tienen alternativas de vida diferentes. En el fondo, lo único que haríamos con ello sería insertarnos en la tradición bíblica de un pueblo que, desde el exilio, aprendió a dialogar con los no judíos como condición necesaria para que su fe se universalizara.

Una gracia del momento presente es que estamos siendo atraídos progresivamente a vivir la vida como una reciprocidad sagrada de dones, a no considerarnos los bienhechores que dan generosamente a los que no saben o no pueden o no tienen, sino a entrar en unas relaciones mutuas en las que vayamos sabiendo en qué consiste aquello que decía San Agustín: «Con vosotros soy cristiano».

Es totalmente distinto entrar en contacto con un grupo humano para ayudarlo a crecer y a que aprenda o acoja el Evangelio desde nuestras pautas, que convivir con él escuchando y participando desde la propia diferencia. En el primer caso, el religioso/a controla las reglas del juego, es el experto, el paradigma y, aunque esté en la periferia, sigue viviendo en su mundo, juzga y propone desde sus propios parámetros.

Nos cuesta salir del propio ámbito, aceptar otras reglas y que sean otros quienes tengan el control; pero, en realidad, sólo entonces nos hacemos capaces (en palabras de P. Casaldáliga) de «acoger el Evangelio que nos viene al encuentro, no hacerle sombra ni con nuestra cultura ni con nuestro protagonismo ni con nuestro miedo».

Y supone también una llamada a re-crear y re-fundar nuestra vida comunitaria, porque podemos llegar a manifestar cercanía y compasión hacia los pequeños de fuera y tener endurecidas las entrañas hacia los de dentro. La vida comunitaria es más que una «ventaja» para la vida apostólica, y tenemos mucho que crecer por ahí. Podríamos decir en clave de humor que, si Rut y Noemí, a pesar de ser suegra y nuera, fueron capaces de entenderse tan bien, la convicción y la co-vivencia comunitarias son posibles.

3. Elías: descender más abajo

En las narraciones que nos conservan el recuerdo de Elías (1 Re 17,1 - 2 Re 2), aparece insistentemente el tema de los desplazamientos del profeta: se dirige al encuentro del rey (1 Re 17,1), pero inmediatamente Dios le dice que se marche al otro lado del Jordán, y luego a Sarepta de Sidón (1 Re 17,3-10), a casa de la viuda. En el capítulo 18 lo vemos en lo alto del monte Carmelo desafiando a los sacerdotes de los baales y bajando después, en una carrera triun-

fal delante del carro del rey, hasta llegar a Yezreel. Pero enseguida lo encontramos huyendo hacia el desierto y adentrándose allí por miedo a las amenazas de Jezabel (1 Re 19,1-4). El camino que recorre Elías es el mismo que recorrió Moisés, pero en dirección inversa: su peregrinación al Horeb, «el monte de Dios», es un retorno a las fuentes del yahvismo, un intento desesperado por volver a hacer en nombre de su pueblo la experiencia de la Alianza.

Pero el desierto es duro y amenazador, y Elías, que vive en él un momento de desesperación y agotamiento en el que se desea la muerte, recibe junto con el pan una palabra que le recuerda su debilidad: «*el camino es demasiado largo para tus fuerzas*» (1 Re 19,5-7); y comer aquel alimento le permite reemprender la marcha durante cuarenta días con sus noches, hasta alcanzar penosamente la cima del Horeb. Allí tiene lugar un encuentro con el Señor, que ya no se comunica con su profeta en las claves que eran familiares para Elías (el fuego, el viento, la tormenta...), sino en «la voz de un silencio» tan tenue como la brisa que escucharon Eva y Adán en el jardín.

A lo mejor, él habría deseado, como Pedro en el Tabor, quedarse allí; pero de nuevo recibe de Dios el reenvío hacia la misión profética, y un poco más allá lo encontramos de nuevo enfrentándose con el rey a propósito de la viña y la vida arrebatadas a Nabot (1 Re 21).

Una característica de todos los desplazamientos del profeta es lo que podríamos llamar el «movimiento descendente»: Elías, como expresa su nombre —«Mi Dios es YHWH»— es el hombre del absoluto de Dios. Su existencia está tocada por la gloria y la presencia del Señor, subyugada por su mano, fascinada por su trascendencia. Y ese Dios, a quien únicamente quiere servir, va a ir conduciéndolo desde la esfera del trato con el rey hasta el escenario ínfimo de la casa de una viuda pobre y, además, pagana: desde el triunfo de su desafío a los adoradores de Baal en

el Carmelo, y su éxito al hacer llover después de tres años, hasta el contacto con sus propios límites en la soledad amenazadora del desierto; desde el paisaje grandioso de la cumbre del Sinaí y su maravillosa teofanía, hasta el conflicto, al parecer minúsculo, del robo de unas viñas a un campesino de Samaría...

Dios tiró de Elías hacia abajo, y éste se dejó conducir, aunque, quizá como Jonás, realizara a regañadientes ese itinerario descendente.

UN KAIRÓS DE DESCENSO

Pienso que el tema del descenso de la VR al mundo de los pobres es algo irreversible. La inserción entre los pobres y marginados es, indudablemente, uno de los síntomas de una VR que mira hacia adelante y su signo profético más claro. Es verdad que, junto a eso, hay muchas voces que señalan con alarma la existencia de cierta instalación y atonía y ven la VR aprisionada en el ambiente acomodado-burgués al que mayoritariamente se está abriendo.

De todos modos, el punto de vista que voy a tomar para reflexionar sobre este descender MÁS ABAJO que hemos visto en Elías, va a ser el de aquellos aspectos de la VR hoy que están en situación descendente o, por decirlo con lenguaje más familiar, «en horas bajas»⁴, en momento de RUPTURAS:

— Durante siglos, la VR tuvo visibilidad social, fuerza de atracción y una gran capacidad de «significar» la experiencia cristiana para la Iglesia y para la sociedad. Podía ser reconocida e identificada como lugar referencial de

4. Sigo aquí la reflexión de C. PALACIOS en «El sacrificio de Isaac: una parábola de la VR»: *CLAR* 31/3 (1993) 16-27.

sentido. Hoy, en cambio, su «rostro» no está lo suficientemente nítido, y su «figura» no es ni lo convincente ni lo significativa que podría esperarse después del esfuerzo de renovación posconciliar.

— Tenemos una sensación de *impasse*, como si intuyésemos que el proceso de renovación de la VR hubiese dado de sí todo lo que era posible, y no por la limitación de las personas o por falta de espíritu, sino porque una determinada «figura histórica» de VR parece haber llegado a su fin. En palabras de C. Palacios,

«...la configuración actual de la VR es el resultado de un proceso histórico; por eso podemos hablar de una “figura histórica”. Figura no es sólo el conjunto de elementos que configuran la visibilidad de una persona o de una institución, sino la unidad interna de los mismos, lo que les da sentido y armonía, lo que hace que ellos se vuelvan significativos. La figura de la VR traduce el espíritu de su proyecto de vida. Pero los elementos que la componen no son eternos, sino que llevan la huella del tiempo que los vio nacer y desarrollarse. Lo que es la VR no se agota en sus expresiones, pero es innegable que ella acaba por ser en sí misma aquello que se hace para nosotros. Cuando se trata de una experiencia encarnada, es difícil, si no imposible, separar el “espíritu” del “cuerpo”, las expresiones visibles de aquello que las anima y les da sentido. Es la grandeza y la miseria de toda “figura histórica”: cuando ella entra en crisis, arrastra consigo toda una manera de ver y de vivir la VR. Algo tiene que morir, sin que eso signifique condenar a muerte a la misma VR.

Lo que le ocurre hoy a la VR en su conjunto es que una determinada “figura histórica” parece haber llegado a su fin. La coherencia de esa figura reposaba en su capacidad de codificar una serie de elementos recibidos de la tradición y sedimentados a lo largo de la historia (por ejemplo, los votos o la vida comunitaria...); en la seguridad pedagógica y psicológica que transmitían las estructuras creadas para sustentar todo tipo de prácticas (espirituales, comunitarias, etc.) que alimentaban la experiencia y la transposición jurídica de esa experiencia teológico-

espiritual, que acabaría por dar a la VR la sensación de haber alcanzado su expresión definitiva. Este conjunto articulado, coherente, armónico, encontró su expresión teórica y su justificación en la teología tradicional de la VR como “estado de perfección”.

Existen muchos indicios de que estamos viviendo un momento de RUPTURA con ese modelo. Es una ruptura que se transparenta en la creciente conciencia crítica con relación a la situación real de la VR (no de su idealización), en la búsqueda inquieta y polivalente de otras formas y en las tensiones generadas por ese conflicto de concepciones y opciones.

Esa ruptura no significa abandono de la tradición; al contrario: los momentos creadores en la historia de la VR no se han hecho sin rupturas profundas. Y quizá sea éste uno de esos momentos críticos de la historia, en los cuales la VR ha sido recreada en su totalidad⁵.

Constatar todo esto provoca en nosotros un sentimiento de desamparo, de incertidumbre y hasta de pesimismo. Como Elías, después de haber vivido momentos de fuerza y de esplendor en el Carmelo, hemos sido adentrados en la aridez del desierto y estamos, como él, sin tener claro el rumbo, sentados debajo de la retama y sin ánimos para seguir adelante. Podríamos calificar esta situación de la VR como un «*kairós* de descenso», en el que estamos necesitando tocar fondo en esta conciencia de nuestra pobreza y de nuestros límites y, desde lo hondo, gritar al Señor.

Y quizá recibamos entonces la visita del ángel que nos trae ese pan que es la Palabra de Dios y que nos recuerda que tenemos una cita en el Horeb para VINCULARNOS de nuevo con un Dios que nos espera, pero que nos sorprenderá siempre, que nos arrancará fuera de las cuevas y rincones en los que huimos de su presencia; un Dios que

5. C. PALACIOS, *op. cit.*, 19-20.

siempre estará más allá de donde solíamos colocarle y al que tendremos que aprender a reconocer en la «oscura noticia» de su libertad imprevisible.

4. Jacob: entrar más adentro

Pero para adentrarnos en esa oscuridad necesitamos la compañía de un cuarto personaje bíblico: Jacob, el hombre que se adentró en la noche en un combate con el mismo Dios. Escuchemos el relato:

«Aquella misma noche se levantó Jacob, tomó a sus dos mujeres con sus dos siervas y a sus once hijos, y cruzó el vado de Yabboq. Les tomó y les hizo pasar el río, e hizo pasar también todo lo que tenía. Y se quedó Jacob solo.

Y alguien estuvo luchando con él hasta el amanecer. Pero, viendo que no le podía, le tocó en la articulación del fémur y se dislocó el fémur de Jacob mientras luchaba con aquél. Éste le dijo: “Suéltame, que ha amanecido”. Jacob le respondió: “No te suelto hasta que me hayas bendecido”. Dijo el otro: “¿Cuál es tu nombre?” “Jacob”. “En adelante no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has sido fuerte contra Dios, y a los hombres los podrás”. Jacob le preguntó: “Dime, por favor, tu nombre”. “¿Para qué me preguntas mi nombre?” Y le bendijo allí mismo.

Jacob llamó a aquel lugar “Penuel”, pues se dijo: “He visto a Dios cara a cara y tengo la vida a salvo”. Al amanecer, había pasado Penuel y cojebaba del muslo» (Gn 32,23-32).

Estamos ante un texto misterioso y oscuro en el que encontramos palabras claves: SÓLO, NOCHE, LUCHA, AMANECER, NOMBRE, BENDICIÓN.

«Jacob se quedó solo»: todo lo que posee —mujeres, hijos, siervas, ganado...: todo aquello que era el fruto de la bendición que había arrancado con engaños a su padre

ciego— lo ha dejado en la otra orilla. Y lo mismo que Moisés cuando se dejaba envolver en la densidad de la nube para encontrarse con Dios, Jacob se adentra solo en la noche y comienza aquella lucha con el personaje misterioso que al principio no habla. La oscuridad se hace aún más terrible cuando no hay palabras y cuando no es posible identificar a través de ellas al agresor.

Pero Jacob no se rinde, sino que continúa luchando hasta que consigue entrar en diálogo con el desconocido y hacerle hablar. Antes del amanecer, las palabras pronunciadas son la primera luz proyectada sobre la escena. Al combate sucede un intercambio de palabras, y en ellas reconoce Jacob a alguien capaz de bendecirle y de darle un nombre nuevo.

LUCHANDO EN MEDIO DE LA NOCHE

Como a Jacob, nos ha tocado vivir tiempos oscuros (¿hubo otros que no lo fueran...?), tiempos en que las cosas «no están claras», y nos sentimos rodeados de muchas sombras que entenebrecen nuestra vida. Eberhard Jüngel, comentando este texto⁶, dice que es una historia para personas «agredidas» y «asaltadas», una «bienaventuranza» veterotestamentaria que declara dichoso a alguien que no está maravillosamente protegido, sino atrozmente maltratado por potencias oscuras y que, a pesar de estar medio paralizado, no abandona el combate hasta que le es concedido reconocer el rostro de Dios más allá del poderío de las tinieblas, precisamente en el momento en que amanecía.

Pienso que, en momentos oscuros, nuestra tentación puede ser la de huir hacia la trivialidad, escapar hacia la

6. «La lutte avec Dieu. Au gué du Yabboq» (Gn 32,23-32): *Christus* 138 (1988) 243-253.

superficie para quedar fuera del alcance de un Dios que nos invita a luchar con Él en medio de la noche. Preferimos vivir entretenidos, atareados, enredados en nuestros pequeños problemas, transfigurados hacia zonas de alta seguridad donde no nos alcance el dolor de los otros, la gravedad del misterio de Dios, el recuerdo pelagroso del Evangelio.

«La atención está vinculada al deseo. No a la voluntad, sino al deseo. O, más exactamente, al consentimiento», decía Simone Weil⁷; pero, si nuestra atención está tibia y adormecida, dispersa en mil preocupaciones banales que nos absorben, podemos pasar los días vagamente distraídos, vegetando entre la indiferencia y la rutina. Ser religioso/a se convierte entonces en una apacible manera de pasar la vida, en una instalada inconsciencia entre lo que afirmamos y lo que experimentamos realmente⁸.

Juan de la Cruz, experto en noches, habla de las «menudencias que nos reparten la voluntad»⁹, del «hilo delgado que tiene asido al pájaro»¹⁰, del Dios que «no consiente a otra cosa morar consigo en uno»¹¹; y en la sinceridad de nuestra conciencia sabemos cuánto nos aferramos a mil ajetreos que nos distraen, a las prisas que nos anestesian, a ocultas adquisiciones que nos satisfacen, a pequeñas seguridades que nos tranquilizan.

Pero Dios puede ser un adversario peligroso, un luchador terco e incansable, decidido a perseguirnos hasta dar-

7. SIMONE WEIL, *La gravedad y la gracia*, Madrid 1994, 125.

8. Nos quejamos con frecuencia de lo difícil que nos resulta rezar; pero tendríamos que preguntarnos si no estaremos infectados del virus ambiental del horror al silencio. Porque, a lo mejor, lo que nos ocurre es que el espacio en el que tenía que resonar la voz del «dulce huésped del alma» está previamente ocupado por las de José M^o García o Luis del Olmo...

9. *Subida*, Libro I, cap. 10,1.

10. *Subida*, Libro I, cap. 11,4.

11. *Subida*, Libro I, cap. 5,8.

nos alcance. Acecha por las cerraduras de nuestras puertas, se asoma por nuestras celosías, nos asalta en las encrucijadas de nuestros caminos, se empeña una y otra vez en arrancarnos de la distracción de nuestros pequeños jardines y llevarnos al desierto para hablarnos al corazón.

Y en esta conducción, Dios tiene «aliados»: el emigrante sin papeles, el chaval apaleado en la cárcel, los niños y jóvenes con el futuro cerrado, aquella dominicana explotada, la familia del adolescente enganchado, la gente sobre la que recae un exceso de sufrimiento... Y también la urgencia sentida de luchar por el 0,7% o de pertenecer a alguna plataforma de contacto con el Sur, o de ponernos a discurrir cómo implicar en esa dirección a la gente con la que trabajamos. A través de todo eso se nos acerca el Dios que habita misteriosamente esas ausencias de donde pueden brotar la blasfemia o la invocación.

Por eso tenemos que preguntarnos por dónde nos movemos, a quiénes tratamos, a quiénes sentamos a la mesa de nuestro tiempo, qué leemos...; porque hay relaciones, trabajos, lugares y lecturas que nos mantienen en la intrascendencia, y otros que nos empujan hacia las orillas del Yabboq, que nos adentran en el terreno de las situaciones límite, allí donde se plantean las preguntas fundamentales, las preguntas por la vida, la muerte, la felicidad, lo humano, lo bueno... Allí donde quedamos expuestos al alto riesgo de que Dios nos dé alcance para combatir con nosotros.

No será una experiencia nueva. Cada uno de nosotros, como Jacob, guarda una historia secreta de seducción, una experiencia fundante de VINCULACIÓN a Alguien que «nos atañe incondicionalmente» y que tiene una pretensión de totalidad sobre nosotros. Podemos empeñarnos en olvidar esa presencia que nos amenaza como un río desbordado o como un fuego, pero estamos marcados para siempre por la atracción obstinada de un amor que quiere sumergirnos e

incendiarnos. Es nuestra articulación dislocada, la cicatriz de una herida que nos ha dejado señalados para siempre.

Estamos a tiempo de atravesar el río y de disponernos a la lucha. A tiempo de enderezar toda nuestra atención, toda la intensidad de nuestra mirada y de nuestra escucha, toda la avidez de nuestras manos tendidas hacia esa presencia que a veces no experimentamos más que como una ausencia ardiente.

Tenemos que aprender a exponernos al peligro de un encuentro en medio de la noche y a permanecer en ella suplicando a Aquel que combate con nosotros que nos bendiga y nos revele su Nombre.

Quizá cuando amanezca, y aunque caminemos cojeando, habremos recibido de Él un nombre nuevo.

11

«De noche,
una columna de fuego los acompañaba»
(Ex 13,21)

Imágenes bíblicas para el acompañamiento

De un tiempo a esta parte, una nueva palabra, «*acompañamiento*», desfila como última moda por las pasarelas eclesiales. Prolifera el discurso en torno al tema: cursillos, libros, artículos, monográficos de revistas; pero confieso mi temor de que se nos convierta en un «término cometa» que, como el Halle-Boop nos visitó y distrajo un poco en medio de asuntos tan trascendentales como la ley del fútbol, sea contemplado y ponderado con muestras de «crecido afecto», pero a sabiendas de que en realidad concierne poco a nuestra realidad terrícola. De la misma manera podemos dejar que la palabra *acompañamiento* atraviese con tanto brillo como fugacidad nuestro horizonte antes de hacerla desaparecer en el olvido y reemplazarla por otra de parecida calidad sonora, bien sea terminada en *...ento* (como lo fueron en su día *aggiornamento*, *planteamiento* y, a poco que nos descuidemos, *discernimiento*), bien en *...ción*, como *inculturación*, *refundación*, *inserción*, *opción* y similares.

Pensando sobre el asunto del acompañamiento, y más que nada en sus usuarios, creo que es bastante numerosa entre nosotros la generación que *va-por-libre*, sencillamen-

te porque los que pertenecen a ella acabaron hartos de la dirección espiritual de sus años mozos y no están para segundas ediciones. Recuerdan con espanto aquellas entrevistas con la persona designada para ello y que eran obligadas y periódicas (el período que mediaba entre dirección y dirección siempre era cortísimo, a mi manera de ver la cosa por aquel entonces¹).

Tengo que reconocer que yo tuve bastante suerte, y no guardo mal recuerdo de aquellos encuentros; pero tengo oído contar a ancianos y ancianas del lugar que para muchos de ellos aquello era como la visita al dentista y sus antecámaras, buscando desesperadamente fallos que confesar, problemas que consultar o batallitas ajenas que comunicar.

A aquel tipo de dirección espiritual con el superior/a, al menos en bastantes congregaciones religiosas, se la llevó la corriente del post-concilio, y la saludamos desde la orilla con banderitas y bastante alivio. Corrían tiempos en que, como decía una pancarta, «todos los hombres somos iguales, menos los superiores, que son inferiores».

Aquellos años apasionantes en los que «vivimos peligrosamente», los pasamos a la intemperie, nos descalabramos sin excesivos remordimientos, demasiado ocupados en crear maneras nuevas de ser religioso, cura o «laico comprometido», como para echar de menos la dirección

1. Por asociación de ideas con la de la brevedad de los períodos, recuerdo que en mi tiempo de noviciado la maestra nos preguntó un día, durante un recreo, qué sentíamos al ver aparecer nuestro nombre en la lista de las cuatro a las que les tocaba esa noche adoración nocturna. Después de que unas cuantas expresaron toda suerte de gozos inefables y deleites inenarrables, una novicia confesó con sinceridad apabullante: «Yo me pongo muy contenta de pensar que hasta dentro de otros 15 días no me vuelve a tocar». No hace falta añadir que se ganó una regañina considerable por su endeble fervor eucarístico y la maléfica ponzoña que había sembrado en las demás.

espiritual: nombrarla resultaba casi tan arcaico como hablar de «tendencia a la perfección», «ser edificante», «inmolarse como víctima» o llevar saya y toca almidonada...

No quiero ponerme pesada recordando aquellos tiempos, tan remotos ya para la gente joven como para nosotros el NO+DO o las charlas radiofónicas del P. Venancio Marcos; así que me salto las etapas agrídulces de aquel proceso y vuelvo al hoy variopinto en el que, aunque despeluchados y a veces con abolladuras, son ya adquisiciones irreversibles para nosotros la lucidez, el sentido crítico y la valoración de lo comunitario, junto a la convicción de que, según la feliz expresión de Carlos Domínguez, «en la comunidad cristiana la silla del Padre está vacía», y ya tenemos el colmillo demasiado retorcido como para retornar a dependencias filialoides tipo «sonsáqueme, Padre» / «desahóguese, hija mía».

Pero, como no todos los que hayan empezado a leer esto partirán de las mismas experiencias, se me ocurre adoptar un método de lectura personalizada e interactiva. Me explico: en los cuentos de antes —el de Caperucita, por ejemplo—, la protagonista se perdía siempre en el bosque y acababa irremediabilmente en casa de su abuelita diciendo al lobo aquello de «¡Qué dientes tan grandes tienes...!»; en cambio, ahora los cuentos son interactivos, y —un suponer— si quieres que Caperucita siga el recorrido de siempre, sigues leyendo; pero si prefieres que vaya a estamparle directamente la jarrita de miel en la cabeza al lobo, disfrazado de Padre Apeles en el estudio de Tele 5, pasas a la página 13; y si sospechas que la abuelita no está en la cama con su gorro de dormir y su toquilla, sino rumbo a Benidorm con un viaje del Inverso, pasas a la página 22.

Illuminada por tan sabio procedimiento, propongo el siguiente itinerario:

- * Si eres de los que estás convencidos de que con la palabra *acompañamiento* nos quieren vender ahora la dirección espiritual de siempre, y ni la echas de menos ni estás por la labor de volver sobre el asunto, no pierdas el tiempo y cierra ya el libro. Estas páginas no te van a convencer.
- * Si eres de los que nunca han perdido la costumbre de confrontar su vida con alguien, o de los que lo dejaron, pero hace ya algún tiempo que has descubierto que la cosa funciona, dedica tu tiempo a releer alguno de los capítulos anteriores. En éste no vas a descubrir nada que no sepas por experiencia.
- * Si eres de los indecisos, o sea, que en esto del acompañamiento «no sabes/no contestas», sigue leyendo: a lo mejor te aclaras algo.

¿Hemos quedado pocos? No importa. Con los que sigáis aquí, vamos a abrir juntos la Biblia para buscar, en lenguaje más simbólico que discursivo, algunas imágenes que pueden ayudarnos a entender mejor el tema del *acompañamiento*. Nos acercaremos a éstas:

El viaje

«Tobías dijo a su padre: “Padre, haré el viaje que me has dicho, pero no conozco el camino de Media”. Le respondió Tobías: “Hijo, búscate un hombre de confianza que pueda acompañarte, y le pagaremos por todo lo que dure el viaje”. Y Tobías salió a buscar un guía experto que lo acompañase a Media. Cuando salió, se encontró con el ángel Rafael parado, pero no sabía que era un ángel de Dios (...) Tobit le dijo: “Mi hijo Tobías quiere ir a Media. ¿Puedes acompañarlo como guía? Yo te lo pagaré, amigo”. Él respondió: “Sí. Conozco todos los caminos. He ido a Media muchas veces, he atravesado sus llanuras y montañas; sé todos los caminos...”» (Tob 5.3-4.10).

Solemos decir que la vida humana es lo más parecido a un viaje, pero un viaje de los de antes: cuando no había muchos caminos trazados, había que llevar brújula y morral con provisiones, y era una suerte encontrar a un buen compañero que conociera el camino y ayudara a afrontar los peligros de salteadores y alimañas.

Como hoy viajamos generalmente sin sensación de peligro, se nos puede quedar desvaída la metáfora, y llegamos a estar ingenuamente convencidos de que nos sabemos de memoria «el camino de Media», que no necesitamos a nadie para recorrerlo y que nos bastamos a nosotros mismos para llegar allí por nuestros propios recursos.

Sonreímos al recordar los versos del P. Coloma:

«Dicen que el mundo es un jardín ameno
y que áspides oculta ese jardín,
que hay frutos dulces de mortal veneno,
que el mar del mundo está de escollos lleno
¿y por qué estará así?»

Y es que ya hemos visto un montón de veces en los programas de la National Geographic cómo son los áspides y sus crías, confiamos en que los controles de calidad evitarán los excesos de pesticida en la fruta, y es improbable que tengamos que sortear escollos en el mar, porque los barcos llevan radar y piloto automático.

Pero todo esto, que está muy bien y es el resultado de que hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad, puede aliarse con nuestra congénita suficiencia (más el IVA del culto a la espontaneidad instintiva y al individualismo sacrosanto); y para cuando queremos darnos cuenta, ya nos ha pegado un bocado el áspid o nos encontramos desconcertados en la plaza de Barranquilla del Fresno, donde no se nos ha perdido nada, en vez de en Media, que es adonde teníamos que ir.

La sabiduría bíblica desenmascara con acierto cualquier pretensión de creerse en posesión absoluta del propio camino o de hacerlo en solitario: a veces lo hace con sentencias concisas y rápidas, como una señal de alarma:

«Hay un camino que uno cree recto
y que va parar a la muerte» (Pr 14,12).

«No avientes con cualquier viento
ni sigas cualquier dirección» (Eclo 5,9).

«La sabiduría está delante del sensato
pero el necio mira al infinito» (Pr 17,24).

«Al hombre le parece siempre recto su camino
pero es Dios quien pesa los corazones» (Pr 21,2).

«Donde faltan los ojos, falta la luz;
donde falta la inteligencia no hay sabiduría» (Eclo 3,25).

«El malvado muere por falta de corrección,
por su inmensa insensatez se extravía» (Pr 5,23).

«No confíes en tus riquezas ni digas:
“Me basto a mí mismo”; no confíes en tus fuerzas
para seguir tus caprichos» (Eclo 5,1).

«El que ama la corrección, ama el saber;
el que detesta la reprensión, se embrutece» (Pr 12,1).

«El necio está contento de su proceder
el sensato escucha el consejo» (Pr 12,15).

«Confía en el Señor de todo corazón
y no te fíes de tu propia inteligencia» (Pr 3,5).

Otras veces recurre al lenguaje de la exhortación:

«Guarda, hijo mío los consejos de tu padre
y no rechaces la instrucción de tu madre,
llévalos siempre atados al corazón
y cuélgatelos al cuello:

*cuando camines, te guiarán;
cuando descanses, te guardarán;
cuando despiertes, hablarán contigo.
Porque el consejo es lámpara, y la instrucción es luz,
y es camino de vida la reprobación que corrige»*
(Pr 6,21-22).

*«Si quieres, hijo mío, llegarás a sabio;
si te empeñas, llegarás a sagaz;
si te gusta escuchar, aprenderás,
si prestas oído, te instruirás.
Asiste a la reunión de los ancianos
y, si hay uno sensato, pégate a él.
Procura escuchar toda clase de explicaciones;
no se te escape un proverbio sensato;
observa quién es inteligente y madura para visitarlo;
que tus pies desgasten tus umbrales»* (Eclo 6,32-34).

Otras nos lo enseña a través de narraciones: los dos discípulos del Bautista necesitaron que su maestro les hiciera reconocer en aquel hombre, perdido entre la multitud que bajaba al río para ser bautizada, al que llevaba sobre su hombros las cargas de todos. Y sólo cuando su dedo lo señaló mientras pasaba, pudieron ellos marcharse detrás de él, entrar donde vivía y encontrar a partir de aquella hora (serían las cuatro de la tarde) a aquel a quien habían estado buscando sin saberlo (Jn 2,35-39).

El mismo Pablo, que había emprendido por propia iniciativa el viaje hacia Damasco, galopando como el guerrero del antifaz para detener en las sinagogas a cuantos seguidores del Camino se le pusieran delante, es el que entrará en Damasco consciente de su ceguera, guiado por la mano de otros y conducido hasta Ananías para reencontrar junto a él la capacidad de verlo todo de una manera nueva (Hch 9,1-25). Era el punto de partida para la carrera que ahora iba a emprender, olvidando lo que dejaba atrás

con tal de alcanzar a aquel por quien había sido alcanzado (Flp 3,12-13).

En el fondo subyace una convicción: nuestra condición caminante exige pedir ayuda, buscar apoyo, reconocer la propia incapacidad de acertar solos con el itinerario correcto, aceptar que en lo propio suele uno ser bastante miope, por no decir prácticamente cegado².

Por eso el Señor mismo se encarga de conducir a su pueblo:

*«Ya no se esconderá tu Maestro,
con tus ojos verás a tu Maestro;
si os desviáis a derecha o izquierda,
tus oídos oirán una llamada a la espalda:
“Éste es el camino, caminad por él”»* (Is 30,20-21),

pero parece que entra dentro de sus costumbres realizar esa conducción «por persona interpuesta»:

«El Señor dijo a Moisés: “He visto la opresión de mi pueblo y he bajado a librarles de los egipcios, a sacarlos de esta tierra, para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel (...) Anda, que te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo”» (Ex 3,7-8.10).

«Moisés llamó a Josué y le dijo en presencia de todo Israel: “Sé fuerte y valiente, porque tú has de introducir a este pueblo en la tierra que el Señor tu Dios prometió dar a tus padres, y tú les repartirás la heredad. El Señor avanzará delante de tí. Él estará contigo, no te dejará ni te abandonará. No temas ni te acobardes”» (Dt 31,7-9).

2. Con frecuencia mensual estuve oyendo durante años como lectura de refectorio esta frase de san Ignacio: «Es prudencia verdadera no fiarse de la propia prudencia, y en especial en las cosas propias, donde no son los hombres comúnmente buenos jueces por la pasión» («Carta a los Padres y Hermanos de Portugal», en *Obras Completas*, Madrid 1991, 938).

Lo que ocurre es que la carta de ruta de este camino en compañía está escrita según una «sabiduría alternativa» en la que no rigen nuestras valoraciones de *mayor/menor*, *sabio/ignorante*, *significativo/insignificante*, y por eso el escogido para negociar la salida de Egipto es tartamudo (Ex 3,10), la elegida para salir al frente del ejército acaudillado por Sísara es una mujer (Jc 4,9), el llamado a ser «profeta de las naciones» es un muchacho tímido y sin facilidad de palabra (Jr 1,7), y la imagen que anuncia los tiempos mesiánicos es la de un niño pastoreando animales feroces (Is 11,6).

Por eso Pablo reconocerá ante los corintios:

«Cuando acudí a vosotros, no me presenté con gran elocuencia y sabiduría para anunciaros el misterio de Dios; pues entre vosotros decidí no saber otra cosa que Jesucristo, y éste crucificado. Débil y temblando me presenté a vosotros; mi mensaje y mi proclamación no se apoyaban en palabras sabias y persuasivas, sino en la demostración del poder del Espíritu, de modo que vuestra fe no se fundase en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios» (1 Cor 2,1-5).

La liturgia de la fiesta de la Presentación lo expresa así: «el anciano llevaba al Niño, pero era el Niño quien guiaba al anciano»³. Por eso será siempre una osadía el dejarse llevar⁴.

3. Antífona de las primeras vísperas de la fiesta de la Presentación de Jesús en el templo, 2 de Febrero.

4. «Discernir es dejarse llevar por el Señor, y ese dejarse llevar es una osadía, porque supone permitirse y atreverse a proceder ciegamente por donde la razón ya no puede acompañar las actuaciones humanas» (Carlos CABARRÚS. «La pedagogía del discernimiento. La osadía del «dejarse llevar»»: *Diakonía* [Septiembre de 1987]).

La tierra explorada

Una de las peores cosas que pueden pasarnos en mitad de un viaje es ser asaltados por la desgana y el desánimo y darnos cuenta, de pronto, de que hemos ido perdiendo las motivaciones que nos llevaron a emprenderlo y de que ya no nos habita aquel deseo de los comienzos, cuando nos sentíamos capaces de arremeter con las dificultades que se iban presentando.

Dignos hijos del pueblo de Israel, murmuramos que estamos hasta la coronilla de maná, de codornices y de subir y bajar del Sinaí, y nos preguntamos amargamente por qué nos dejamos embaucar para salir de Egipto, que tenía aquel río tan majo y aquellas cebollas que sabían a gloria.

Para aquella ocasión, el Señor inspiró a Moisés una estrategia brillante:

«El Señor habló a Moisés y le dijo: “Envía a algunos hombres, uno por cada tribu paterna, para que exploren la tierra de Canaán que voy a dar a los israelitas. Que sean todos principales entre ellos”. Los envió Moisés a explorar el país de Canaán, diciéndoles: “Subid por este desierto hasta llegar a la montaña. Reconoced el país, a ver qué tal es, y el pueblo que lo habita, si es fuerte o débil, escaso o numeroso; qué tal es la tierra que viven, buena o mala; cómo son las ciudades en que habitan, abiertas o fortificadas, y cómo es la tierra, fértil o pobre, si tiene árboles o no. Tened valor y traednos frutos del país”. Subieron y exploraron el país desde el desierto de Sin hasta Rejoh, a la entrada de Jumat. Llegaron al Valle de Eskol y cortaron allí un sarmiento con un racimo de uva, que transportaron con una pértiga entre dos, y también granadas e higos. Al cabo de cuarenta días, volvieron de explorar la tierra y se presentaron a Moisés, a Aarón y a toda la comunidad de los israelitas, en el desierto de Parán, en Cades. Les hicieron una relación a ellos y a toda la comunidad, y les mostraron los productos del país. Les contaron lo siguiente: “Fuimos al país

al que nos enviaste, y en verdad que mana leche y miel; éstos son sus productos. Pero el pueblo que habita el país es poderoso, tiene grandes ciudades fortificadas (...), es de gran estatura, parecíamos saltamontes a su lado, y así nos veían ellos...» (Num 13,1-28.33).

Tenemos que reconocer que gente así, «exploradora de la tierra», es la que ha conseguido, quizá sin saberlo, que echáramos a andar de nuevo después de mucho tiempo de estar medio derrumbados, como Elías, a la sombra de un matorral (1 Re 19,4).

«¿Cómo es posible —nos decimos con asombro— que esta persona, con los mismos problemas que yo y con los mismos motivos para estar harta que tengo yo, siga adelante silbando, no parezca quemada, no se queje de este martirio de las ampollas de los pies, consiga sacarle gusto cada día a la monotonía de este maná insípido, encuentre el lado bueno de las decisiones claramente equivocadas de Moisés y, encima, sea capaz de cargar a ratos con mi propia mochila...? ¡Y, para colmo, ni siquiera se le puede reprochar que sea un evadido espiritualista que sólo enseña el racimo, sino que va y analiza la situación con un realismo tal que uno se siente como el pequeño saltamontes frente a esos pobladores gigantescos que nos están esperando...! ¿De dónde sacará esos arrestos para seguir convencido de que, a pesar de todo, vale la pena seguir caminando hacia esa dichosa tierra...? Pero el caso es que él dice que la ha visto y que lo de la leche y la miel va en serio...»

Si miramos hacia atrás, seguramente en nuestra historia personal nos hemos cruzado con personas así, y a ellas les debemos el seguir hoy en camino, aunque sea renqueando. Debía de saberlo bien el autor de Hebreos cuando nos recuerda que estamos «*rodeados de una nube densa de testigos*» que nos hacen posible desprendernos de cualquier

carga y del pecado que nos acorrala, y correr con constancia la carrera que nos espera... (Heb 12,1).

Debió de experimentarlo también Jesús al irse encontrando gente con conductas parecidas a la suya, gente que le apuntalaba en su decisión de dar la vida hasta el final: aquella viuda pobre que echó en el cepillo del templo todo lo que tenía para vivir (Mc 12,41-44), o la mujer que había quebrado su frasco de perfume y lo había derramado sobre su cabeza sin reservarse ni una gota (Mc 14,3-11). Las dos debieron de reafirmarle, con su gesto silencioso, en su decisión de seguir derrochando y entregando su vida, sin medir ni calcular.

Es verdad que les debemos mucho a otros; pero, a la inversa, seguramente ignoramos a cuánta gente hemos ayudado sin pretenderlo, sencillamente porque nuestra alegría les habló de un tesoro escondido en secreto (Mt 13,44), o porque en un momento difícil vieron que se nos concedía el reaccionar con ese talante que J.M^a Díez Alegría llama «humor teológico».

Vivimos misteriosamente vinculados e implicados unos con otros, «globalizados» en algo afortunadamente mejor que el neoliberalismo, co-responsables y con-vocados a acompañarnos mutuamente en la marcha hacia una tierra que se nos ha concedido como promesa.

«El líder cristiano es alguien que quiere poner su propia fe articulada al servicio de los que piden su ayuda. Es siervo de los siervos, porque es el primero en entrar en la tierra prometida, pero peligrosa; el primero en hablar, a los que están asustados, de lo que ha visto, oído y tocado. El acompañamiento espiritual es un encuentro humano profundo en el que alguien desea poner su propia fe y sus dudas, su esperanza y su desesperación, su propia luz y su oscuridad, a disposición de quienes quieran encontrar un camino en medio de su confusión y palpar el centro nuclear, sólido, de la vida. No es contar las viejas historias una y mil veces, sino ofrecer los canales por medio de los

cuales las personas pueden descubrirse a sí mismas, clarificar sus propias experiencias y encontrar los cimientos en los que la palabra de Dios puede asentarse firmemente. Por eso la primera misión del líder cristiano en el futuro será guiar a su pueblo en el viaje de salida de la tierra de la confusión a la tierra de la esperanza»⁵.

Muchos siglos antes, los sabios de Israel lo habían formulado así:

*«Agua fresca en garganta sedienta
es la buena noticia de tierra lejana»* (Pr 25,25).

*«El amigo fiel es refugio seguro;
quien lo encuentra, encuentra un tesoro»* (Eclo 6,7).

*«El hermano ayudado por su hermano es un plaza fuerte,
los amigos son como cerrojos de la ciudadela»* (Pr 18,19).

La semilla

En una ocasión le pregunté a una hermana y amiga a la que quiero y admiro mucho: «Cuéntame algo que hayas aprendido sobre la relación a través de todos estos años de encuentros con tanta gente...» Y ella me dijo algo de lo que espero no olvidarme: «Cuando alguien se pone a hablar en profundidad de sí misma, casi siempre lo primero que emergen son problemas, fallos, aspectos de su vida que piensa andan mal, defectos de los que no consigue corregirse... Hay que escuchar todo eso con mucha atención, pero dejándolo caer, porque eso no es lo más verdadero de esa persona. De pronto, en algo de lo que dice aparece el «hilito de oro»: aquello que el Señor ya está trabajando en ella, la huella de la presencia de su Espíritu, algo que constituye su verdad más honda y hacia lo que Él quiere con-

5. H. NOUWEN, *El sanador herido*, Madrid 1996, 37.

ducirla. Y entonces, lo que hay que hacer es tirar de ese hilito».

No creo que encuentre nunca una enseñanza más sabia para el acompañamiento, ni una explicación mejor para lo del trigo y la cizaña. Porque en la parábola de Mateo se nota mucho que el narrador, donde tiene puesto el interés, es en el trigo: por eso lo califica como «semilla buena», cuenta su historia y describe su proceso de crecimiento: «un hombre lo sembró»; «brotó el tallo»; «empezó a granar»; «no hay que quitar la cizaña, para no dañarlo»; «y al final lo meten en el granero»... La cizaña, en cambio, es la misma desde el principio al fin, no merece calificativos ni atención, no cambia ni es objeto de preocupación en el dueño, ni siquiera para arrancarla, convencido de que al final desaparecerá sin dejar rastro (Mt 13,24-30).

Todos necesitamos que, desde más allá de nuestra mirada torpe, que se aturulla y llega a veces a no ver más que cizaña en la propia vida y alrededores, alguien con más serenidad y más distancia nos hable de cómo ve el proceso de nuestro trigo bueno, nos invite a convivir pacientemente con cizañas propias y ajenas y nos ayude a descubrir cómo va apuntando el Reino, tan discreto e imparable como una semilla que crece por su propio impulso y sin que nosotros sepamos cómo (Mc 4,26-29).

Es lo mismo que expresan de otra manera estas palabras de Ira Progoff:

«Como el roble está latente en el fondo de la bellota, así la plenitud de la persona humana, la totalidad de sus posibilidades creadoras y espirituales, está latente en el ser humano incompleto que espera en silencio la oportunidad de florecer»⁶.

Necesitamos poder contar con alguien convencido de que esa dinámica de crecimiento está ya empujando desde

6. J.V. BONET, «Parábola de la bellota y el roble», en *Relatos para el crecimiento personal*, Bilbao 1996, 49.

lo más hondo de nosotros y que nos ayude a preguntarnos: ¿hacia dónde se encamina mi vida?, ¿qué está mi vida deseando llegar a ser?, ¿qué pide la vida de mí?

Parafraseando el comentario de J.V. Bonet a la teoría de Ira Progoff, podríamos decir que hay relación de acompañamiento cuando alguien ayuda a otro a *descubrir* esas posibilidades de identificación con Jesús que están latentes en el fondo de su persona, *se pone a favor* del «aire del Espíritu» en ella y le ayuda a *idear estrategias prácticas* que posibiliten poner todo eso al servicio del Reino.

No se trata de que nadie nos oriente hacia una meta preconcebida por él, ni que tome las riendas de nuestra vida para hacernos sentir, pensar y obrar según un esquema que no es el nuestro. Lo que necesitamos es que, en el fondo, nos esté diciendo lo mismo que decía Ben Sira:

*«Recibe también el consejo de tu corazón:
¿quién te será más fiel que él?
Tu corazón te informará de la oportunidad
mejor que siete centinelas en las almenas...»*
(Eclo 37,13-14).

La matriz y el parto⁷

Por suerte, son imágenes que vienen del lenguaje paulino, y su procedencia las deja limpias como patena y libres de cualquier sospecha de oscuras intenciones feministas. Le escuchamos:

7. Siento que, en su formulación, esta imagen resulte poco inclusiva para los lectores varones. Pueden resarcirse recordando que tampoco lo es para nosotras que las delicias de la fraternidad sean «como el unguento que baja por la barba, la barba de Aarón» (Sal 133,2). A lo mejor por eso ha hecho falta inventar la palabra «sororidad»...

«Aunque tengáis como cristianos diez mil instructores, no tenéis muchos padres. Anunciando la buena noticia os engendré para Cristo» (1 Cor 4,15).

«Hijos míos, a los que doy a luz de nuevo, hasta que adquiráis la figura de Cristo...» (Gal 4,19).

«Nos portamos con vosotros con toda bondad, como una madre que acaricia a sus criaturas. Tal afecto os teníamos que estábamos dispuestos a daros no sólo la buena noticia de Dios, sino nuestra vida, tanto os queríamos» (1 Tes 2,7-8).

No creo que haya mejor imagen para el proceso de acompañamiento que el que realiza la madre durante los nueve meses que pasa su hijo dentro de su matriz. Y por eso, esa experiencia única de abrigo y protección cálida, de saberse nutrido, acogido y a salvo en un vientre materno que posibilitó su existencia y su crecimiento, es la que escogió Israel para poner nombre a lo que comenzaba a saber sobre su Dios:

*«YHWH, YHWH, el Dios COMPASIVO y misericordioso,
lento a la cólera y lleno de amor y fidelidad...»*
(Ex 34,6; cf. Sal 103,8; Jn 4,2).

El narrador del Éxodo ha puesto en boca del Señor que pasa delante de Moisés un adjetivo verbal derivado de *rehem*, que significa útero, seno materno. Miles de años después, otro creyente (Luis Espinal) lo expresará de un modo parecido: «Señor de la noche y del vacío, quisiéramos saber hundirnos en tu regazo impalpable confiadamente, con seguridad de niños».

«No os dejo huérfanos, volveré a visitaros», dirá Jesús a sus discípulos (Jn 14,18); y esa manera de volver suya, que es la presencia de su Espíritu, necesitamos sentirla también en la experiencia de ser acogidos por otros, de sabernos queridos por lo que somos, más allá de nuestras cualidades, virtudes y méritos, porque ésa es la manera de querer que tienen las madres.

Porque sólo crecemos y nos esponjamos por dentro y hasta por fuera cuando alguien nos demuestra que tiene fe en nosotros, cuando su manera de mirarnos y de hablarnos nos comunica, sin necesidad de muchas palabras, que somos valiosos y merecedores de amor y de confianza, y que está bien que seamos tal como somos.

Probablemente lo que más estemos necesitando en nuestras relaciones mutuas (familiares, comunitarias, eclesiales...) es regañarnos menos y querernos más, decirnos más palabras de aliento que de reproche, «visitarnos» unos a otros como una presencia materna, siguiendo aquella intuición genial de Francisco de Asís, que quería que los hermanos fueran siendo, por turno, madres unos para otros.

Y es que nuestras posibilidades de cambio sólo anidan ahí y sólo florecen al calor de la aceptación radical que intuimos en el otro, más allá de la confrontación y la exigencia, que también forman parte de esa verdad que nos debemos unos a otros.

Sólo desde esa experiencia de acogida incondicional llegamos a expresarnos en total transparencia delante de alguien que no nos juzga ni nos protege, que no nos obsequia con su paciente tolerancia ni con su benevolencia condescendiente, sino que es capaz de sumergirse en nuestro mundo subjetivo y participar de nuestra propia experiencia. Cuando presentimos que alguien se arriesga a entrar en nuestros problemas, nos ayuda a verbalizarlos y acompaña nuestra narración sin anticiparse, sin empeñarse en adivinar, frenar o alterar nuestra experiencia, estamos siendo visitados, aunque no nos demos cuenta de ello, por la presencia materna de Jesús, que no quiere dejarnos huérfanos⁸.

8. Cf. M. MARROQUÍN, «El acompañamiento espiritual como pedagogía de la escucha», en *Psicología y Ejercicios Ignacianos* Vol. I, Bilbao/Santander 1990, 182-193.

También de esto sabía una antigua sentencia de Israel:

«Como el rostro se refleja en el agua, así el corazón de un hombre en otro» (Pr 27,19).

Por eso, en la curación de la mujer que tenía un flujo de sangre, la transformación central del relato no es la curación, sino el diálogo:

«...La mujer, asustada y temblorosa, pues sabía lo que le había pasado, se acercó, se postró ante él y le confesó toda la verdad. Él le dijo: "Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y sigue sana de tu dolencia"» (Mc 5,33-34).

«La curación ha hecho entrar a la mujer en un proceso que la ha obligado a salir de sí misma, a ir más allá de sus expectativas, a fiarse de Jesús de otra manera distinta de la prevista. Y él le revela una salvación que tiene su valor, no en el desecho satisfecho, sino en el encuentro con él y en el intercambio de palabras. Al pasar de los médicos a Jesús, la mujer deja atrás el mundo del intercambio y entra en el de la gratuidad: el acceso le ha sido abierto en un encuentro interpersonal en el que los dos no tienen nada que intercambiar, a no ser gestos y palabras con los que se dan confianza recíproca y se reconocen beneficiarios de un don que viene de más allá de ellos mismos. «Hija» y «salvar» aluden a un nuevo nacimiento, a una vida nueva para una mujer que iba a la muerte; pero no han nacido de un contacto «mágico», sino de una posibilidad de transparencia, de poder pronunciar, por fin, toda la propia verdad, liberada a la vez de la enfermedad y del miedo».

Nacer de nuevo: la propuesta, asombrosa, descoloco a Nicodemo, que se resistía a ir más allá de los límites de su propia lógica:

9. J. DELORME, *Au risque de la parole*, Paris 1991, 15.

«*Te aseguro que, si uno no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios*». Le responde Nicodemo: «*¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?; ¿podrá entrar de nuevo en el vientre materno para nacer?*» Le contestó Jesús: «*Te aseguro que, si uno no nace de agua y de Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios*» (Jn 3,3-5).

La pregunta de Nicodemo no es banal y expresa bien nuestros cerriles escepticismos: «¿Cambiar a mi edad? ¿Que va a cambiar el otro...? ¡Por favor, no me tomen el pelo! Yo estoy con lo del refrán: “Genio y figura hasta la sepultura...” Pero si hasta lo dice el Eclesiastés, que ahora le dicen Qohélet:

*«Lo que pasó, eso pasará,
lo que sucedió, eso sucederá;
no hay nada nuevo bajo el sol...»* (Qo 1,9).

¡Menuda razón tenía el Qohélet ese, que me cae estupidamente!; para mí que era más sabio que el mismísimo Salomón...»

Y es que los viejos odres de nuestras convicciones escleróticas no aguantan el vino joven del Reino: hay que dejarlos atrás, como Bartimeo su manto, y reemplazarlos por otros nuevos. Hay que emprender un paciente diálogo con el Nicodemo reticente que nos visita de noche con sus dudas: «No me lés, Nicodemo, que lo que dice el evangelio es que eso de nacer de nuevo no es algo que tenemos que conseguir nosotros, sino cosa del Espíritu. Y me parece a mí que lo que hay que hacer es dejarse hacer como María, que, en vez de decir: “*Voy a hacer* todo eso que el Señor me pide”, dijo: “*Hágase* en mí según tu palabra...”; y fíjate lo bien que le salió. Pero si tú te empeñas en no salir de Qohélet, pues allá tú; pero para mí que Jesús va por otro lado...»

Nacer de nuevo. Preguntarle a María Magdalena, a la adúltera perdonada, a Zaqueo, a Pedro. Releer la vida de

Ignacio de Loyola, de Carlos de Foucauld, de Monseñor Romero, de Simone Weil... Dejar que el chaval que salió de la droga o la mujer que dejó la prostitución nos cuenten su vida. Acercarnos a lugares del «Sur», donde tanta gente ha renacido en contacto con los que parecía que no tenían nada que dar, pero que les han descubierto la conciencia de la dignidad humana y el valor de la vida y la fiesta compartida.

Y preguntarles quién les sirvió de comadrona en ese parto, quiénes y cómo les acompañaron en el trance, de qué manera les alentaron, con qué palabras les anunciaron que ya estaba asomando la nueva criatura, cómo sostuvieron su lucha y su empuje y su esfuerzo, cómo compartieron su fatiga y su alegría final...

«Acompañar» es asistir al largo proceso de gestación de la vida nueva que el Espíritu está creando en otro y estar junto a él, atento a los signos de su proceso, sin querer precipitarlo ni controlarlo, conscientes de que es inútil sustituir un trabajo que sólo puede hacer el otro, pero estando ahí para animar, sostener, tirar con cuidado y a tiempo de una vida frágil que apunta y que lucha por salir a la luz.

Pero para permanecer ahí, aguantando con otro su angustia y su sufrimiento, la pequeña parábola del sermón de la cena sobre la mujer en el parto nos adelanta una certeza: cuando pase la hora, hasta la huella del dolor quedará borrada, sumergida para siempre en el torrente de alegría del nuevo nacimiento (cf. Jn 16,21).

La voz anónima

En muchos pasajes del Evangelio aparecen de pronto gentes desconocidas que, en determinados momentos, toman la palabra, interpelan a los protagonistas, actúan a favor o en contra de ellos, murmuran o aprueban y, finalmente, desaparecen sin dejar rastro.

Voy a fijarme solamente en algunos de ellos, reunidos por unas características comunes: no tienen nombre ni rostro, no actúan por propia iniciativa, sino enviados por otro, y desempeñan una función de comunicación, de acercamiento y de creación de vínculos. Son éstos:

* los criados a quienes el rey envió a decir a los invitados:

«Tengo el banquete preparado, venid a la boda»
(Mt 22,4);

* los que envía Jesús a llamar al ciego Bartimeo y le dicen:

«¡Ánimo! Levántate, que te llama» (Mc 10,49);

* la voz que grita en medio de la noche:

«¡Aquí está el novio! ¡Salid a su encuentro!» (Mt 25,6).

Podemos decir de ellos que están ejerciendo colectivamente una labor de «acompañamiento» para con otros y dando testimonio de que, como ocurrió con la profecía a partir de Joel («Vuestros hijos e hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños, vuestros jóvenes verán visiones...»: Jl 3,1-3), ese «carisma» o ministerio ha dejado de ser función de un grupo selecto, dotado de especial sabiduría, prudencia y don de consejo, y ha pasado a ser don y tarea para todos.

Porque nos va creciendo la conciencia de que, para hacer camino detrás de Jesús en unas circunstancias hostiles, necesitamos ir juntos, apoyando a los otros y dejándonos acompañar por ellos, contando con su fuerza y aprendiendo también a sostener su debilidad.

Por eso nos hacen falta hombres y mujeres que sueñen sueños y nos hablen de ese banquete que el Señor prepara para todos los pueblos y en el que enjugará las lágrimas de todos los rostros (Is 25,6-8); que se dirijan a nosotros no como a súbditos obligados a cumplir normas, sino como a

personas que tienen la dicha de estar invitadas a una fiesta real; y que nos hablen del Reino no como de un deber ni una conquista, sino como de un proyecto de inclusión por el que vale la pena apasionarse y entregar la vida.

Y si estamos en la cuneta, hundidos en nuestra ceguera, sólo podremos ponernos de pie y acercarnos a Jesús para ser sanados cuando alguien nos diga palabras de ánimo y ponga debajo de nuestros pies vacilantes la seguridad de que él sigue llamándonos y que nunca ha perdido la confianza en nosotros. Y ésa es la tarea eclesial más urgente: ofrecer a los hombres y mujeres de nuestro mundo vías creativas de comunicación con la fuente de la vida¹⁰.

Pero la noche se hace larga, el que esperamos se retrasa, y la oscuridad que se prolonga asedia nuestra esperanza y nos lleva a preguntarnos si llegará alguna vez la madrugada.

Por eso gritamos impacientes, como en el oráculo desde Seír:

«Vigía, ¿qué queda de la noche?
Vigía ¿qué queda de la noche?...» (Is 21,11).

Un profeta del exilio había convocado a un heraldo haciéndole este encargo de parte de Dios:

«Súbete a un monte elevado,
heraldo de Sión;
alza fuerte la voz,
heraldo de Jerusalén;
álzala, no temas,
di a las ciudades de Judá:
"Aquí está vuestro Dios"» (Is 40,9).

También hoy hace falta que, desde su puesto de guardia, algunos hagan el oficio de centinelas para seguir ote-

10. Cf. H. NOUWEN, *El sanador herido*, Madrid 1996, p.50.

ando el camino y sacudiendo nuestro sopor y nuestro desánimo con su grito:

«¡Llega el novio! ¡Salid a su encuentro!» (Mt 25,6).

No es tarea de unos pocos solamente, nos toca a todos ir relevándonos para compartir intemperies, noches y cansancios.

Sentimos que nuestra esperanza es frágil, tenemos miedo de que se nos agote el aceite de las lámparas, y por eso nos va la vida en que hombres y mujeres de entre nosotros sigan acompañando nuestra espera y manteniéndose en vela «al acecho del Reino».

Porque va a ser su voz la que nos convoque a salirle al encuentro.